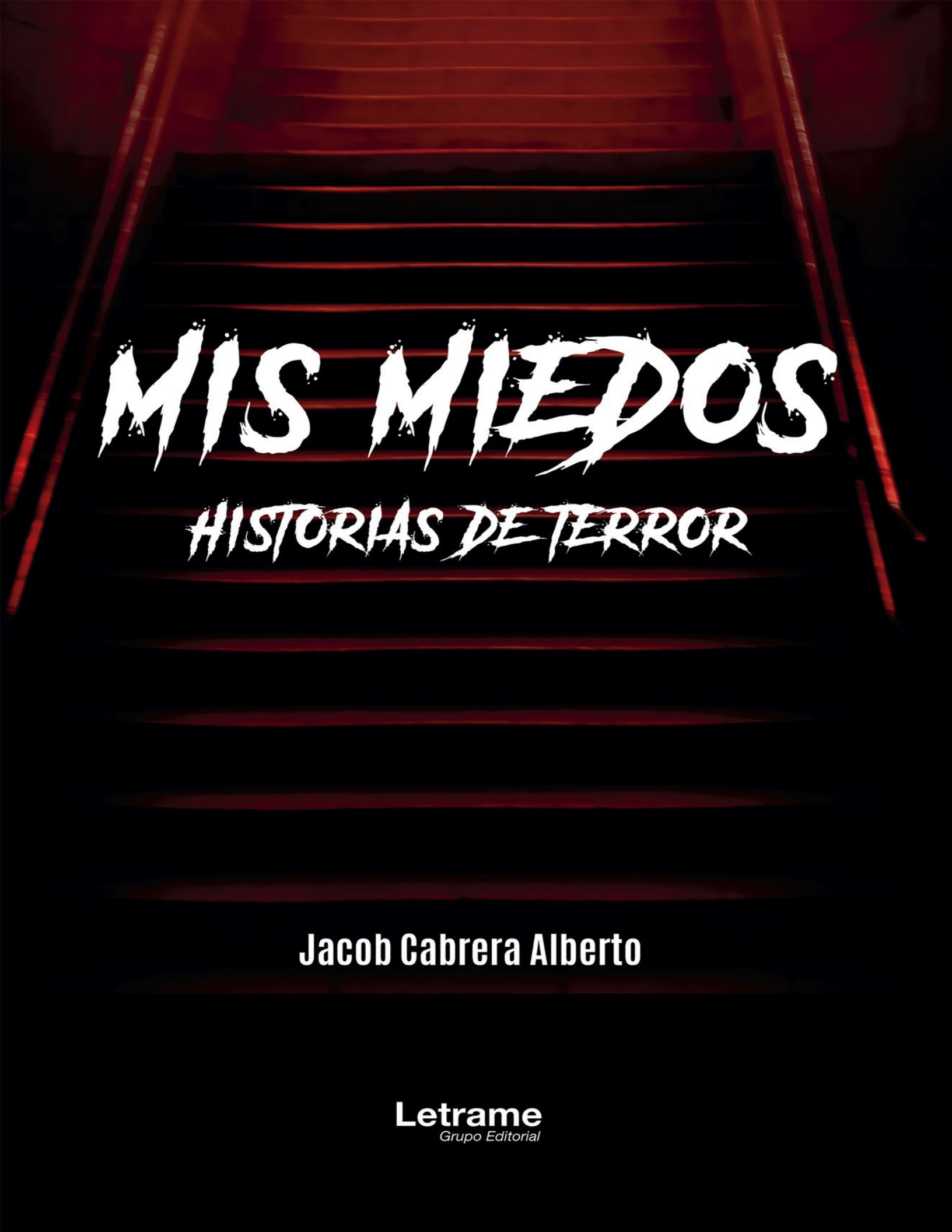
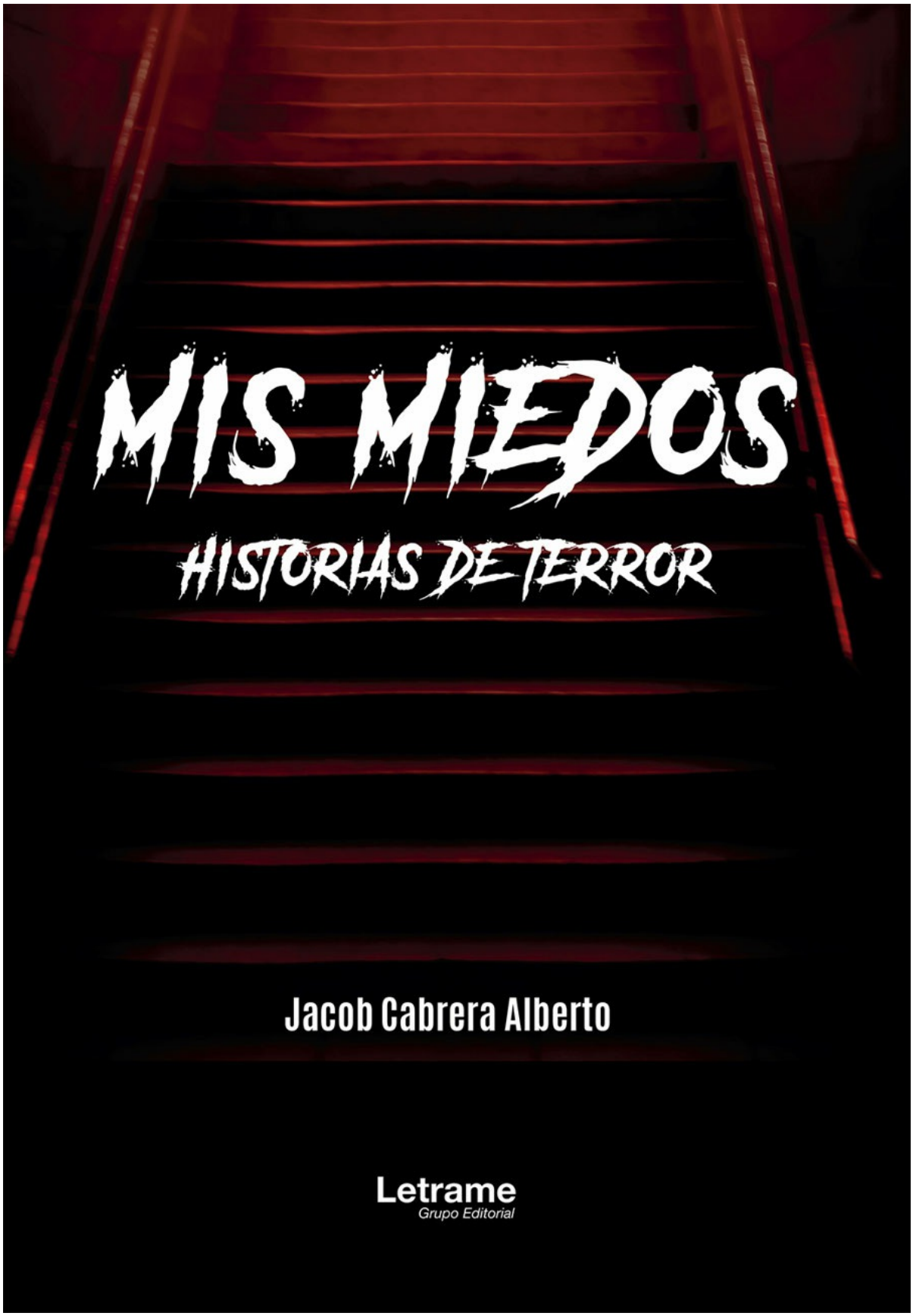


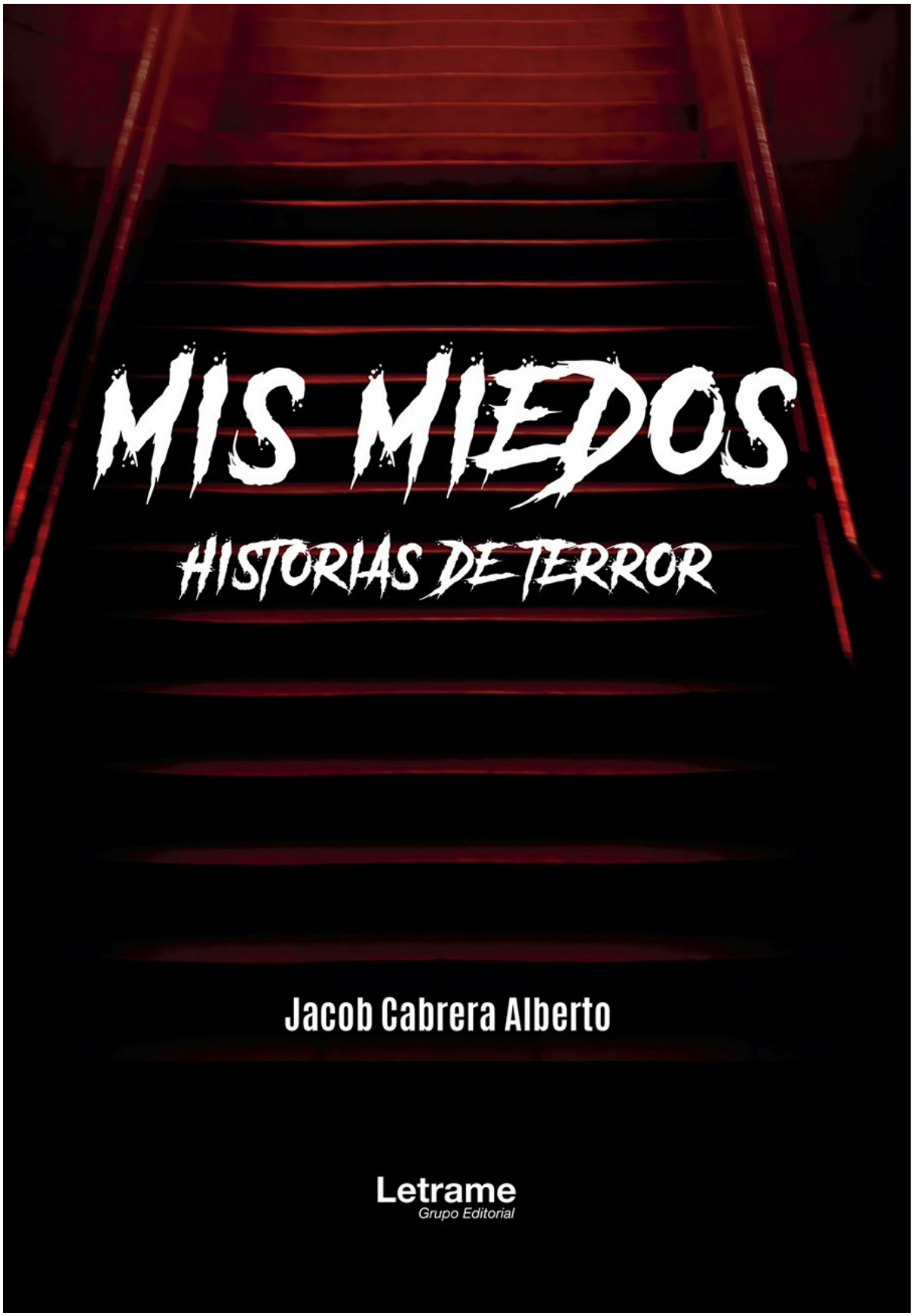
MIS MIEDOS

HISTORIAS DE TERROR

Jacob Cabrera Alberto

Letrame
Grupo Editorial


MIS MIEDOS
HISTORIAS DE TERROR
Jacob Cabrera Alberto
Letrame
Grupo Editorial


MIS MIEDOS
HISTORIAS DE TERROR
Jacob Cabrera Alberto
Letrame
Grupo Editorial

© Derechos de edición reservados.

Letrame Editorial.

www.Letrame.com

info@Letrame.com

© Jacob Cabrera Alberto

Diseño de edición: Letrame Editorial.

Maquetación: Juan Muñoz Céspedes

Diseño de portada: Rubén García

Supervisión de corrección: Ana Castañeda

ISBN: 978-84-1144-891-8

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

Prólogo

Mis miedos es un conjunto muy especial de relatos de terror, pues cada uno de los títulos que contiene comienza de una manera muy cotidiana, algo que te podría pasar a ti, a mí o a cualquiera. Sin embargo, poco a poco se va encerrando en un aura bastante tétrica, una lectura que sugestiona, que asusta, pero, a la vez, encanta a los amantes de terror, a los de verdad.

Desde un apacible paseo veraniego que termina en una tormenta hasta el sufrimiento de una madre que ha perdido a su hijo y se siente desesperada porque quiere volver a verlo. Todas son situaciones comunes que van adquiriendo ese halo de misterio, ese olor característico al adentrarte en un cementerio; las vibraciones que emana un lugar lúgubre; tu cuerpo pidiéndote a gritos que huyas de ese lugar.

Adelante, te invito a que comiences a leer las historias que componen este libro, pero también te advierto: no será tan sencillo salir de ellas, pues nada volverá a ser igual cuando termines su lectura…

INTRODUCCIÓN

Todo comenzó cuando apenas tenía seis o siete años. Mi madre, todos los sábados, nos llevaba al videoclub para alquilar algunas películas para el fin de semana. En él estaban todas las carátulas puestas en estanterías, ordenadas por género. Mis hermanos y yo siempre solíamos elegir alguna película de dibujos o infantil. Pero mi madre se iba a la sección de terror. Cuando nosotros ya nos habíamos decidido por la película (casi siempre elegía mi hermano mayor) nos íbamos al pasillo de terror con mi madre. Recuerdo algunas caratulas, me fascinaban; me llamaban mucho la atención.

Una vez acabábamos de ver nuestra película, y tras la cena, mi madre nos mandaba a la cama. Yo intentaba no quedarme dormido, siempre tenía un plan que no me solía fallar. Cuando mi madre apagaba la luz, ya que le encantaba ver las películas completamente a oscuras, ahí comenzaba mi cuenta atrás. Cuando escuchaba los típicos tráileres que solía haber antes de empezar la película, me levantaba y me iba al sofá con ella. Siempre me regañaba un poco y me decía que luego me iba a dar miedo, pero tras insistir y supongo que porque sabía lo cabezón que llegaba a ser, siempre accedía y me dejaba ver la película. Recuerdo estar con ella en el sofá, comiendo pipas… Qué tiempo aquellos.

He de reconocer que, más de una vez, después de la película pasaba miedo.

Recuerdo películas como; Al final de la escalera, Aquella casa al lado del cementerio… películas que aun hoy he vuelto a ver en muchas ocasiones. Me marcaron mucho.

Luego, en el colegio, creamos un club, se llamaba «El club de los monstruos». Estaba compuesto por parte de mi clase. Recuerdo que nos hicimos hasta unos carnets de socios. Los sábados nos reuníamos el club, en mi casa o en la de la chica que por aquel entonces era mi «novia». Consistía en ver películas de miedo, bebiendo Coca—Cola y comiendo patatas fritas. El que no traía su carnet de socio, no podía entrar. Luego contábamos historias de miedo —de niños de siete u ocho años— de las cuales salíamos asustados… Qué bonitos recuerdos.

Luego descubrí la lectura, el género de terror, pasé de leer libros infantiles, al primer libro de Stephen King, Misery. Ahí descubrí un nuevo mundo para mí, el cual no he dejado hoy. Así es como comenzó mi pasión por el mundo de terror.

Jamás había pasado por mi cabeza escribir un libro, ni mucho menos. Pero hace ya unos cuantos años, cuando aún no existía ni Netflix, ni HBO, etc., por desgracia como muchos españoles, la crisis hizo que me quedara sin trabajo. Así que creo que el aburrimiento —y después de leerme un montón de libros— propició que decidiera plasmar algunas ideas que me rondaban por la cabeza.

Solo estuve diez meses sin trabajo, creo recordar que escribí unas seis o siete historias, pero

empecé a trabajar y las dejé olvidadas en el ordenador. Este, como casi todos los electrodomésticos, con el tiempo se rompió y las historias se fueron con él. Pero ni le presté la más mínima atención porque, realmente, las había escrito para mí y sabía que no iban a ver la luz jamás. Nadie las había leído.

Hace unos meses, tras encontrar un pendrive en un cajón, me dio curiosidad ver qué es lo que contenía. Mi sorpresa fue ver un archivo Word que se titulaba «Mis Miedos». Sin pensármelo, lo abrí. Dos de las historias que había escrito aún habían sobrevivido. Las metí en mi e-book (debo admitir que me gustan más los libros en papel) y los leí. Apenas me acordaba de las historias y, la verdad, me gustaron bastante. Se lo comenté a mi esposa Nohemí. Ella me decía que las mandara a alguna editorial. Para mí no era buena idea, pero, tras tanto insistir, lo hice. Cuál fue mi sorpresa cuando me dijeron que era apta para publicar.

Y aquí se encuentra, escrita con todo el cariño del mundo y removiendo recuerdos de lugares que marcaron mi infancia, como por ejemplo la casa del Gallo. Un lugar que me ha fascinado de niño y de adolescente. Los personajes de las historias son ficticios, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia… o tal vez no. Lo dejo para la imaginación de cada uno.

Sin más rodeos, os dejo con estas cinco historias de terror que espero que la disfrutéis leyendo al igual que yo escribiéndolas.

LA CASA DEL GALLO

1

Estaba ansioso porque su madre le llevara el plato a la mesa y así poder comer. No paraba de mover las piernas del nerviosismo que sentía, incluso le estaban dando ganas de ir a hacer pis. El reloj que había colgado en el comedor marcaba las dos y cuarenta, el mirarlo hacía que las ganas de hacer pis se hicieran más intensas. Su amigo Miguel llegaría a las tres y, si no se daban prisa, la pista de tenis la ocuparían otros y el largo camino en bici sería en vano. «Aunque, si llegan los mayores, también nos la quitarán de igual modo», pensó.

Por fin le puso su madre la comida en la mesa, le había dado rabia que el primer plato se lo hubiese puesto a su hermana pequeña, ella no tenía ninguna prisa por hacer nada, pero él sí y ahora tendría que comerse los macarrones a toda velocidad.

Alberto era el hijo mediano, tenía doce años, y desde que nació su hermana (cuatro años después) ya no era el rey de la casa, y eso hizo que le tuviese manía. Todo el tiempo que estaba en casa lo dedicaba a hacerle llorar, eso le hacía sentirse bien y así saldar la venganza del destrono que le había hecho su hermana. Aunque ella tenía a un gran defensor, estaba Antonio, el hermano mayor que, a pesar de sacarle dos años, también dos cabezas, era imposible defenderse de él, y si se pasaba mucho con su hermana, al final, salía perdiendo, llevándose algún que otro golpe del hermano.

—¡Alberto, come despacio! —le gritó la madre—. ¡Pareces un animal comiendo!

A los hermanos (sobre todo a Isabel) les hizo gracia la frase que le había dicho la madre y empezaron a imitar el gruñido del cerdo riéndose de él.

—¡Oinc, oinc! Isabel, soy Alberto —dijo Antonio mientras se levantaba la nariz dejando ver los dos orificios nasales—. ¡Oinc, oinc!

Isabel no podía parar de reír. Pero a Alberto le daba igual, ya había acabado de comerse los macarrones y solo tenía la mente puesta en la pista de tenis. De todas formas, ya se vengaría de su hermana cuando regresara a casa.

Volvió a mirar el reloj y este marcaba las dos y cincuenta y cinco, Miguel estaría a punto de

llegar. Alberto no quería que subiera a su casa para que su madre no les viera las raquetas de tenis y así no se imaginara dónde podrían ir, porque sabía perfectamente que, si las veía, empezaría con el interrogatorio a Miguel, este acabaría confesando dónde iban y ahí acabaría la historia, porque su madre no le dejaría ir ni de coña. Así que tenía preparada la estrategia minuciosamente.

—Mamá… —dijo Alberto mientras se dirigía a la cocina a entregarle el plato donde había estado comiendo—, ¿me puedo ir con la bici a pasear un rato? —preguntó tímidamente.

Temía una negativa por parte de su madre, pero en todos estos años había aprendido, a pesar de sus tan solo doce años, a utilizar el chantaje emocional para conseguir las cosas, esperaba no tener que usarlo.

—Es muy pronto, Alberto. Además, hace mucho calor y no te conviene salir con esta solanera. —Cerró el grifo donde estaba lavando los trastes de la cocina y se giró para hablar con su hijo—. ¿No te puedes esperar a que baje más el sol? —Al ver la cara que le estaba poniendo, quiso convencerlo y añadió—: Cuando salga de trabajar, subiré a por vosotros, nos vamos a la playa y así os bañáis, ¿vale?

Sabía que para poder llevarlos a la playa tenía que correr mucho y ese día iba muy atrasada. Ese verano había muchos veraneantes y había cogido muchas casas para limpiar (más de las que realmente podía llevar). Tenía que aprovechar el verano para ganar todo el dinero que pudiera, porque en el invierno, aparte de un par de casas que tenía de mantenimiento, no había nada más y solo sobrevivían con el miserable sueldo que estaba ganando su marido echando muchísimas horas en un invernadero. Pero estaba dispuesta a esforzase toda la tarde para poder llevar a sus hijos a la playa, se lo merecían y haría lo imposible.

—¡Jo, mamá! Déjame un rato, porfa… que no me va a pasar nada, si ya estoy mejor y lo sabes —repuso Alberto. Aunque realmente no le disgustaba la idea de poder ir a la playa, pero ese día no, solo tenía en la mente su paseo en bici y su partida de tenis.

La madre se quedó mirando al hijo con la mirada ausente, perdida en sus pensamientos. Desde que le habían diagnosticado asma a su hijo, se había vuelto una madre muy protectora, no le gustaba que su hijo saliera a la calle él solo y, si lo hacía, no quería que se alejara del barrio. Tampoco que viviera en su burbuja protectora, quería que se sintiese un niño normal, con sus limitaciones, porque se solía fatigar mucho, pero haciendo —en la medida de lo posible— lo que un niño de doce años solía hacer con esa edad.

—Vale, Alberto… —comenzó a decir la madre. Alberto la abrazó con todas sus fuerzas. Ella sintió la felicidad que radiaba en aquel momento, aun así, no estaría tranquila hasta que volviera del trabajo—. Pero no quiero que te alejes del barrio. Si te fatigas, te paras y te sientas. Y te vienes antes de que llegue tu padre del trabajo

—Vale, mamá, muchas gracias —dijo mientras la seguía abrazando.

—¡Que no me entere de que te sales del barrio! Si no, no sales más —dijo la madre con voz amenazadora.

Alberto sabía que esa amenaza era cierta, si realmente se enterara, estaría un buen tiempo sin salir, además de los azotes que le pegaría su madre. Pero todo estaba bajo control, no se enteraría.

El barrio consistía en una carretera por donde apenas pasaban coches, tenía casas a ambos lados, se convertía en una cuesta donde, al llegar arriba, había una explanada a la que solían ir todos los niños del barrio a jugar al fútbol, beisbol y demás juegos de niños. Lo mejor de todo era que desde su casa no se veía la explanada y así no lo podría controlar su madre cuando se marchara al trabajo.

—No te preocupes, mamá, estaremos en la explanada jugando, si hace mucho calor, nos bajaremos a jugar a la casa —dijo Alberto sabiendo que diciéndole eso tranquilizaría a su madre.

La madre asintió con la cabeza.

—No te dejes el inhalador… y te llevas agua y caramelos de menta — añadió mientras veía como su hijo se dirigía a toda prisa a su dormitorio—. ¡Y una gorra, que hace mucho calor!

—Vale, mamá. —Se oyó decir a Alberto desde su habitación.

En el fondo, no sabía cómo había podido dejarlo salir, se decía que no era buena idea y se estaba arrepintiendo de haberlo hecho, pero ya no había vuelta atrás. No entendía cómo la vida podía ser tan cruel con aquel niño. Desde los siete años que le diagnosticaron esa maldita enfermedad no había parado de luchar por que se pusiera bien, hacía lo imposible por su hijo, lo había llevado a un montón de médicos, tanto de la Seguridad Social como privados, gastándose el dinero tanto en ellos como en las caras medicinas que le recetaban; un dinero que apenas tenían, ya que siempre llegaban justos a final de mes. Aunque el dinero era lo de menos, a ella lo que realmente le importaba era que su hijo se curara.

Cada vez que le daba un ataque, era un suplicio para ella, era muy duro ver como su hijo se ahogaba, sentía impotencia de no poder hacer nada, se le rompía el alma al verlo pálido, con los labios morados y luchando por poder meter un poco de aire en los pulmones. Y ese año no había

sido muy bueno, había tenido varios ataque fuertes de los cuales acabaron en urgencias teniéndole que poner oxígeno. Ahora, con el inhalador, parece que la cosa se controlaba mejor, también le habían dicho que le diera caramelos de menta, no sabía el porqué, pero funcionaba bastante bien, la verdad, sobre todo, y lo más importante que intentara tranquilizar a su hijo, que le marcara el ritmo de la respiración, eso siempre funcionaba.

—Me voy, mamá. —Se acercó y le plantó un beso en la cara.

La madre, aún perdida en sus pensamientos, le dio un beso y le dijo que tuviese cuidado y le volvió a repetir todas las instrucciones que le había dado antes mientras su hijo salía por la puerta. Alberto asentía a todo lo que decía la madre. Cogió su bici BH California verde que la tenía atada con una cadena a la reja de la ventana y se bajó a la calle.

2

Miguel lo estaba esperando en la esquina, escondido, como lo habían hablado y planeado por teléfono la noche anterior. Hacía un calor horroroso, Alberto notaba el bochorno que desprendía el asfalto a través de sus zapatillas, sabía que el camino se le iba a hacer duro, sobre todo la subida. Pero lo quería intentar, se tranquilizaba al pensar que, si se ponía mal en la subida, siempre podría darse la vuelta y, simplemente, se tenía que dejar caer con la bici. Si conseguía llegar al final de la cima, el resto estaría chupado, pues el camino sería una sucesión de pequeñas bajadas y subidas que podría superar sin apenas sufrimiento alguno.

—Venga, vamos, antes de que baje mi madre y nos vea —dijo Alberto chocando su mano con la de Miguel. Acto seguido, comenzaron a pedalear y se encaminaron en la primera subida que llevaba a la explanada.

La subida le había ido mejor de lo esperado, llevaba la respiración agitada, pero pensaba que podría ser del esfuerzo que había hecho, ningún síntoma del asma. Siguieron por la carretera dejando atrás la explanada. Una especie de cosquilleo le comenzó a subir desde los testículos hasta el estómago al ir dejando atrás la explanada, nunca se había alejado tanto y el nerviosismo era evidente en él. El camino los llevó a otra subida, esta era aún más larga, pasando eso estaría todo hecho, así que cogió carrerilla y se lanzó hacia la cuesta detrás de su amigo.

Al principio, intentó aguantar el ritmo que estaba marcando Miguel, pero poco a poco notaba cómo se le iban aflojando las piernas y le costaba respirar en exceso. «Un poco más», se repetía una y otra vez para intentar animarse, pero su mente no podía con su cuerpo y Miguel se alejaba cada vez más. Intentó gritarle para que le esperara, pero no le salían las palabras. Estaba a punto de pararse cuando Miguel echó un vistazo hacia atrás y al ver a su amigo que le estaba costando subir, dio la vuelta y se dejó caer.

Miguel era consciente de lo que le pasaba a Alberto e intentaba ayudarle en todo lo posible, pero podían más las ganas de llegar pronto y de que la pista de tenis no estuviese ocupada, a la intención real de ayudarlo, quizás si no tuviesen prisa se pararía un rato a esperar que se le pasara y luego emprenderían la marcha de nuevo.

Miguel se puso justo un poco por detrás de Alberto, le apoyo una mano en la espalda y comenzó a pedalear con todas sus fuerzas empujando hacia arriba a su amigo.

Alberto agradeció la ayuda que le estaba brindando, sentía como el peso de las piernas se le iba quitando un poco, la respiración aún seguía así. «Estoy al borde de un ataque», pensaba.

Necesitaría el inhalador en cuanto llegará arriba.

—¡Venga, Alberto! ¡Que tú puedes! Un último esfuerzo, que ya estamos… ¡Venga! Uno dos, uno dos… —animaba Miguel a Alberto.

Alberto, al ver el final de la cuesta, se animó un poco, pero eso no quitaba que cada vez le costara más respirar, aun así, agradecía los ánimos.

Miguel siempre estaba ahí apoyando y ayudando en todo lo que podía. Una de las veces que le dio un ataque en el patio del colegio, mientras un grupo de niños se reían de él imitando la respiración entre cortada, Miguel intentaba tranquilizarlo. Al ver que no se le pasaba, agarró por la camisa a uno de los niños que se estaba riendo y le dijo que fuese a buscar a algún profesor, luego se sentó a su lado e intentó tranquilizarlo.

—Respira, coge aire por la nariz, suelta por la boca —decía mientras él mismo lo hacía, así hasta que llegó el profesor y se llevaron a Alberto a la enfermería.

Miguel era su mejor amigo, lo quería como si fuese un hermano, una de las personas más importantes de su vida, le gustaba estar con él; siempre se lo pasaban genial.

Al fin habían llegado arriba, la pendiente había pasado a un terreno llano. Había una especie de rotonda con un monumento encima de ella que parecía ser una flor enorme de hierro. Giraron hacia la derecha y pusieron rumbo hacia marina del este. Alberto aún iba muy fatigado, aprovechó la sombra de un árbol que había a los pies de la carretera y se paró. Miguel hizo lo propio.

—Necesito… mi… oxígeno —dijo Alberto entrecortadamente y sonriéndole a Miguel. Se quitó la mochila, sacó la botella de agua y se la ofreció a Miguel, que la cogió sin pensárselo.

Alberto agarró su inhalador y se lo llevó a la boca, apretó el frasco hacia abajo e inhaló el gas a presión que salió. El sabor le parecía asqueroso, le recordaba al insecticida que solía usar su madre por las noches en todas las habitaciones para ahuyentar a los mosquitos. Puso cara de asco.

—¿A qué sabe eso? —le preguntó Miguel devolviéndole la botella de agua.

—Sabe a fresa. —Sonrió—. ¿Quieres probarlo? —contestó vacilando. Ya se sentía algo mejor, aunque la respiración aún la tenía agitada y le costaba respirar.

—Venga ya, si has puesto una cara de asco que es para flipar… —Hizo una pausa—.

Vayámonos, tortuga, que cuando queramos llegar es la hora de volvernos —dijo Miguel y comenzó a reírse.

—Cuando lleguemos a la bajada no me pillarás —dijo Alberto que comenzó a pedalear y añadió —: El primero que llegue, saca.

Comenzaron una carrera que solo duró cien metros, hasta que Miguel lo adelantó y decidió guardarse las fuerzas para ganarle en la partida de tenis, ya que en la bici le era imposible.

Acababan de llegar a la bajada. Alberto se dejó caer sin pedalear, se sentía mucho mejor. La sombra que producían los pinos que había a ambos lados de la carretera y el aire que recibían por la velocidad de la bajada hacía que el calor apaciguara un poco.

Había unas vistas espectaculares desde esa carretera, veía la playa de la Herradura, con el sol reflejado en el agua cristalina. Se acordó del plan que le había propuesto su madre.

«Ahora mismo me daría un baño», pensó. Rápidamente, se le quitó la idea de la cabeza, se encontraba estupendamente. Nunca había ido tan lejos sin sus padres, y eso le hacía sentirse libre, nervioso, pero libre.

Pensaba en que, si no tuviese esa enfermedad serían todos los días así, no pararía en ningún momento, estaría todos los días con la bici, yendo a lugares nuevos, siempre con su mejor amigo claro. «Si no fuese por él… hoy tendría que estar aguantando a mis hermanos», se dijo.

A lo lejos se veían unas nubes negras amenazando tormenta, pero, de momento, el sol le ganaba la batalla. Algunas ardillas saltaban de un árbol a otro al escuchar el ruido de las bicis y de los niños. Un pastor con su rebaño de cabras que estaban pastando en el monte justo por donde pasaban los niños estaba echándose su siesta en la sombra de un arbusto.

Un motorista con su novia acoplada a su espalda se cruzaron con ellos. Tres parapentes sobrevolaban por la playa pareciendo aves gigantes. Todo parecía una tarde normal de aquel verano de 1993.

—¡Ya estamos aquí! —dijo Miguel eufóricamente al salir de una curva algo cerrada—. Venga, Alberto, date prisa, que la pista de tenis está vacía.

Alberto se puso a pedalear más rápido tras las palabras de Miguel, olvidándose por un momento

del asma y del resto del mundo.

Se sentía libre, se sentía un niño normal, un niño que estaba disfrutando de un día de verano en la mejor compañía posible.

Al salir de la curva, pudo ver la pista de tenis metida en aquella especie de agujero creado por el monte y por la fachada de las casas que parecía vigilarla. Nunca había estado allí, pero había pasado en coche con sus padres más de una vez. También los chicos del colegio le habían hablado de la casa, pero nunca había tenido la oportunidad de estar allí y vivirlo en sus propias carnes.

Sentía un nudo en el estómago de los nervios que le producía el estar llegando allí, a la famosa casa del Gallo.

3

La casa del Gallo fue nombrada así por la cantidad de figuras de gallos que adornaban la entrada y los jardines. La casa perteneció a una familia adinerada que la construyó para tener su residencia de verano. Estaba formada por una casa grande, con todo tipo de lujos. Enfrente, dos más pequeñas que pertenecían a los hijos, pero que en su día fue utilizada por los empleados y sirvientes que trabajaban en la casa. Ahora todo estaba abandonado, la maleza se había apoderado del camino que conducía a las casas. Las paredes, que en su día serían de color blanco, estaban agrietadas y amarillentas. El tejado lo tapaban las ramas de los enormes pinos que se habían apoderado de casi todo el lugar. El jardín, que en su día relucía bonitas plantas de temporadas, ya no existía, todo se lo había tragado el monte con sus plantas salvajes.

Allí estaban Alberto y Miguel contemplando todo aquello a los pies de una cadena que había en el camino que llevaba a la casa atada a dos postes para que no pudieran pasar los coches. Un escalofrío recorría la espalda de Alberto en ese momento. La ilusión de haber ido por primera vez allí se estaba convirtiendo en ese momento en temor de algo que no entendía.

—¿Entramos? —preguntó Miguel, que seguía subido en la bici, pero con los pies apoyados en el suelo.

—¿Qué? —contestó Alberto, que no esperaba que le hablasen en ese momento, estaba completamente perdido mirando aquellas casas—. No, mejor no. Hemos venido a jugar al tenis, ¿no? Pues venga, vamos antes de que llegue alguien y nos quiten la pista.

Miguel comenzó a reírse.

—Te da miedo, ¿no? Eres una gallina. Para una vez que vienes y no vas a entrar. Yo ya he estado dentro y es una pasada. Además, no sabes cuándo será la próxima vez que vengas.

—No me da miedo, pero me apetece más jugar al tenis, eso es todo. — En el fondo, le llamaba mucho la atención entrar y darse una vuelta por lo que en su día fue la mejor casa que había en el pueblo, pero le daba algo de miedo. Nunca se lo reconocería a Miguel, si lo hiciera, se estaría riendo de él todos los días.

—Bueno, tú te lo pierdes —dijo Miguel y se giró hacia la derecha donde se encontraba el camino que bajaba hacia la pista de tenis—. Gallina —añadió y comenzó a reírse.

Alberto no hizo caso del comentario y lo siguió. El hormigón que había en la cuesta apenas se veía con las matas y hierbajos que salían. Les era molesto el andar por ahí, se iban rozando y debían tener cuidado de no arañarse con ellas. La puerta de entrada de la pista de tenis estaba arrancada y no había rastro de ella por ningún lado. Las vallas metálicas de la pista aún seguían en pie, alrededor de ellas, la maleza las había cubierto. Alrededor de la pista, el asfalto estaba agrietado y sobresalían grandes matorrales que se unían a la vallas. Lo demás estaba casi en perfecto estado, aún se distinguían bien las líneas y los colores de la pista. No había red, en su

lugar, alguien había puesto una especia de valla de plástico naranja de las que se usan en las obras.

—Vete tú para el fondo, yo me quedo en este lado —dijo Miguel entregándole una raqueta a Alberto. Este asintió y se dirigió hacia el fondo. Echó un vistazo a las fachadas de las casas que quedaban justo encima de ellos. Las ventanas estaban destrozadas, en algunas se podía ver algún resto de madera que aún quedaba colgando, en las otras solo se veía la oscuridad que había dentro de la casa. En ese momento, notó un ruido cerca de su oído, instintivamente, se agachó y vio una pelota de tenis que se golpeaba contra la valla. Luego la risa de Miguel.

—Espabila o te llevarás un pelotazo, que estás adormilado —dijo Miguel entre risas.

—Eres un cabronazo, me has asustado. —El comentario había hecho que Miguel se riera aún más. Se había quedado muy a gusto diciéndole ese taco. Siempre los solía utilizar cuando no estaban sus padres delante, porque si los decía estando ellos se llevaría alguna reprimenda o guantazo.

Las nubes se iban acercando poco a poco. La temperatura había bajado algo, el sol había sido tapado por las nubes y corría una leve brisa que los chicos agradecían. La partida de tenis transcurría con normalidad, aunque Alberto iba perdiendo se lo estaba pasando genial, de vez en cuando, miraba hacia aquellas ventanas que parecían unos ojos vacíos que los miraban atentamente. El silencio que allí reinaba era lo que más le sorprendía, roto por el ruido que desprendían las raquetas al chocar con la pelota, o por el ruido de algún trueno que sonaba a lo lejos.

—Cinco a uno, si gano este, gana la… —Miguel se calló y pegó un sobresalto hacia atrás al caer ante él una piedra chocando con un estruendo y haciéndose mil pedazos—. Pero… ¿Quién coño ha tirado la piedra? —preguntó asustado—. ¡Eh, hijos de puta, casi me dais! —gritó mirando a las ventanas, pero no veía nada, solo la oscuridad del interior.

—Vayámonos, Miguel, seguro que ha llegado alguien, ha visto que teníamos la pista nosotros y quiere que nos vayamos para que jueguen ellos —dijo Alberto que se acercaba al centro de la pista. En ese momento, comenzaron a caer piedras, trozos de azulejos que se hacían añicos al chocar contra el suelo.

—¡Corre, Alberto! Vamos detrás de las vallas —dijo Miguel mientras corría hacia ellas. Alberto pudo ver en su cara una sonrisa que le puso algo furioso, miró a las ventanas intentando ver quién era el que tiraba las piedras, pero nada, solamente veía salir las piedras a gran velocidad.

—¿De qué cojones te ríes? —preguntó Alberto algo furioso mientras se agachaba y se protegía con las vallas y añadió—: Yo no le veo la gracia, casi nos dan.

—No te asustes, gallina, que…

—¡Ya está bien de llamarme gallina, joder! —interrumpió Alberto a Miguel, que seguía riéndose —. ¿Estás gilipollas o qué? —La respiración se le estaba agitando, pensó que, si no se tranquilizaba, le podría empezar a dar un ataque de asma. Intentó controlarse un poco, pero estaba muy nervioso.

—Cálmate, hombre —dijo Miguel. Le puso la mano en el hombro y continuó hablando—: Sé quiénes son, Vamos por detrás, entramos y le damos un buen susto. Se van a cagar.

—¿De qué estás hablando, Miguel? —preguntó Alberto algo sorprendido.

Cada vez le iba costando más respirar. Miró su bici, que aún seguía dentro de la pista de tenis y deseó entrar y coger su inhalador, realmente le hacía falta. En ese momento, dejaron de caer piedras sobre la pista de tenis.

—¿Quiénes son? Porque la verdad es que no tiene gracia, casi nos dan. Están tirando a mala idea y a darnos. ¡Y deja de reírte, que a mí no me hace ni puta gracia!

—Seguro que son Manu y Joel. Ayer los vi y les dije que vendríamos aquí, seguro que nos quieren asustar. Vamos y se la devolvemos —dijo Miguel, que ya se ponía en pie.

—No, vayámonos de aquí, que en nada va a comenzar a llover y llegará mi padre del trabajo, lo único que me faltaba era llegar empapado.

—Venga, va, Alberto, diez minutos y nos vamos. Así ves las casas por dentro. No me seas gallina —repuso Miguel y comenzó a reírse.

Alberto asintió, aun no haciéndole gracia el entrar a aquellas casa no quería que por diez minutos que iba a estar allí dentro se estuviese de él riendo por un tiempo. Antes de coger las bicis, Alberto inhaló dos veces de su inhalador. Se sentía algo mejor, pero aún le costaba respirar un poco, pensó que serían los nervios de entrar a las casas o de que empezara a llover y llegara empapado a casa. Intentó quitárselo de la cabeza rápido, pero aun así le seguía costando respirar.

4

Las nubes habían cubierto todo el cielo, estaba todo demasiado oscuro para la hora a la que se encontraban. De vez en cuando, un relámpago iluminaba el cielo con un destello azul, dejando ver con más claridad el camino cubierto por la maleza que llevaba hacia las casas. La humedad había hecho que Alberto empeorara un poco, pero ahora se sentía atraído por aquel lugar, quería ver y experimentar lo que había dentro de aquellas paredes desconchadas por el tiempo. Sentía un nudo en el estómago, pero, a la vez, notaba cómo la adrenalina le corría por todo el cuerpo.

Apoyaron las bicis en la pared de la casa principal, junto a una puerta destrozada que pudo distinguir que en su día era la cocina, ahora estaba todo destrozado, apenas quedaban azulejos en la pared y de los muebles no había ni rastro, el suelo estaba completamente lleno de escombros. Dejó la mochila colgada en la bici y se fue detrás de Miguel, que se llevó el dedo a la boca pidiendo silencio hacia una de las casas pequeña. Llegaron a la puerta y cada uno se puso en un lado apoyados en la pared como si se tratase de dos policías que van a entrar cubriéndose uno al otro. Miguel cogió un par de piedras de suelo y ordeno con un gesto que Alberto hiciera lo propio. Este obedeció sin rechistar. Entraron sigilosamente intentando sorprender a quien pudiera estar allí dentro. Pasaron de un cuarto a otro recorriéndose todas las habitaciones, pero allí no había nadie. Alberto se estaba arrepintiendo de no haber entrado en cuanto llegaron, estaba disfrutando, y sabía que pronto se tendría que marchar porque la tormenta estaba ya justo encima de ellos, comenzaría a llover en cualquier momento, eso provocó que se le hiciera un nudo en el estómago. Pensó en el camino de vuelta, en si aguantaría pedaleando todo el camino sin tener que pararse, en ese momento, se hubiese llevado un caramelo de menta a la boca, pero se había dejado la mochila fuera, en cuanto saliera se comería uno.

—Vamos a la otra, aquí no están —dijo Miguel dándose la vuelta y dirigiéndose a la puerta que daba a la calle.

Alberto le siguió sin mediar palabra. Se paró al ver un gran ventanal, se quedó mirándolo un momento y decidió asomarse a ver dónde daba aquella ventana. Anduvo con cuidado de no cortarse con los cristales destrozados que había en el suelo que algún día pertenecieron a aquella ventana. Las vistas eran maravillosas, se veía toda la playa desde ahí, el cerro que parecía meterse dentro del mar con su faro que habían encendido por la sensación de oscuridad que daban aquellas nubes negras. Justo debajo de él estaba la pista de tenis. Pensó que desde ahí les habían tirado las piedras, se echó más atrás e hizo como si tirase una piedra. En ese momento pegó un sobresalto al escuchar como al lado de él algo golpeaba violentamente contra la pared. Al momento, supo que había sido Miguel por las carcajadas que estaba soltando.

—Eres un cabronazo, me has asustado. —E hizo el amago de tirarle una piedra, y comenzó a reírse también.

—Oye estos no están en la otra casa, como no estén escondidos en la grande… —Levantó los hombros y añadió—: Pero creo que ya se habrán ido porque las bicis no están por ningún lado.

—La habrán escondido en la casa grande o…

—No creo, pincharían las ruedas, hay demasiados cristales y escombros como para meter las bicis ahí —lo interrumpió Miguel.

—Pues se habrán ido, y nosotros deberíamos hacer lo mismo, mira cómo está el cielo, y en nada va a empezar a llover —dijo Alberto.

—Ya nos vamos, tiramos un par de piedra al pozo y nos vamos.

La idea le gustó a Alberto, también quería entrar a echar un vistazo a la casa grande, aunque fuese rápida, ya no sabía cuándo iba a tener otra oportunidad de volver allí.

—Venga, vamos.

Por el camino al pozo recogieron un par de piedras bastantes pesadas. El pozo estaba al final del camino, estaba encerrado en una especie de caseta completamente derruida. Más allá del pozo comenzaba un pequeño bosque de pinares al cual a Alberto le hubiese gustado entrar y dar un paseo. Pero sería en otro momento. El pozo debía de ser profundo, pues no se veía el fondo, solo oscuridad.

Una luz azul iluminó todo el cielo seguida de un trueno que hizo que retumbara todo, unas gotas finas comenzaron a caer dejando tras de sí un aroma a tierra mojada. El cielo se volvió a iluminar y otro trueno se dejó sonar en el cielo. La tormenta estaba cerca y en breve se dejaría notar.

—Contamos a ver cuánto tarda en caer, ¿vale? —dijo Miguel levantando una piedra que era del tamaño de una pelota de futbol. Miró a Alberto, le hizo un gesto con la cabeza dejó caer la piedra, y se pusieron a contar.

—Uno, dos, tres, cua…—Y por fin la piedra chocó con el fondo dejando un estruendo que le recordó a cuando la gente se iba a la playa y se tiraba de las rocas dejando tras de sí el mismo ruido que había producido la piedra al chocar con el agua. Al momento, subió por la garganta del pozo un hedor a podredumbre que hizo que los chicos se apartaran, se llevaran las manos a la cara y se taparan la nariz.

—Qué peste, uf ,debe de estar el agua más que podrida, a saber lo que hay en el fondo de ese pozo —dijo Alberto que aún se mantenía tapada la nariz.

—Imagínate… debe de haber de todo, seguro que han tirado hasta animales…

—Calla, anda. ¿Quién va a hacer esa salvajada? —interrumpió Alberto.

—Pues la gente del pueblo que tiene gatos y perros. Cuando crían, ¿qué piensas que hacen con los cachorros?

—Pues supongo que los regalarán, no creo que alguien sea capaz de hacer eso. Además, el agua huele así porque está estancada —dijo Alberto intentándose convencer a sí mismo.

—¿Y los que no se regalan? ¿Se los quedan los dueños? Porque yo no he visto a nadie que tenga más de dos perros o dos gatos. Mi padre me ha contado el método que usa mucha gente del pueblo para deshacerse de los cachorros y esta es una de ellas.

Alberto pensaba que Miguel le estaba tomando el pelo como muchas otras veces, pero sentía curiosidad de saber cómo eran los demás métodos. Dudó un momento si preguntarle, pero la curiosidad pudo con él y le pregunto:

—¿Qué más métodos hay?

—Pues una de ellas es venir a este pozo o al que hay cerca del cementerio y ahí los tiran, también meten a los cachorros recién nacidos en un cubo con agua para ahogarlos y la última, que yo sepa, es meterlos en un sacó con un par de piedras pesadas y tirarlos al mar.

—Hay que tener valor y poco conciencia para hacer eso. Pobres cachorros. — Y tras un momento de silencio preguntó—: ¿Tú crees que aquí han tirado en serio? O ¿Piensas que son habladurías de la gente?

—Yo creo que aquí han tirado hasta a gente. —Intentó contener la risa, pero no pudo evitarlo y comenzó a reírse. Alberto hizo lo propio. Se imagino a alguien allí abajo mojado por la apestosa y sucia agua. Se le pusieron los vellos de punta.

—¿Tú crees que alguien podría sobrevivir allí abajo? —preguntó Alberto sin darse cuenta.

Miguel se quedó un momento pensando la respuesta y luego respondió:

—Dudo que sobreviviera a la caída, pero aun haciéndolo, lo peor sería estar allí abajo con algún miembro del cuerpo roto esperando a que alguien pase por aquí y aún te queden fuerzas para poder gritar. Quitando que no vengan dos niños a jugar por aquí, tiren una piedra que le dé justo en la cabeza y lo mate — comenzó a reírse otra vez.

—Qué tonto eres, de verdad, no se puede hablar contigo nada serio —dijo Alberto algo molesto.

—Si quieres, lo probamos contigo —dijo Miguel, que agarró a Alberto por los hombros, lo empujó hacia el pozo y luego tiró hacia atrás de él. Alberto se asustó y empujó a Miguel, que se estaba poniendo rojo de la risa. Le dieron ganas de tirarle la piedra que tenía en la mano. El corazón le golpeaba fuertemente en el pecho y la respiración se le había empezado a agitar haciendo más costoso el respirar de lo que le estaba siendo hasta ahora.

—¡Eres… un… gilipollas!

A Miguel se le quitó la risa al ver que le estaba costando respirar a Alberto. Se sentía mal al verlo así por su culpa.

—Perdóname, tío. No era mi intención asustarte de ese modo, solo ha sido una broma. ¿Y tu inhalador?

—En… la… mochila —respondió Alberto costosamente.

Miguel echó un vistazo hacía las bicis y vio la mochila colgada en la de Alberto.

—¿Quieres que vaya a por él o prefieres que te ayude y nos sentamos un rato dentro de la casa a ver si se te pasa un poco? —Alberto asintió con la cabeza y señaló hacía la casa—. Vale, apóyate en mí, nos sentamos un rato y nos vamos antes de que apriete la lluvia.

Inhaló dos veces, pero no le hizo el efecto que él hubiese deseado. Sentía un nerviosismo cada vez que pensaba en que tenía que coger la bici y pedalear hasta su casa. Se metió dos caramelos de menta en la boca a ver si así se recuperaba pronto y decidieron entrar a resguardarse de la lluvia, que ya empezaba a ser más intensa.

Entraron por la puerta de la cocina sorteando los escombros que había por todos lados, pasaron sin mediar palabra por una puerta que los llevó hasta lo que supuestamente Alberto intuyó que fue el salón. Estaba oscuro, pero se distinguía bastante bien el habitáculo. El salón estaba dividido en dos partes: la primera, donde se encontraban ellos, que estaba más elevada, parecía una especie de un pequeño escenario. La otra parte era más grande, había un ventanal que llevaba a una terraza con vistas hacia el bosque, también había otra puerta que en su interior estaba completamente oscuro, no podía distinguir a dónde daba. Las paredes estaban completamente llenas de pintadas que había hecho la gente con espray. Había toda clase de pintadas: «CARLOS Y SOFÍA» dibujado entre un corazón que ocupaba casi toda una pared, con otra debajo que decía: «SOFÍA ES UNA PUTA Y CARLOS UN CABRÓN». En la pared de enfrente justo encima del ventanal se podía leer: «AQUÍ SE VIENE A FOLLAR Y A FUMAR PORROS». En la pared de la derecha: «EL QUE LO LEA ES TONTO, ME CAGO EN TU PUTA MADRE, HIJOS DE PUTA» y un montón de dibujos, pero lo que más le llamó la atención fue una estrella de cinco picos rodeada de un círculo pintada de rojo que reconoció de haberla visto en alguna película de terror. El suelo estaba lleno de cristales rotos, escombros, trozos de papeles quemados y restos de alguna hoguera que alguien habría hecho. El lugar le parecía más tétrico de lo que se llegaba a imaginar.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó Miguel, que se sentaba en las escaleras que dividía las dos partes del habitáculo.

—Bueno… mejor que antes —dijo Alberto que no paraba de mirar todo lo que allí le rodeaba—. ¿Qué hay allí en aquella puerta?

—La puerta da a un pasillo que lleva a las habitaciones. Están muy chulas, cada una tiene su propio cuarto de baño. Y son enormes. Una vez que estuve con Gonzalo nos encontramos una revista porno donde sale de todo, la guardamos en una habitación para cuando volviésemos otra vez. Supongo que estará todavía ahí, no creo que nadie la haya encontrado. ¿Quieres ir y echamos un vistazo?

La lluvia había empezado a caer con más fuerza, el agua golpeaba con fuerza en el techo haciendo menos audible las palabras de Miguel. Un relámpago iluminó el interior de la casa dejando ver el pasillo con sus puertas a cada lado seguido de un trueno que hizo retumbar toda la casa.

—Me gustaría, pero mejor será que nos vayamos ya, que hoy…

—¿Dónde vamos a ir con la que está cayendo? Tú estás flipado, espérate que escampe un poco, hombre. Además… —dijo mirando el reloj—. Son las cinco y cuarenta y cinco. ¿A qué hora llega tu padre?

—Sobre las seis y media más o menos, pero mira cómo estoy, me encuentro mal y aún tenemos que pedalear para llegar.

—Tenemos una hora todavía. —Levantó la mano y la dejó caer en desaprobación. —Además, es todo bajada, no tardamos ni quince minutos en llegar a tu casa. Lo que no será bueno para ti es que te mojes. Anda, siéntate o vamos a ver la revista, que sé que te va a gustar, tontorrón. —Y comenzó a reírse.

Alberto se quería ir, estar en casa, relajarse y que se le pasara completamente el ataque de asma que tenía. Pero Miguel tenía razón en que no hora buena idea salir con lo que estaba lloviendo. «De todas formas, las tormentas de verano duran poco», pensó.

—Bueno vamos, pero como no esté la revista me dejas tu videoconsola una semana —dijo Alberto.

—¡Te voy a dejar una mierda! —dijo Miguel y los dos comenzaron a reír.

5

Una mezcla de miedo y fascinación inundaba el cuerpo de Alberto, que estaba ante aquel largo pasillo oscuro. Apenas veía el final, le sorprendía la inmensidad de aquella casa y de cómo los dueños un día abandonaron aquel lugar que aun estando en ruinas le parecía maravilloso. De vez en cuando, un relámpago iluminaba el pasillo dejando ver varias puertas a los lados y una en el fondo, donde no podía apreciar el interior. Pasaron por la primera puerta. La habitación era más de lo mismo, cristales rotos, escombros, pinturas en las paredes y techo. Se imaginó poder tener una habitación así de grande para el solo y no tener que compartirla como hasta ahora lo hacía con su hermano. Un trueno hizo que ambos pegaran un sobresalto y retrocedieran un par de pasos. Siguieron avanzando y se metieron en la habitación que seguía. Había escrito en una pared con letras grandes y en negras: «AQUÍ RESIDE EL MAL». Sintió un escalofrío al leerlo. Miguel estaba apartando unos ladrillos y buscando algo entre los escombros. En el techo también estaba dibujada la estrella de cinco picos rodeada con un círculo, aunque la pintura no era la misma con la que estaban pintadas las demás paredes, era de un rojo más flojo y más gastado, le recordaba a la sangre seca, pero le resultaba imposible que alguien lo hubiese dibujado con ella, aun así, se estremeció un poco.

—¡Serán cabrones! —maldijo Miguel—. No está. Seguro que se la ha llevado Gonzalo para pajearse en su casa. Qué cabronazo, mira que dijimos que la dejaríamos aquí para que cada vez que viniésemos echarle un vistazo.

—No pasa nada —dijo Alberto, que aún seguía mirando las paredes pintadas—. Oye, ¿tú crees que esa pintura del techo está hecha con sangre?

—Sí, con la sangre del hombre que hay en el pozo y que hemos matado con la piedra —contestó Miguel irónicamente y con una sonrisa en los labios—, no te jode —añadió.

Alberto se rio y preguntó:

—¿Las demás habitaciones están igual?

—Sí, todas están pintadas, incluso en una de ellas hay dibujos con mierda. —Se rio—. En serio, alguien cagaría y con un palo o con sus propios dedos ha dejado su pequeña obra de arte. —Ambos comenzaron a reírse—. Ven, que te la enseño.

Al salir, en la oscuridad de la habitación del fondo, dos puntos rojos brillantes parecían flotar en el aire. Ambos se quedaron paralizados. Alberto agarró a Miguel instintivamente por los hombros sin darse cuenta. Un gruñido provenía de aquellas misteriosas luces, era un gruñido que jamás habían escuchado, pero sabían que era de algún animal. Este fue subiendo en aumento y los puntos rojos comenzaron a moverse hacia ellos. Al salir de la oscuridad de la habitación, pudieron distinguir que aquellos puntos rojos era los ojos de un enorme perro que se abalanzaba hacia ellos enseñándole la reluciente dentadura amarilla con sus colmillos afilados. Los chicos se

dieron la vuelta rápidamente y comenzaron a correr hacia la puerta de la cocina. Miguel, con un movimiento de manos, apartó a Alberto de su camino y lo adelantó sin que este pudiera poner mucha resistencia. Alberto veía como, poco a poco, Miguel se iba alejando de él y cómo notaba las zancadas y el gruñido más cerca de su espalda. Notaba que en su pecho una presión que no le dejaba respirar. Acto seguido, notó como se le aflojaban las piernas y no le respondía y de que estaba cayéndose al suelo. Antes de caer, pudo ver como Miguel salía por la puerta. Cayó justo al lado de las escaleras que separaba las dos estancias del salón. Rápidamente, se giró, cerró los ojos y puso los brazos por delante para protegerse del ataque del perro.

Al cabo de unos segundos, al notar que el perro no le había atacado aún, fue abriendo los ojos poco a poco y deseó que el perro hubiese preferido seguir a Miguel. Al abrirlos, vio que el perro estaba ahí, a escasos cincuenta centímetros de él, notaba el fétido aliento de aquel animal en cada respiración, los colmillos sobresalían de aquella boca que mantenía abierta y amenazante, tenía la mirada con aquellos ojos rojos que parecían más los de una rata que los de un perro fijos en los suyos, pudo ver el pelo negro brillante erizado y ese gruñido que hacía que se retorciera del miedo. No podía respirar, en cada intento de hacerlo sentía una punzada de dolor en medio del pecho que hacía casi imposible que pudiese llevarse una buena bocanada de aire a los pulmones.

Aún seguía con los brazos levantados y protegiéndose la cara cuando comenzó a escuchar unos pasos que se aproximaban por el pasillo, lentos, pero que retumbaban en la silenciosa casa. «Ojala sea el dueño del perro», pensó. Le había parecido una eternidad el tiempo que había pasado desde que escuchó los pasos hasta que una figura de un hombre vestido con un traje completamente de negro, con un sombrero de copa sobre la cabeza. El hombre se acercaba lentamente hacia él y el perro que aún seguía en la misma posición. Al llegar hasta ellos, el perro cerró la boca, se apartó un poco y se sentó al lado de aquel hombre, que le parecía muy alto, no recordaba haber visto a alguien más alto en su vida. Por debajo del sombrero le caía una melena blanca hasta los hombros, era un pelo muy fino, le recordaba al que solían tener las personas mayores, y ese hombre no parecía ser un anciano. Los ojos eran de un color oscuro, casi negros, notaba algo raro en ellos, como si carecieran de vida, «pero eso era imposible», pensó. La cara estaba cubierta por una ligera barba blanca donde en la parte del mentón le colgaba un mechón de pelo en forma de pico.

—Hola, Alberto —dijo el hombre con una voz aguda que a Alberto sentía dulce y tranquilizadora.

No entendía cómo sabía su nombre, lo miraba e intentaba recordar si lo conocía o si lo había visto en algún lado, pero no, sabía perfectamente que no lo conocía de nada.

—Hola —le devolvió el saludo costosamente Alberto—. ¿Cómo sabes…?

—Yo lo sé todo, Alberto. —le interrumpió el hombre antes de que acabara la pregunta—. Sé tu nombre, el de tu hermano, el de tu hermana, sé que no te llevas muy bien con ella. —Se rio con una risa que le provocó un escalofrío—. Lo sé todo de ti. Sé que estás enfermo, que te cuesta respirar y que ahora mismo te duele el pecho al hacerlo. No debes tenerme miedo, y a él tampoco. —Acarició la cabeza del perro y este ni se inmutó—. Te puedo ayudar, puedo curarte y hacer que seas un niño normal, un niño que pueda correr, saltar, ir en bici… —Hizo una pausa— y un montón de cosas que ni te imaginas que puedes hacer.

Alberto estaba asustado. Había algo en ese hombre que no le gustaba. «¿Y cómo me iba ayudar?», pensó. Había pasado por montones de médicos y ninguno lo había conseguido. Cada vez le costaba más respirar, y ese dolor nunca lo había sentido, jamás había tenido un ataque así. Lamentó no tener el inhalador en el bolsillo, lo llevaba en la mochila que estaba colgada de la bici que se estaría empapando por la lluvia. No sabía qué responderle al hombre, así que prefirió guardar silencio.

—Es muy fácil, Alberto —comenzó a decir el hombre—. Solo tienes que pedírmelo y en un abrir y cerrar de ojos te encontrarás bien y nunca más te dará un ataque de asma.

—¿Así… de… sencillo…? —preguntó Alberto cortadamente.

—Sí, así de sencillo. Tú me lo pides y yo te curo, pero, eso sí, luego tendrás que hacer algo por mí, algo muy fácil.

—¿Qué tengo que… hacer?

—Darme un nombre, el nombre de algún familiar o de alguien de tu entorno. —Sonrió un poco —. Es así de simple.

—¿Para qué quieres que te diga un nombre? —Hizo una pausa para coger aire y, al hacerlo, sintió la punzada de dolor en el pecho—. No lo entiendo… muy bien.

—Digamos… para que me entiendas, que es un cambio, tú estás enfermo, yo te curo a ti, pero necesito llevarme algo a cambio, y eres tú el único que me lo puedes dar.

No entendía para qué quería el nombre de alguien, en realidad, no entendía nada. El hombre comenzó a reírse. Pudo ver los dientes ennegrecidos a través de los labios agrietados, haciéndole una sonrisa malévola que hizo estremecer otra vez el cuerpo de Alberto.

—Veo que no me estás entendiendo. Intentaré ser más explícito contigo: te estás muriendo, Alberto, lo que tienes no es un ataque de asma simple, también sufres un ataque al corazón. Y yo te estoy dando la oportunidad de salvarte y de curarte, hacer de ti un niño normal. Pero entiende que todo tiene un precio. Yo te salvo a ti, pero me tengo que llevar una vida conmigo, y me la tienes que dar tú con un nombre. Y no vale decirme una persona cualquiera, no, tiene que ser alguien querido, alguien que quieras de verdad. Como por ejemplo tu hermana, que sé que la quieres, pero, a la misma vez, odias. —Hizo una pausa y le ofreció la mano—. ¿Qué me dices, me llevo a tu hermana?

Alberto se había quedado perplejo tras acabar de escuchar lo que le había ofrecido ese hombre. Pensó en que tendría que ser una broma. Se encontraba mal, pero no pensaba en que se estaba muriendo. Y si fuese verdad, tampoco le iba a dar un nombre, así que no le tendió su brazo. Tampoco le creía.

—No te creo… —comenzó a decir Alberto—. ¿Quién eres… que conoces a mis… hermanos?

—Soy quien tú quieras que sea, puedo ser muchas personas, incluso puedo adoptar la forma de tu madre, la de tu profesor. —Alberto pudo ver, por un segundo, la forma de su madre en aquel

hombre cuando la pronunció, también la de su profesor Juan. Luego, sin más, volvió a ser aquel hombre. Ahora sí estaba aterrado de verdad, notaba como las piernas le temblaba sin poder controlárselas. El hombre continuó hablando—: Solo pídemelo y yo lo haré sin más.

Un relámpago iluminó la casa dejando ver la sombra de aquel hombre en el techo, una sombra que parecía tener vida propia haciendo unos contoneos, creando una extraña danza que no tenía nada que ver con aquel hombre que se mantenía inmóvil mirando fijamente al chico.

—No te voy a decir… ningún nombre, si no… me quieres… ayudar, déjame que me muera —dijo Alberto que sin darse cuenta había comenzado a llorar.

—No, Alberto, no —dijo el hombre meneando la cabeza—. No vas a morir hoy. Además, no lo deseas. ¿Te gustaría que ver el sufrimiento de tu padres cuando te encontraran aquí muerto devorado por este perro? —En ese momento, el perro le enseñó los dientes y le dedicó un gruñido—. Les romperías el corazón. Así que no vas a morir hoy. La muerte solo es una liberación al sufrimiento, eso es lo fácil y lo que desea la gente cuando padece una grave enfermedad o en la misma agonía de la muerte, solo evitar el sufrimiento. Qué débil es el ser humano, débil y egoísta en sí. Y tú no deseas morir.

Eso era cierto, no deseaba morir, pero tampoco quería que alguien muriera sin tener culpa de nada. No se lo perdonaría en la vida, le pesaría en la conciencia hasta el fin de sus días.

—¡No quiero darte ningún nombre! Por favor… no me hagas… esto. Déjame en paz, si me tengo que morir… déjame morir! —gritó Alberto entre lágrimas.

—¡Alberto! —vociferó el hombre con una voz sobrehumana que hizo que Alberto se callara en el acto—. No juegues con mi paciencia, o me das un nombre o me llevare al primero que se te pase por la cabeza. Tú eliges.

Alberto pensó en decirle el nombre de la hermana, pero rápido se la quitó de la cabeza, aun llevándose mal con ella, la quería con locura, además, sabía que sus padres no se recompondrían del golpe. Con su hermano le pasaba exactamente lo mismo. El nombre de su madre no se lo iba a dar, no podría vivir sin ella. Pensó en decirle el del padre, pero no era capaz, amaba a su padre y tampoco sabría vivir sin él. Estaba en duda, no quería perder a nadie de su familia, no paraba de darle vueltas a la cabeza.

—Dame la mano Alberto —le dijo el hombre que le volvió a tender la mano.

—¡No! Que aún… no lo tengo claro, dame un momento más… por favor.

—Tú no lo tienes claro, pero yo sé a quién llevarme.

Alberto no quería mirarlo más, y mucho menos darle la mano a aquel ser. Tenía los ojos cerrados mojados por las lágrimas. Se sentía aterrado como nunca jamás lo había estado. Quería que acabara ya todo e irse a su casa. Sin darse cuenta, extendió la mano y notó el calor achicharrante que desprendía la mano de aquel hombre.

6

Un trueno a lo lejos hizo que abriera los ojos y pegara un sobresalto. Al abrirlos, se vio sentado en una casa que parecía abandonada. Le daba la sensación de que hubiese estado durmiendo horas y se sentía un poco descolocado como muchas de las mañanas que lo despertaba su madre para ir al colegio. Comenzó a recordar que había ido en bici a aquella casa, se le pasó por la cabeza la partida de tenis, las piedras, el pozo, la casa, el perro… Cuando recordó eso, pegó un salto y se puso de pie. «Ha tenido que ser una pesadilla», pensó. Se preguntaba dónde estaba Miguel. La casa estaba más oscura que cuando entró, una luz anaranjada entraba por la puerta dejando ver los últimos rayos del sol de ese día. Miró el reloj y marcaban las nueve y veinte.

—Me van a matar —dijo en voz alta y salió corriendo de la casa. Fuera, la lluvia ya había amainado, solo quedaban los charcos y el barro en el camino que el agua había producido. Se colgó la mochila a la espalda, se subió en la bici y pedaleó lo más rápido que pudo. Pronto dejó la casa atrás.

Mientras pedaleaba, se le vino a la mente la imagen del perro, la de aquel hombre y todo lo sucedido, sintió un sudor frío que le bajaba por la espalda. «Ha tenido que ser una pesadilla», pensó. Llevaba un buen rato pedaleando a toda prisa y eso hizo que se le revolviera el estómago al ver que no se sentía agotado, que podía respira perfectamente. «¿Y si fuese verdad que ese hombre me ha curado?», se preguntó. Pero esa pregunta lo puso aún más nervioso, pensaba en su familia, en si todos estarían bien. Intentaba buscarle una explicación a lo sucedido. «Ha sido una pesadilla, me he desmayado, Miguel ha ido a por ayuda y yo lo he soñado todo», se decía una y otra vez para tranquilizarse, pero no lo conseguía. Se imaginaba llegar a su casa y encontrarse a su madre llorando y a alguien muerto. O encontrarse a su padre llorando y, aún peor, a su madre muerta. El corazón se le iba a salir del pecho, notaba cómo le golpeaba con fuerza una y otra vez. Cuando se quiso dar cuenta, tomó una curva a la izquierda y se encontró bajando la cuesta que lo llevaba a su casa. Ahora el corazón le latía aún con más fuerza, lo notaba casi en la garganta.

Al llegar a las escaleras que daban a su casa sintió un alivio al ver que todo parecía normal, no había nadie por las escaleras y no se escuchaba el jaleo de gente que se escucharía si hubiese pasado algo, ya que los vecinos con lo curiosos que son estarían allí cotilleando. Se le empezó a pasar por la mente la bronca que le iban a echar, y del castigo. Sabía que iba a estar un buen tiempo sin salir a la calle, pero estando su familia bien el castigo, las broncas incluso alguna bofetada la acataría encantado.

Estaba subiendo las escaleras con la bici a cuestas, cuando escucho que alguien abría la puerta. Al momento vio a su madre asomada que se puso las manos a la cara y comenzó a llorar. A Alberto le dio un vuelco el corazón, sentía un nudo en la garganta. Soltó la bici que cayó al suelo un par de escalones más abajo y corrió hacía su madre. Al llegar a ella se fundieron en un abrazo que Alberto agradeció. Tenía miedo a preguntarle a su madre si todo está bien o si había pasado algo, pero no le salían las palabras.

—¿Dónde has estado, Alberto? —preguntó la madre que lo apartaba. Aún tenía lágrimas en los ojos—. Tu padre y tu hermano llevan horas buscándote. ¿Estás bien?

El escuchar que su padre y hermano lo estaban buscando le tranquilizo, era como quitarse un peso de encima, sabía que todo estaba bien. Suspiró de alivio. Y antes de que pudiera contestar comenzó la madre a hablar.

—Pensábamos que te había pasado algo —dijo y no pudo acabar porque comenzó otra vez a llorar.

—No llores, mamá, que estoy bien, en serio. Me he quedado dormido sin darme cuenta y me he despertado tarde. Lo siento. ¿Estáis todos bien? —La madre asintió con la cabeza—. ¿Isabel también?

—Sí, está durmiendo —contestó la madre algo extrañada.

Alberto sintió alivio al ver que todo había sido una pesadilla, una horrible que no olvidaría en la vida. En cuanto entrara a su casa, lo primero que haría sería llamar a Miguel para que le contara que había pasado realmente, le preguntaría por qué lo había dejado allí solo.

—¿Estabas con Miguel? —le preguntó la madre de repente, cortando sus pensamientos.

—Sí, pero… eh. —No sabía que responder—. Él se fue antes, yo me sentía cansado, me senté un rato y me quedé dormido. —Notó en el rostro de su madre una tristeza que no era normal en ella —. ¿Qué ha pasado, mamá? —preguntó.

—Lo ha atropellado un coche mientras bajaba de la punta de la mona —dijo la madre y se puso a llorar de nuevo.

Alberto sintió como un líquido le subía por el estómago hasta la garganta. Se inclinó y vomitó un líquido amarillo mezclado con saliva.

—¿Pero está bien, mamá? —preguntó con lágrimas en los ojos—. Dime la verdad, por favor, no me engañes.

La madre abrazó a su hijo y entre lágrimas le dijo:

—No, hijo, no está bien, ha muerto. —Y comenzó a llorar desconsoladamente.

Alberto no podía creer lo que le acaba de decir su madre. No podía ser. Se abrazo más fuerte a su madre y comenzó a llorar. Pudo ver la sonrisa malévola de aquel hombre reflejada en su memoria. Todo lo que había sucedido había sido real. Le entraron ganas de vomitar otra vez, pero pudo contenerlas. Rompió a llorar y susurró sin que su madre pudiera oírlo:

—Es culpa mía, yo pensé en él cuando ese hombre me dio la mano, lo he hecho por vosotros… yo lo he matado.

FIN

OUIJA

Sábado, 1 noviembre de 1997. La Herradura (Granada).

El plan había sido perfecto y eso les hacía creerse más mayores de lo que realmente eran. Sus sonrisas y nerviosismo mientras se fumaban un cigarro escondidos en la entrada de un parking esperando el momento en que la madre de Daniela se fuese al trabajo le creaba un cosquilleo en el estómago a Javier, que le hacía pensar que aquella noche podría ser una gran noche.

Todo había sido idea de Daniela, pero la testosterona que inundaba el cuerpo de Javier pensando simplemente en pasar la noche con ella, había hecho que él se ocupara de todo convenciendo a su gran amigo Pepe a engañar a su madre diciéndole que se quedaba a dormir en la casa de Javier, y por su parte Javier le había dicho a la suya que se quedaba a dormir en la casa de Pepe. Era un poco arriesgado, por si al día siguiente se vieran las madres y se preguntaran por ellos, pero merecía mucho la pena intentarlo.

Daniela por su parte simplemente tenía que convencer a Tania de que se quedara a dormir en su casa, el resto de trabajo lo tendría que hacer Pepe para poder camelársela y liarse con ella, cosa que no resultaría muy difícil porque Tania tenía fama de facilona.

El único temor que rondaba por la cabeza de Javier era que se presentara la madre de Daniela en mitad de la noche y los pillara allí, pero se tranquilizaba al pensar que desde los grandes ventanales que tenía el comedor se veían venir los coches que se acercaban a esa calle que no tenía salida, y en caso de que apareciese el coche de la madre les daría tiempo a salir por la puerta que daba a la calle de atrás. De todas formas sabía perfectamente que la madre no iba a aparecer hasta las siete de la mañana como todos los días, ya que trabajaba en una discoteca en el pueblo de al lado y al salir se iría a tomar algo con los compañeros, y llegaría tan borracha que se metería en la cama y no se levantaría hasta pasadas las tres de la tarde, cosa que ya sabía bien Javier, ya que algunas mañanas, cuando iba al instituto y pasaba a recoger a Daniela, decidían no ir a clase y quedarse en la cama hasta que les diera la gana mientras la madre dormía en la habitación de al lado sin enterarse de nada.

—Ya se va, tío —dijo Javier mientras se acercaba a la esquina y como un espía miraba atreves de ella. —Venga, vamos —añadió.

Tras un silbido que era muy característico de Javier, Daniela se asomó a la ventana y les lanzó la llave para que abrieran y subieran a la planta de arriba, ya que a ella le daba mucha pereza bajar y siempre le hacía lo mismo. Al entrar, el mismo olor de siempre a humedad y madera podrida.

La casa se dividía en dos plantas, la planta de arriba que era donde prácticamente pasaban la mayor parte del tiempo, y la parte de abajo, que usaban para lavar la ropa y amontonar toda clase de trastos inútiles y muebles que se estaban descomponiendo con el tiempo.

—Qué bajo es el techo, tío, ¿el que hizo la casa que era un enano? —dijo Pepe riéndose.

Javier ya se había dado cuenta la primera vez que entró, incluso pensó la misma tontería que acababa de decir su amigo, el techo realmente era demasiado bajo, cualquier persona que pasara del uno ochenta de estatura, seguro que se daría con la cabeza en el techo.

—A ver, Daniela dice que esta casa era el antiguo tanatorio del pueblo y que la parte de abajo la usaban para almacenar los ataúdes y las demás cosas que se usan para los entierros. —Al ver la cara que le estaba poniendo Pepe, rápidamente añadió—: Esta tía esta flipada con todas esas tonterías que tiene en la cabeza. —Se rieron los dos.

Al llegar a la planta de arriba, una rabia e impotencia se apoderó Javier, al ver sentada junto a Daniela y a Tania, a Carmen. Esto no era lo que habían acordado, solamente iban a estar los cuatro y no se explicaba cómo habían invitado a aquella gorda que siempre se acoplaba a todos lados.

—¿Qué hace esta aquí? —le preguntó Javier a Tania al oído después de haberle dado el beso que siempre le daba en la boca al verla.

—La ha traído Tania…

—Ya, pero esto no es lo que habíamos hablado, ahora Pepe se va a rallar conmigo, habíamos dicho los cuatro y siempre tiene que aparecer esta, ¡manda huevos, Daniela!

—Tranquilo, que está todo hablado, he convencido a Tania para que se lie con Pepe, así que no te pongas así que nada va a cambiar. —Le volvió a dar un beso y se sentó.

En la mesa, Carmen estaba escribiendo un abecedario en un panel de madera del tamaño de un folio.

—¿Qué coño hacéis? —preguntó Javier que se sentó al lado de su novia. Al mirar la cara de Pepe, sabía que estaba molesto por la presencia de Carmen. Javier, con un gesto con la mano, le hizo entender que estaba todo controlado.

—Estamos preparando un tablero para hacer espiritismo —contestó secamente Carmen, al darse cuenta de que no les hacía gracia que ella estuviese allí.

—Yo no participo en esa mierda —dijo Pepe, que se levantó y se fue al sofá.

—Menudo cortarrollos eres, Pepe, o ¿es porque te da miedo? —le preguntó Carmen burlándose de él. Las demás chicas empezaron a reírse.

Antes de que Pepe saltara con alguna bordería que hiciera que se enfadara Tania y les amargara la noche, Javier se levantó y se dirigió al sofá.

—Yo tampoco participo, y no es por miedo, es porque lo veo una gilipollez y una pérdida de tiempo.

—Otro cortarrollos. —Y, tras una pausa, Daniela añadió—: Y cagado. —Ahora las risas eran carcajadas. Javier no hizo caso y se sentó al lado de Pepe en el sofá.

—¿Qué pollas hace la gorda esta aquí? —le preguntó Pepe susurrando.

—Lo de siempre, tío, acoplarse a todos lados, pero no te preocupes…

—Sí, claro, como tú vas a pillar cacho esta noche, a los demás que nos den por el culo, ¿no? Venga ya, tío, esto no es lo que me habías dicho.

—Tranqui, que Daniela ha hablado con Tania y me ha dicho que sí, que se va a liar contigo. Así que deja de llorar ya, nenaza. —Sonrió—. Y saca tabaco e invita, cabrón. —Los dos comenzaron a reírse.

Mientras las chicas terminaban el tablero de ouija y hablaban bajito para que ellos no se enteraran de la conversación, ellos decidieron apostarse cigarros jugando un par de partidas al Backgammon en un viejo tablero donde tantas tardes habían estado jugando Javier y Daniela, pero, en vez de apostarse cigarros, ellos se jugaban prendas de ropa, nunca habían llegado a quedarse completamente en pelotas, cuando llegaban a la ropa interior ella siempre se frenaba y terminaba las partidas.

—Oye, pasadnos una moneda —Les pidió Tania a los chicos.

—¿Para qué? —contestó fríamente Pepe mientras arrojaba los dados en el tablero.

—Pues para la guía de la ouija —contestó Tania.

—¿Qué me das tú a cambio? —respondió Pepe pícaramente. Los demás se pusieron a reír.

—Uh, esto se pone picante —dijo Javier cachondeándose de ellos.

—Tú dame la moneda y luego ya veremos con lo que te recompenso —le dijo Tania siguiéndole el juego.

A Pepe se le escapó una sonrisa nerviosa, se metió la mano en el bolsillo del pantalón, sacó una moneda de veinticinco pesetas, se la lanzó y siguió en su partida.

—¿No os animáis? —preguntó Carmen.

—Yo paso, está muy interesante la partida —dijo Javier levantando dos cigarros que le había ganado a Pepe.

Pepe en cambio simplemente levantó la mano y negó con ella.

—Pues hala, vosotros os lo perdéis —les dijo Carmen.

—Sí que nos lo estamos perdiendo, puta gorda cortarrollos, si no llegas a venir, te diría yo dónde iba a estar ahora mismo, subnormal de mierda —dijo Pepe en voz baja.

Javier se llevó un dedo a la boca y le pidió que bajara la voz.

—Hola, ¿hay alguien ahí? —preguntó Carmen.

Las demás chicas guardaban silencio. Ellos dos se mantenían también callados y lo único que rompía el silencio era los dados chocando contra el tablero.

—Esto no funciona, Carmen, no lo estarás haciendo bien, esto no se mueve —dijo Daniela.

—¿Hay alguien al otro lado? Si es así, manifiéstate moviendo la moneda —dijo Carmen ignorando a Daniela.

—¡Hostias! ¿La habéis movido vosotras? —preguntó Tania algo asustada. Las dos negaron con la cabeza.

—Sí. —Leyó Daniela.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Carmen.

—Sandro.

—Sandro, ¿estás aquí en el salón con nosotros? —cuestionó de nuevo Carmen.

—Sí.

—¿Dónde te encuentras exactamente?

—Puerta.

—¿En la puerta de la entrada al salón?

—Sí.

Las chicas miraron recelosas a la puerta de entrada, pero allí no veían nada, rápidamente miraron otra vez al tablero esperando a que Carmen realizase otra pregunta. Los chicos seguían jugando, pero pendientes de lo que preguntaban y de las supuestas respuestas que estaba leyendo Daniela.

—¿Te pueden preguntar ellas dos?

—Sí.

—Venga, chicas, preguntadle lo que queráis —dijo Carmen con una media sonrisa.

—Pues no sé qué preguntarle —dijo Tania pensativa.

—¿Que hay después de la muerte? —preguntó Daniela.

Carmen miró a Daniela con un gesto, algo molesta.

—Dolor.

—Qué mal rollo me está dando esto, tías —dijo Tania, que se le estaba poniendo la cara un poco pálida.

—Chicas ,hay una regla para cuando se hacen sesiones de espiritismo, no se pueden preguntar nada relacionado con la muerte. Hay espíritus que aún no saben que han muerto y podría ser una sesión algo complicada si pasa eso —dijo Carmen en tono serio.

—Yo qué sé, Carmen —comenzó a decir Daniela—. Eso se avisa antes de empezar la partida… —Se calló al ver que la moneda se puso otra vez en movimiento.

—Dolor, dolor, dolor.

—Yo ya no quiero seguir, me está dando mucho miedo esto —dijo Tania, que quitó el dedo de la moneda y separó la silla para levantarse.

—Tania, esto no se acaba cuando uno quiere, al igual que se inicia la sesión y se abre una puerta para comunicarnos con el más allá, hay que cerrarla, podrían atravesar esa puerta que hemos abierto algunos espíritus y ahí sí que tendríamos un problema, porque no sabríamos cómo devolverlos al más allá —dijo Carmen.

—Pues cerradla vosotras, yo paso —dijo Tania que ya estaba de pie y se disponía a alejarse de la mesa e irse donde estaban los chicos.

—Tania, venga siéntate y terminemos esto…

—Dejadla en paz —interrumpió Pepe a Daniela—. No veis que está asustada. ¡Es que manda huevos con la idea que habéis tenido de hacer la puta ouija esa! De todas formas, Tania, no le hagas ni puto caso, eso es una farsa, la moneda esa la está moviendo Carmen.

—¡Yo no la estoy moviendo! —le gritó Carmen a Pepe—. Tania, no podemos cerrar la sesión nosotras dos solas, hemos empezado las tres, debemos terminarla las tres.

—Tranquilizaos, venga, Tania, siéntate ahí con ellas y cerrad la puta sesión esa y hagamos algo que nos divirtamos los cinco —dijo Javier, que le puso la mano en el hombro a Pepe para que se

tranquilizara y no dijera nada más.

Pepe se calló, pero con un movimiento del brazo apartó la mano de Javier y cogió los dados y los arrojó al tablero.

—Venga, Tania, siéntate y cerramos la sesión en seguida. —Miró a Carmen y le preguntó—: ¿Estás de acuerdo? —Esta asintió con la cabeza.

Tania, con desgana, se acercó a la mesa y sin mediar palabra se sentó en la silla y volvió a poner el dedo en la moneda.

—Sandro, ¿sigues ahí? —preguntó Carmen.

La moneda comenzó a moverse de nuevo y se posó en el «sí».

—Nos gustaría cerrar la sesión, ¿estás de acuerdo?

—No.

—Tranquila, Tania, esto suele pasar a menudo, seguro que es un espíritu burlón que se quiere reír un poco de nosotras —le dijo Carmen para intentar tranquilizarla.

—¿Por qué no quieres que cerremos la sesión? —preguntó Daniela casi gritándole al tablero.

La moneda no se posó en ninguna letra, solamente se mantenía dando círculos por todo el tablero.

—Sandro, ¿por qué no quieres cerrar la sesión?¿Hay algo que nos quieras decir? —preguntó Carmen con una tranquilidad que a las dos chicas les sorprendió. La moneda en un gesto rápido se posó en el «sí».

—¿Qué nos quieres decir? —dijo Carmen.

—Aún no.

—¿Aun no qué? —le preguntó Tania mirando a Carmen.

Carmen vio que los ojos de Tania se estaban volviendo brillosos por culpa de las lágrimas que se le estaban acumulando y amenazaban por desbordar en cualquier momento.

—¿Por qué no nos lo dices ya, Sandro? —preguntó Carmen, que optó por no contestarle a Tania, porque, en realidad, no sabía qué decirle.

La moneda seguía dando círculos por el tablero como sin querer contestar a la pregunta.

—¿Hay alguien que te molesta y por eso no nos lo quieres decir? —preguntó Carmen.

La moneda se posó en el «sí», se fue al centro del tablero y rápida y repetidamente se volvió a posar en el «sí».

—¿Quién te molesta?

—Ellos.

—¿Te molestan ellos dos?

—Sí.

—¿Quieres que se vayan?

—Sí.

—Los cojones nos vamos a ir. Ahora sí que te hemos pillado, Carmen —dijo Javier, que se levantó del sofá con un salto y se dirigió a la mesa—. A ti lo que te jode es quedarte sola esta noche, lo que quieres es asustarlas y hacer que nos vayamos los dos para que paséis la noche las tres solas.

—Cálmate, Javier —le dijo Daniela—. Te estás pasando.

—¿Que me estoy pasando? ¡Venga ya, Daniela! ¿Es que no os dais cuenta de que lo que quiere es hacer eso? La moneda la está moviendo ella y se está planteando la noche a su gusto. Si le vas a hacer caso y prefieres que nos vayamos, nos vamos, pero, eso sí, atente a las consecuencias que traerá esto.

—A mí no me culpes de nada. ¡Estúpido! Que yo no estoy moviendo nada. —Se defendió como pudo Carmen a las acusaciones.

—Yo estoy contigo, Javier, pienso lo mismo que tú —dijo Pepe, que aún seguía sentado en el sofá—. El único plan de esta es jodernos la noche. Ya se veía venir.

—¡Callaos ya los dos de una puta vez! —gritó Daniela—. Carmen, no me mientas. ¿Estás moviendo tú la moneda?

—Te lo juro por mis abuelos que están enterrados que yo no la estoy moviendo —dijo Carmen, que se besó el dedo gordo haciéndole promesa.

Daniela no sabía realmente qué hacer. Creía lo que le estaba diciendo su amiga, pero tampoco quería decirles a ellos que se fuesen, porque sabía que las amenazas de Javier eran ciertas, además, ellos se habían jugado demasiado mintiéndoles a sus madres para poder pasar la noche allí.

—Que se vayan abajo —dijo Tania—. Yo, la verdad, me siento más seguros con ellos en la casa y no quiero que nos dejen aquí solas.

—Pues no es mala idea. ¿Qué os parece? —les preguntó Daniela.

Pepe prefirió que respondiera Javier, porque sabía que lo que pudiese decir podría acabar en discusión, así que guardó silencio esperando a que él hablara.

—A mí esta no me convence, todo esto es una farsa. —Levantó las manos en forma de crucifijo y con una sonrisa en la boca dijo—: Si es verdad que hay un espíritu aquí, manifiéstate, haz algo que haga que me crea que toda esta farsa es real y así me voy y os dejo tranquilos en la gran velada que estáis pasando.

Pepe comenzó a reírse, a las chicas no les hizo tanta gracia y lo miraban con desprecio. En ese mismo momento, la luz que proyectaba la lámpara del techo y que daba luz a toda la sala comenzó a parpadear como una bombilla que no está bien apretada. Todos guardaron silencio mirando la lámpara. Los intervalos cesaron y, tras una leve pausa, la luz se apagó dejándolos completamente a oscuras. Algunas de las chicas pegaron un leve chillido que fue ahogado por un tremendo ruido de algo que golpeó violentamente contra el cristal de una de las ventanas. Todos pegaran un sobresalto. Al instante volvió a encenderse la luz. Todos miraron hacia la ventana y pudieron ver como una de las persianas que antes se encontraba enrollada y atada, estaba completamente abajo.

—¡Tú eres gilipollas, Javier! —le gritó Carmen—. ¿Ves como yo no me estoy inventando nada? ¡Y encima tú provocando!

Javier no salía de su asombro. Trataba de buscar algún sentido lógico a lo que acababa de pasar, pero no se le venía nada a la cabeza.

—Menuda gilipollez —comenzó a decir Pepe—. No es nada más que el viento, que habrá desatado la persiana.

—Sí, claro, ¿y la luz? Demasiada coincidencia que pasara todo cuando Javier ha dicho esas palabras, ¿no? —dijo Daniela, que miraba a las chicas en busca de apoyo.

—Coincidencia, tú lo has dicho —dijo secamente Pepe, que aunque no quería creer en todo lo que estaba pasando, algo raro sí que le parecía todo aquello.

—Pues entonces… —comenzó a decir Javier—. Nos vamos abajo, ¿no? ¿Eso es lo que queréis?

—Yo no quiero que se vayan, a mí me da más seguridad que se queden —dijo Tania con voz temblorosa. En su cara se reflejaba todo el miedo que estaba pasando en ese momento.

—Tania, cariño —le dijo Carmen, que esperaba la mirada de ella para continuar hablando—, se tienen que ir, nos lo ha pedido y así debe ser. Te prometo que intentaré que esto se termine lo antes posible. Pero si ellos no se van, lo que haremos será enfadarlo más.

Tania, sin estar muy conforme, asintió con la cabeza y le dio la aprobación a las chicas. Los chicos, sin decir nada más, abandonaron el salón y bajaron a la planta baja dejando a las chicas para que pudieran seguir con la sesión de espiritismo.

Al llegar abajo, se sentaron en unas sillas blancas de plástico y se encendieron un cigarro. Los dos evitaban sacar el tema de lo que había pasado arriba, pero el no hablar no hacía que no estuvieran pensando en ello.

El sonido de la moneda arrastrándose por la madera se oía claramente abajo, y eso le ponía los vellos de punta a Javier, que aún seguía intentando buscar una razón lógica a lo que había sucedido con la luz y la persiana.

—Vayámonos y que se jodan, que pasen la noche con la puta gorda esta —dijo Pepe rompiendo el silencio,

—¿Cómo nos vamos a ir? ¿A dónde nos vamos? —contestó Javier.

—No sé, pero se nos ha jodido la noche. Esto ya no hay quien lo arregle. ¿Tú crees que cuando terminen lo vamos a pasar bien? Si van a estar asustadas y seguro que la gorda esta dice de dormir ellas tres juntas en la misma habitación y nosotros dos en otra. Y, si no lo dice ella, lo hará el supuesto espíritu ese que se ha inventado la muy zorra.

—No creo —dijo Javier, que en el fondo sabía que la noche no iba a ser como él se había imaginado—. Cuando terminen hablaré con Daniela y, si va a ser como tú dices, nos piramos y que les den por el culo a la tres.

Después de media hora, donde los chicos apenas habían mantenido una conversación y se habían dedicado a fumarse un cigarro detrás de otro y esperar a que las chicas terminaran, unos pasos

que delataban que alguien estaba bajando por las escaleras hicieron que los dos se giraran rápidamente y miraran hacia allí. Al ver a Daniela, Javier sintió alivio, él no solía creer mucho en los temas de espíritus ni nada de eso, pero con lo sucedido estaba un poco asustado. Al acercarse, pudieron ver como en las caras de las chicas se reflejaba el miedo, estaban pálidas como la pared.

—¿Qué os pasa? —preguntó Javier, que rápidamente se levantó y abrazó a Daniela.

—Tenemos que ir al cementerio —dijo Daniela con voz entrecortada.

—¿Cómo? ¿Quiénes? ¿Qué me estás contando, Daniela? —dijo Javier entre asombro y cabreo.

—Los cinco debemos ir, nos lo ha ordenado Sandro… —intentó decir Carmen.

—Los cojones voy a ir yo al cementerio a estas horas —dijo Pepe levantándose de la silla e interrumpiendo a Carmen—. Yo me piro, Javier, tú haz lo que te dé la gana.

—Tenemos que ir los cinco o nos pasara algo a uno de nosotros —dijo Carmen mirando a Javier.

—Esto es lo último que me faltaba por oír, menuda payasa que eres. ¿Cómo puedes ser así de embustera? Y encima jugar con todos nosotros. ¿Has visto cómo está Tania de asustada? —le gritó Pepe tras ver como Tania rompía a llorar.

—Debemos ir, Pepe —le dijo Tania entre sollozos—. —Esto no es un invento de ella, es real, nos lo hemos buscado nosotras mismas. —Siguió llorando.

—A ver, explicadme qué cojones ha pasado arriba —dijo Javier en un tono algo mosqueado.

—Pues resulta…

—Tú no, que me lo explique Daniela —cortó secamente Javier a Carmen.

—Pues hemos seguido con lo de la ouija, le hemos preguntado si había sido él quien había provocado lo de la luz y lo de la persiana, y nos ha dicho que sí. —Todos estaban atentos a lo que Daniela estaba contando, Pepe movía la cabeza en forma de negación, no se creía nada—. Le hemos preguntado qué era aquello que nos tenía que decir y ha afirmado que corríamos peligro, que la única manera de salvarnos era ir al cementerio a llevar un ramo de flores a una tumba. —Daniela se calló al ser interrumpida por las carcajadas de pepe.

—Esto es la hostia. —Siguió riendo—. Carmen, tú valdrías para hacer películas de terror, madre mía, sí te lo estás montando bien. —Y siguió riéndose.

—Tú eres gilipollas —dijo Carmen cabreada—. Piensas que yo me lo he inventado todo, ¿tú crees que a mí me hace gracia ir al cementerio ahora? ¿O ver cómo mis amigas lo están pasando así de mal? Si esto fuese una broma, la hubiese parado muchísimo antes. Así que deja de acusarme y cállate la puta boca.

—Callaos ya los dos, joder —intentó poner algo de paz Javier—. Sigue, Daniela.

—Pues nos ha dicho que es en el pasillo cinco, fila tres, número seis. Que si no vamos los cinco, nos pasará algo a alguno de nosotros, que debemos ir antes de que amanezca. —Hizo una pausa, abrazó a Javier y rompió a llorar—. Tengo mucho miedo —le susurró en el oído a Javier, que trataba de tranquilizarla.

—¿Os ha dicho algo más? —le preguntó Javier mirando a las dos chicas.

—Nada más de importancia —contestó Carmen—. Yo creo que puede ser un espíritu burlón que se quiera reír de nosotros, pero con estas cosas es mejor no jugársela. Vamos, ponemos las flores y final del cuento.

—Pero ¿y si nos pasa algo en el cementerio? —preguntó Tania, que aún seguía lloriqueando.

—Es imposible, aquello es un camposanto y el mal no puede estar allí. Así que no te preocupes, que a ninguno de nosotros le va a pasar nada —dijo Carmen intentando tranquilizarla.

—¿Tú vas a ir con ellas? ¿O te vienes conmigo? —le preguntó Pepe a Javier.

—A ver, ¿qué parte de ir los cinco no has entendido? —le preguntó Daniela, que apartó a Javier con el brazo y con lágrimas en los ojos se encaró a Pepe.

—¡Vale ya! —gritó Javier que rápidamente apartó a Daniela—. Pepe, a mí no me hace ni puta gracia subir al cementerio, y no por miedo, porque realmente creo que todo esto es una farsa. —Miró a Carmen y le dijo—: No porque tú te lo hayas inventado todo, sino porque el miedo, a veces, hace que nos creamos cosas o provoquemos cosas que, en realidad, no están sucediendo.

—¿Me estás diciendo que la moneda la he movido yo? ¿O que yo me he inventado toda esta historia? —le preguntó Carmen.

—No exactamente, pero sí que la ha podido mover el subconsciente de alguna de vosotras y hayáis creado todo esto.

—Qué fuerte me parece, Javier —dijo Daniela, que apartó a Javier con un leve empujón en el pecho.

—No malinterpretéis mis palabras, estoy diciendo que la mente, a veces, es muy traicionera y nos crea situaciones… —Tras una leve pausa añadió—: Es igual, no me estáis entendiendo.

—¿Nosotras hemos creado que la luz se volviera intermitente y que se apagara y que la persiana se bajara cuando tú has dicho las estúpidas palabras provocando al espíritu? —le preguntó Daniela enfadada—. ¡No me jodas! Si no queréis venir, pues no vengáis, iremos nosotras, pero, eso sí, como aun yendo nosotras nos pase algo a alguna… —Hizo una pausa—. Ya os podéis ir preparando los dos, que os va a faltar tierra para esconderos de mí.

Javier sabía que, si no las acompañaba, todo esto iba a pasar factura en su relación con Daniela y lo último que quería era perderla por una tontería como aquella. El problema para él era convencer a Pepe. Llamó a Daniela y a Tania, las apartó y se dispuso a hablar con ellas para ver cómo podrían convencerlo. La solución había sido fácil, simplemente necesitaba oír que Tania,

aun con lo sucedido, se liaría con Pepe después de regresar del cementerio. Javier se lo comunicó rápidamente a Pepe y este accedió a acompañarles, no estaba muy contento por ello, pero no tenía otro remedio.

La noche era algo fría. Una nube tapaba la luna haciendo que la noche fuese más oscura de lo habitual. Las calles estaban completamente vacías a esas horas, salvo por algún coche que se cruzaron.

Las chicas se paraban en las jardineras y en los maceteros que se iban encontrando para recolectar flores hasta hacer un buen ramo de ellas.

El cementerio no estaba muy lejos de la casa de Daniela, se hallaba a las afueras del pueblo, pero relativamente cerca para ir andando. Tras unos veinte minutos caminando, se encontraban en la carretera que llevaba allí.

La carretera estaba oscura, a los lados no había urbanizaciones ni casas, simplemente monte, que hacía que la inquietud de los muchachos aumentara mucho más.

Desde donde se encontraban podían ver el cementerio en el final de aquella cuesta. No entendían cómo este estaba iluminado y la carretera aún no. Javier y Pepe comenzaron a subir la cuesta en cabeza, las chicas justo detrás iban agarradas las unas a las otras, Daniela llevaba el ramo de flores que, sin darse cuenta, apretaba con el puño sin percatarse de que la espina de una rosa se le estaba clavando en la piel.

—Podríamos habernos traído una linterna, aquí no se ve una mierda — protestó Pepe, que era la segunda vez que había tropezado. El resto ni siquiera habló, siguieron caminando.

Llegaron a los muros del cementerio, el silencio era abrumador, solo lo rompía el golpeteo de las zapatillas de los chicos al chocar contra el suelo, las respiraciones agitadas de alguno de ellos por el cansancio y el nerviosismo que sentían.

Tras una curva cerrada a la izquierda, llegaron a la entrada del cementerio, que simplemente era una pequeña cancela de hierro del tamaño de una puerta de entrada de cualquier casa. En unos de los barrotes de hierro colgaba un candado que estaba cerrado. «Seguramente, al empleado del ayuntamiento se le olvidaría poner en la puerta para que la gente no pudiera entrar», pensó Javier. Pero realmente, como no habían tenido problemas de ningún tipo en el cementerio, lo solían dejar abierto siempre, por si alguien quería ir a ver a sus familiares y así que nadie del pueblo se preocupara de los horarios estipulados que en la puerta figuraban.

No era la primera vez que iba al cementerio, pero siempre le sorprendía una tumba que había en la entrada y que tenían que pisar a la fuerza. Entraron y sin mediar palabra se dirigieron rápidamente al pasillo número cinco. Todos seguían a Carmen, Pepe era el que cerraba la fila de

cinco que habían hecho sin darse cuenta.

—Aquí está —dijo Carmen con voz entrecortada—. No tiene lápida, solamente una fecha.

Los chicos se acercaron al nicho y comprobaron que, efectivamente, no tenía lápida, simplemente figuraba «27—07—1974» escrito sobre el rebozado de la pequeña pared que separaba el ataúd de ellos.

—Esto es muy raro, chicos —dijo Tania, que en su voz notaron que estaba a punto de ponerse a llorar.

—No pasa nada, Tania —dijo Pepe echándole el brazo por encima para intentar tranquilizarla—. Venga, poned las putas flores y vayámonos de aquí —añadió.

Daniela puso el ramo el ramo en el nicho. Antes de que pudiera soltarlo, las luces de todo el cementerio comenzaron a parpadear.

—Otra vez no —dijo Carmen—. Tenemos que irnos. Ya.

Pero antes de que empezaran a caminar, las luces se apagaron dejando el cementerio completamente a oscuras. Tania no pudo contenerse y soltó un grito que hizo que los demás se sobresaltaran. Comenzaron a notar el zumbido del aleteo de algún insecto que les pasaba cerca del oído. Ellos, completamente a oscuras, daban manotazos al aire intentando quitarse de encima algunos que se posaban en sus cuerpos. El aleteo de los insectos cesó, pero el zumbido que producían cada vez era más intenso.

Las luces se encendieron y todos instintivamente miraron hacia donde provenía el ruido. Cientos de moscas tapaban completamente el nicho y las flores. El movimiento de las moscas caminando unas encimas de las otras, parecía darle vida a aquel misterioso nicho.

Los chicos, sin mediar palabra, comenzaron a correr. Javier, al mirar hacia atrás buscando a Daniela, se tuvo que dar media vuelta al verla completamente paralizada mirando aquellas moscas pelearse por posarse sobre la pared del nicho. La agarró del brazo y, sin que ella pusiera resistencia, tiró hacia él y comenzaron a correr.

Las luces empezaron otra vez a parpadear. Vio entre los apagones como Pepe, Carmen y Tania salían a toda prisa del cementerio. Él intentaba tirar de Daniela con todas sus fuerzas, pero notaba que cada vez le costaba más arrastrar de ella.

Al llegar a la puerta, frenó en seco y estuvo a punto de caer hacia atrás, al notar un fuerte tirón que le dio Daniela. Al mirar atrás, vio la silueta negra de un hombre que sujetaba a Daniela por el pelo y un brazo. Le aterraba la cara de aquel ser, no tenía rostro, solo oscuridad. El terror que sintió le hizo dudar y estuvo a punto de soltarla y salir corriendo, pero el miedo hizo que tirara con todas sus fuerzas.

Daniela gritaba como una histérica mientras se agarraba el pelo intentando que aquello que la sujetaba la soltara. En uno de tantos tirones que Javier dio, aquel ser cedió y soltó a Daniela, haciendo que chocara contra él y se cayeran los dos al suelo. Rápidamente, se puso en pie, ayudó a hacer lo mismo a Daniela y salieron corriendo. Al llegar abajo, al final del camino del cementerio, los tres chicos estaban esperando a Javier y Daniela, que llegaron exhaustos. No podían articular palabra.

—Me duele el hombro. —Se quejó Daniela a Javier—. ¡Me quema! —gritó y se bajó la camiseta para ver lo que tenía.

Los chicos vieron que tenía un arañazo, las uñas de ese ser marcadas, gotas de sangre le salían de la herida bajándole por la piel y manchando la camiseta. Daniela, sin más, se desplomó. Cuando despertó, se dio cuenta de que estaban sentados en un banco de la plaza del pueblo.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó Daniela algo confusa. Aún sentía cómo le ardía el hombro. Comenzó a recordarlo todo y se incorporó rápidamente.

—No te preocupes, Daniela, estamos todos bien —dijo Javier abrazándola—. Ya ha acabado todo.

Los chicos esperaron a que amaneciera para irse cada uno a su casa. No hablaron más de lo sucedido esa noche y jamás volvieron a hacer una sesión de espiritismo ni nada que tuviese que ver con ello. Después de esa noche, nada volvió a ser como antes.

FIN

LA ACEPTACIÓN

DÍA 1

Un estruendo hizo que retumbara toda la habitación, provocando que se despertara de un sobresalto. La habitación estaba oscura, no veía absolutamente nada. El corazón le palpitaba con fuerza en el pecho, un escalofrío le recorrió el cuerpo, haciéndole que se le erizaran todos los vellos. Un relámpago iluminó la habitación, dejando ver todo lo que en ella había. Se fijó en la estantería donde reposaban sentadas todas su muñecas, estaban tal cual las había dejado esa tarde después de haber jugado con ellas. Un trueno sonó ensordecedor, hizo que pegara un salto de la cama.

—Es una tormenta —se dijo en voz baja. Los latidos del corazón fueron tomando su ritmo normal.

Se tapó con la manta y se acomodó para dormirse. Le encantaban los días de lluvia, sobre todo, poder escucharla mientras dormía. Otro relámpago iluminó la habitación. Esta vez se fijó en el escritorio, donde tantos días se sentaba a hacer deberes o a escribir en su diario todo lo que le iba ocurriendo día tras día, aunque últimamente no le había pasado nada interesante y lo tenía un poco abandonado. Otro trueno, este más cerca, retumbó con mucha fuerza. Ya se escuchaba caer las primeras gotas golpeando el techo y el suelo. Pudo notar el olor que deja la lluvia cuando caen las primeras gotas en el suelo a tierra mojada, el olor a lluvia, como ella solía decir. Poco a poco, las gotas fueron en aumento, hasta que estaba cayendo una buena tromba de agua. Se giró para mirar hacia la ventana, las gotas golpeaban en ella dejando un leve tintineo. Un relámpago volvió a iluminar la sala. Esta vez, en la esquina de la habitación pudo ver la figura de un hombre que la miraba fijamente.

—¡Mamá! —gritó la niña con todas sus fuerzas, pero quedó ahogado por el ruido del trueno que hizo retumbar la ventana. Se levantó y salió de la habitación corriendo.

*

Ese día, era uno de esos en los que se encontraba con el bajón. Cuando tenía un día así, se pasaba la mayor parte del día llorando o enfadada a tal punto que muchas veces pensaba que no se aguantaba ni ella misma. Y le solía pasar muy a menudo, cada vez con más frecuencia. Al principio, cuando se enteró de que su marido le estaba engañando con una compañera del trabajo, sentía odio y rabia, así se pasó un par de semanas. Luego pasó a la fase dos, según ella, se culpaba por lo sucedido, pensaba que, a lo mejor, no le estaba dando al marido lo que el necesitaba y por eso había decidido buscarse a otra que se lo diera. Esa fase le duró poco, ya que pasó a la fase tres en unos días, que consistía en llamarlo cada dos por tres para que él le diera una explicación. Él lo negaba todo, le decía que era un malentendido, pero al insistir en que le dijera la verdad una y otra vez, él decidió bloquearla.

Luego, más tarde, se enteró de que no solo era una aventura, sino que mantenían una relación, incluso se habían ido a vivir juntos. Y la fase cuatro, que era en la que se encontraba ahora, era eso, sentirse cabreada o no parar de llorar. Así que había decidido invitar a una amiga a cenar, beberse unas copas y ya de camino aprovechar para que su amiga le echara las cartas. Ya que decía ser vidente, o eso se denominaba ella.

Su amiga también estaba separada, siempre le decía que ya se le pasaría, que en un par de meses lo olvidaría y encontraría algo mejor, incluso le aconsejaba que saliera de fiesta con ella y que se liara con el primero que pillara, que las mujeres lo tenían mucho más fácil, que ellas podían follar con quien quisieran y los chicos con quien pudiesen. A ella no le hacía gracia la idea de follarse a el primero que pillase, así que descartó esa idea rápido. En el fondo, ella pensaba que su marido regresaría con un ramo de flores a pedirle perdón, pero, de momento, no era el caso.

Había preparado un picoteo de lo más simple, se basaba en una cuña de queso curado cortada irregularmente y puesta en el plato una encima de las otras, jamón de un sobre liado en rollos, trozos de fuet cortados a rodajas y con la piel sin quitar, una bolsa de patatas sabor jamón y unas aceitunas rellenas de anchoa. Para beber, le había puesto una cerveza a su amiga y para ella una Coca-Cola zero. En la tele daban un programa del corazón donde salían varios tertulianos hablando de la vida de un torero. Estaban muy centradas viéndolo mientras cenaban. Al terminar, decidieron que era la hora de leerle el futuro con las cartas de tarot que siempre llevaban consigo.

—¿Suele funcionar esto? —dijo mientras barajaba las cartas. Un relámpago iluminó el comedor, acto seguido sonó un fuerte trueno. Dejó las carta sobre la mesa al lado de Lidia y se levantó a cerrar la ventana—. Tiene pinta de que va a caer una buena… si ves que llueve mucho, te puedes quedar aquí a dormir.

—¿Y no prefieres que llamemos a alguien que cuide de Sonia y nos vamos a zorrear por ahí? —comenzó a reírse—. Falta te hace una buena polla. —Cerró la mano y se la llevo a la boca, haciendo el gesto de una felación. La risa se convirtió en carcajada.

A Jéssica no le hizo ninguna gracia, pero fingió la mejor de las sonrisas para que no se le notara.

—Lo mismo me lo dicen las cartas. —Las dos se rieron. Se sentó enfrente de Lidia—. Venga, empecemos.

Lidia comenzó a coger cartas del montón y a ponerlas boca arriba en la mesa. Otro relámpago iluminó el salón de un destello azul eléctrico, le siguió otro trueno que sonó mucho más cerca que el anterior. Ya había empezado a llover.

En la carta que sacó, la cara de Lidia cambió. Jéssica pudo notar como la sonrisa que tenía en la cara se fue diluyendo al ver la carta. Lidia la posó en la mesa, era la carta de la muerte.

—No te asustes… esta carta tiene muchos significados, puede ser por un cambio que va a haber o ha habido en tu vida…

—Que ya lo ha habido, ¿no? —Otro relámpago iluminó la sala. Se levantó de un salto al escuchar el grito de su hija, que fue tapado por un ensordecedor trueno. Corrió hacia su habitación.

Al llegar al pasillo donde se encontraban las habitaciones, allí estaba su hija, de pie junto a la puerta de su habitación, asustada. Estaba pálida y tenía la respiración agitada. Los relámpagos no paraban de iluminar la vivienda.

—¿Qué te pasa, Soni? —Soni era la manera cariñosa de llamar a su hija, lo hacía desde que nació. Solamente le llamaba Sonia cundo se enfadaba con ella o para llamarle la atención, aunque la verdad es que no le reñía mucho, solía ser una niña muy buena en todos los sentidos, jamás se había metido en problemas.

— Hay… un hombre en mi habitación, mamá. —Se fue hacia su madre y se fundieron en un abrazo. Sintió tranquilidad en ese momento, aunque no podía quitarse de la cabeza la figura de ese hombre vestido de negro, mirándola fijamente desde el rincón de la habitación.

—Habrá sido una pesadilla, cariño. —Separó a la hija, la agarró de la mano—. Vamos a echar un vistazo.

Entraron en la habitación, Sonia señaló dónde lo había visto. Miraron dentro del armario, debajo de la cama, incluso abrieron la ventana para mirar a la calle, sabiendo que era imposible que hubiese salido por ahí, ya que viven en una segunda planta. Las gotas de lluvia entraban con la leve brisa, cayéndole en la cara.

—¿Lo ves? Habrá sido una pesadilla, venga, métete en la cama.

—Parecía real, mamá… Tengo miedo.

—Seguramente ha sido un sueño, Soni, o lo mismo una sombra de los destellos del relámpago… —Besó a su hija en la frente—. En un rato, cuando se vaya Lidia, vengo a por ti, nos vamos a dormir juntas a mi cama y nos acurrucamos, ¿te parece bien? —Le hizo cosquillas en la barriga. La niña, tras intentar quitarle las manos a la madre, comenzó a reírse.

—Vale, mamá… ¿Me puedes dejar la luz encendida?

—Con la tormenta que está cayendo no es bueno. Decía mi abuela que la electricidad atrae a los rayos… pero no te preocupes, te pongo la luz que tenías cuando eras un bebé. —Sonrió—. Así te iluminará lo justo y no nos caerá un rayo encima. —Las dos rieron.

—¿Que le ha pasado? —le preguntó Lidia, que aún miraba las cartas buscando alguna explicación que darle a Jéssica.

—Habrá tenido una pesadilla. —Se sentó y le dio un sorbo a su Coca-Cola—. Con la tormenta que hay… —No terminó la frase, se volvió a fijar en la carta de la muerte. En el dibujo de la carta se podía ver un esqueleto de pie en una barca, en las manos sujetaba un remo a lo que parecía que estaba remando. Una numeración romana, «XIII» arriba de la carta y «DER TOD» ponía en la parte de abajo—. Bueno, sigamos con esto, antes de que se vuelva a despertar.

—Bueno… —comenzó a decir Lidia. Se le notaba preocupada, y eso ponía a Jéssica algo nerviosa—. Como te decía, esta carta y por el resto de las otras… —En la mesa pudo ver una puesta sobre la otra, un corazón con tres espadas clavadas, dos hombres brindando con una copa y sujetando lo que parecía ser un búho encima de ellos, una luna en el cielo y con varios perros mirando sobre ella—, es un cambio que va a haber en tu vida, aunque ese cambio ya ha comenzado. Va a venir algo bueno, algo por lo que brindar… —Señaló a la carta de los dos hombres—. El cambio va a ser bueno, Jéssica. —La miró fijamente. Sacó otra carta, en ella salía una mujer desnuda que se agachaba en una especie manantial a coger agua. Volvió a sacar otra carta, en esta aparecía un caballero montado a caballo, tenía la espada en alto como si fuese a atacar—. Va a llegar a tu vida un hombre, del cual te vas a enamorar locamente.

Jéssica puso cara de desaprobación. En el fondo, no creía en esas cosas. Pensaba que las médiums o, en este caso, su amiga, interpretaban las cartas a raíz de las preguntas que les hacían, preguntas muy básicas como: «¿Estas casada?». «¿Has tenido alguna pérdida?» y cosas así. De todas maneras, ¿quién no ha tenido alguna vez un desamor? ¿Quién no ha perdido algún familiar? Se basaban en eso para poder interpretar las cartas, su táctica era decirles: «Lo has pasado mal en tu pasado… Veo que no estás pasando por un buen momento» y luego venía todo acompañado de un futuro prometedor. No estaba creyendo mucho en lo que le estaba diciendo su amiga.

Lidia sacó una carta del montón, la puso encima de las otras, en la carta se veía a un hombre y una mujer encadenados del cuello, la cadena iba a parar a una especie de pilón en la que estaba anclada una anilla donde estaban sujetas las dos cadenas. Encima del pilón se posaban unas garras enormes que parecían las patas de un águila. El tronco era el de un ser humano y la cabeza la de una cabra con unos cuernos enormes. En el centro de la cabeza tenía dibujada una estrella de cinco picos. Arriba en la carta ponía «XV» y abajo «DER TEUFEL» y «DE DUIVEL». Era la carta del demonio.

Antes de que alguna de las dos pudieran hablar, miraron hacia un lado del salón. Allí estaba de pie sin decir palabra Sonia, mirándolas fijamente. Se agachó un poco, se llevó las manos a la barriga y comenzó a vomitar. El vómito era una especie de masa negra. Al caer, le salpicaba en los pies, manchando los calcetines y el pantalón del pijama.

*

No se podía quedar dormida, los relámpagos y los truenos no cesaban y la lluvia era tan intensa que el ruido esta vez no le gustaba, quería que parease. Tenía mucho miedo, la luz hacía que distinguiera todo lo que había en la habitación, pero no con la suficiente claridad que a ella le hubiese gustado. No quería mirar hacia la esquina donde había visto la figura de ese hombre.

Estaba acostada de lado, dándole la espalda. Tenía los ojos cerrados y le daba pánico abrirlos, pensaba que, si los abría, podría estar ahí, delante de ella. Aunque en más de una ocasión, instintivamente, los abría y le tranquilizaba no ver a nadie.

Comenzó a tener frío, mucho frío. Con la respiración podía ver como el vaho salía de su boca. Se acurrucó llevándose las rodillas al pecho y sujetándose con las manos. Un relámpago Iluminó la habitación, en la pared vio reflejada una sombra, pudo distinguir la de aquel hombre. Se giró sin pensárselo y allí estaba, junto a la cama, mirándola y haciéndole el gesto con el dedo de que se callara.

El hombre era mayor, tenía el pelo blanco con unas entradas pronunciadas, la cara la tenía llenas de arrugas. Un bigote blanco le tapaba el labio superior. En su cara se reflejaba una sonrisa dejando entre ver los dientes amarillentos. Los ojos los tenía oscuros, si no fuese por la oscuridad, Sonia pensaría que eran negros.

—No tengas miedo… —dijo el hombre que se sentó en el borde de la cama—. No te voy a hacer daño, si es lo que piensas…

Sonia estaba aterrada, tapada con la manta hasta la barbilla. No sabía qué decirle, quería gritar y salir corriendo, pero temía que, si lo hacía, ese hombre le hiciera algo. Así que decidió simplemente esperar. Había algo en ese hombre que no le gustaba, pero, a su misma vez, le fascinaba. Era una sensación muy rara que nunca había tenido.

—Estoy aquí para ayudarte, Soni. —Le sorprendió que la llamara así, ya que solamente lo hacían sus padres—. Sé que no lo estáis pasando bien con la marcha de tu padre, sé que te duele todo esto… y yo estoy aquí para aliviarte ese dolor, para que seas feliz.

—¿Y cómo vas a hacer eso? —Se atrevió a preguntar en voz baja. En su voz se notaba el miedo que estaba pasando.

—Es muy fácil… solamente tengo que ser tu amigo. Me tienes que aceptar como amigo tuyo, así no me separare de ti y te protegeré de todo…

— ¿Protegerás a mi madre también?

El hombre soltó una sonrisa dejando ver su amarillenta y sucia dentadura.

—También cuidaré de ella, de las dos. Seré como el abuelo que no tienes y para tu madre el papá que ella jamás tuvo. Simplemente, me tienes que aceptar… y seremos felices los tres.

Sonia dudaba de lo que le estaba diciendo. Pero la verdad es que sonaba muy bien. Desde que se fue su padre, todo se había vuelto gris en su vida. Habían dejado de hacer las cosas que solían hacer los fin de semana. Ahora era un fin de semana con papá, en el cual era ir a bares con él y con su nueva amiga, y mientras ellos dos no paraban de beber cerveza, de reírse y de sobarse, ella se quedaba fuera en la calle jugando a lo que podía, hasta que salían los dos borrachos y se iban a casa, donde ellos se encerraban en la habitación y se quedaba sola sin saber qué hacer.

Entre semana, estaba en casa con mamá, iba al colegio y, por lo menos, se distraía, pero cuando llegaba el fin de semana, su madre se tiraba casi todo el día llorando o de mala leche… Su vida se había torcido tanto que lo que le estaba prometiendo ese hombre sonaba lo bastante bonito como para dejarlo pasar. Que podía perder intentándolo…

—¿Me aceptas como amigo tuyo?

Sonia asintió con la cabeza.

—Te acepto…

—Bien, cierra los ojos —dijo el hombre que se acercó y besó en la frente a Sonia.

Sonia notó el calor de los labios agrietados de ese hombre. Abrió los ojos y allí ya no estaba. Se sobresaltó, miró en todas las direcciones y allí no había nadie. Se levantó asustada, se sentía un poco mareada y con el estómago algo revuelto. Creía que iba a vomitar, pero se contuvo. A duras penas y tambaleándose se dirigió hacia el salón. Fue dando tumbos de un lado a otro por el pasillo hasta que llegó. Allí estaba su madre con Lidia, sentadas la una enfrente de la otra. Encima de la mesa había cartas, las más grandes que ella había visto jamás. En ese momento, las dos mujeres la miraron. No podía aguantar las ganas de vomitar, se inclinó un poco, se llevó las manos a la barriga… Sintió como algo caliente le subía por el estómago hasta la garganta, le quemaba… Sintió alivio al expulsarlo, notaba como le salpicaba el vómito en los pies… todo se volvió negro y cayó al suelo desmayada.

DÍA 2

La noche se le había hecho larga, eterna, apenas había pegado ojo. Aunque Sonia no era una niña de ponerse enferma muy a menudo, cuando lo hacía, Jéssica se pasaba la mayor parte de la noche vigilando, poniéndole el termómetro cada dos por tres. Siempre le daba miedo que le subiera la temperatura en mitad de la noche y que ella no se enterara de ello por estar durmiendo. Y así había sido la noche. Tras el desmayo, que apenas duró unos segundos, aunque para Jéssica fue más que una eternidad, se subieron a su habitación y se acostaron. Lidia, aun con la tormenta que estaba cayendo, decidió irse a su casa. Jéssica, como casi siempre que tenía alguna incertidumbre sobre el estado de salud de su hija, llamaba a su amigo Juan para preguntarle y así salir de dudas.

Juan era un amigo y vecino de la familia, era pediatra. Ella siempre pensaba que había estado enamorada de ella, por la manera de comportarse, siempre cariñoso y atento. Él era mucho mayor, tendría como unos cincuenta y cinco años, aunque no estaba segura, ya que él nunca hablaba de la edad. A ella nunca le habían hecho gracia las caricias, los besos o los abrazos que solía dar, a veces rozaba lo prohibido. Aparte, no le gustaba el aspecto físico que tenía, le recordaba al típico soltero que muere por echar un polvo con cualquiera. Su mirada, con sus gafas con cristales gordos, con su calva reluciente… le daba un poco de grima el pensar que le pusiera las manos encima.

En la llamada le contó todo lo sucedido, estaba muy nerviosa al teléfono.

—¿Tiene fiebre? ¿Está mareada? —había preguntado él. Tras la negativa de Jéssica, él le dijo que no se preocupara, que seguramente algo le habría sentado mal y por la deshidratación, seguramente, se habría desmayado, pero que se pasaría al día siguiente para echarle un vistazo tras terminar las consultas.

Entró en la cocina bostezando, un olor fuerte le vino a la nariz, no pudo evitar llevarse la mano a la cara para taparse, era insoportable. Echó un vistazo alrededor y detectó de dónde provenía el olor. Venía de una cesta donde ponían la fruta. Se acercó aún con la nariz tapada. Había dos peras y dos manzanas, estaban podridas, habían perdido su color verde y estaban de un color marrón, en el fondo de se podía distinguir un líquido espeso donde reposaba la fruta. No pudo contenerse y le dio una arcada. No podía entender cómo se había descompuesto la fruta, si la había comprado hace dos días y anoche, cuando preparó la cena, no estaban así. Cogió una bolsa de basura y lo tiró todo, cesta incluida.

—¿Qué haces, mamá?

Jéssica se pegó un susto. Se giró y vio a su hija en la puerta de la cocina. Tenía mala cara, estaba más pálida de lo normal y debajo de los ojos le colgaba una bolsa morada, los labios tampoco

tenía su color rosado normal, habían tomado uno pálido. El aspecto le recordaba a las persona que se ahogan. Rápidamente, se quitó ese pensamiento de la cabeza.

—Hola, mi amor… ¿Cómo te encuentras hoy? —Se acercó a la puerta y le plantó un beso en la frente—. Estás helada… ¿Tienes frío?

—Estoy bien…

—¿Seguro? ¿No te duele nada? —La niña negó con la cabeza—. Bueno, hoy no iras al colegio… ¿Vale? Te quedaras con Tata y a la tarde vendrá Juan a echarte un vistazo.

Tata era la mujer que les solía hacer la limpieza del hogar. Llevaba ya varios años con ellos y la verdad es que le habían cogido mucho cariño. Con todo lo que les había pasado últimamente, Tata había sido como una amiga más, una confidente a la cual le contó todo lo que había pasado con su marido. Ella le aconsejaba y la intentaba ayudar en todo. Sonia le tenía mucho aprecio, y se alegraba mucho cuando coincidía con ella casa.

—Estoy bien, mamá… no te preocupes… no tengo mucha hambre ahora, así que no me prepares nada, luego le digo a Tata que me haga algo… me voy a leer un rato a mi habitación. —Se giró y puso rumbo.

—¿No quieres ni un zumo? —Vio cómo se marchaba y tuvo que levantar un poco la voz—. Tienes que comer, Sonia… Luego llamaré a Tata y le preguntaré si has comido. —La niña levantó el pulgar en forma de aprobación.

Jéssica trabajaba en un banco. Llevaba ya muchos años y podría haber llamado al director, decirle que su hija estaba enferma y así ausentarse del trabajo. Pero estar encerrada todo el día en casa, le hacía pensar en demasiadas cosas y sabía que acabaría de bajón. Así que se duchó y se marchó al trabajo.

*

Sonia no se encontraba muy bien. Se sentía débil, con el estómago revuelto, le costaba un trabajo enorme hacer las cosas, era como si le faltase la energía. Aún seguía asustada por lo de ayer, aunque desde que notó el beso en la frente, no había tenido noticias de ese hombre. Pensaba que podía haber sido un sueño, pero parecía tan real.

Pasó la mayor parte de la mañana tumbada en la cama, había intentado leer, pero un zumbido en la cabeza le hacía imposible la lectura. El jugar le era impensable, ya que levantarse de la cama ahora se había convertido en un suplicio.

Tata andaba por la casa limpiando, le había ofrecido prepararle algo para comer, pero el simple

hecho de llevarse algo a la boca le provocaba náuseas. Tata ahora estaba pasando la aspiradora, el ruido le molestaba, se estaba poniendo furiosa y le dieron ganas de levantarse y gritarle que parara, pero prefirió llevarse las rodillas al pecho y taparse los oídos. La furia que sentía dentro iba creciendo. Escuchaba unos susurros en su cabeza, que no llegaba a entender lo que le decían, era en un idioma que jamás había escuchado.

Notó unas manos en el hombro que la zarandeaban suavemente. Al abrir los ojos, vio a Tata, que le decía algo. No pudo contener la furia…

—¿Qué coño quieres? —gritó con todas sus fuerzas.

Tata dio un sobresalto y en un acto reflejo retrocedió un poco. No se esperaba la reacción de la niña. Jamás, en el tiempo que llevaba allí trabajando, la niña le había levantado la voz. Siempre había sido una niña educada y cariñosa con ella.

—¡Vete de una puta vez y déjame en paz! —La voz le había cambiado un poco, se había vuelto más ronca y metálica.

Tata, sin decir nada, se fue de la habitación, recogió sus cosas y abandonó la casa. Había quedado en llamar a la madre para decirle si la hija había comido y cómo se encontraba, y así lo hizo. Estuvo a punto de contarle lo sucedido, pero prefirió no hacerlo, ya que no quería meter a la niña, ni a ella misma, en problemas. Le explicó que había estado todo el tiempo en la habitación, que no tenía hambre y no había comido, pero que la comida, tanto la de la niña, como la de ella, se encontraba en el microondas.

*

Al llegar a casa, lo primero que hizo fue ir a ver a Sonia. Se encontraba durmiendo, tumbada de lado. Le enterneció ver que se había quedado dormida abrazada a una de sus muñecas. Le tocó la frente para ver si tenía fiebre, pero la niña estaba helada. Agarró una manta del armario y la tapó. Le acarició el cabello y se marchó a la cocina a comer.

Al abrir el microondas, un olor a rancio, a putrefacción, hizo que girara la cabeza y retrocediera unos pasos. Agarró un trapo de cocina, se tapó la nariz y fue a sacar el plato. Pudo distinguir unas pechugas de pollo ennegrecidas, con zanahorias y judías verdes podridas, unos gusanos blancos se paseaban por la carne, subiéndose unos encima de otros. Tiró el plato a la basura, le hizo un doble nudo y salió de la cocina a toda prisa en dirección a la calle para deshacerse de ella.

Sobre las seis y cuarto tocaron en el interfono, era Juan. Siempre hacía la misma broma, cuando le preguntaban quién era, él, en tono gracioso, decía «yoyo» «yoyo». En el fondo, ella detectaba a ese hombre, pero siempre que se veían era porque le convenía a ella, así que tenía que

aguantarlo un poco.

—Hola, hola… guapetona —le dijo al abrir la puerta, le puso una mano en la cintura, casi tocando la parte de arriba del trasero, y le plantó dos besos en la cara. Jéssica tuvo que girarla un poco, de no hacerlo, hubiese rozado los labios con los suyos—. Me he enterado lo que ha pasado con tu marido… Ya te dije yo que no me gustaba para ti… —Jéssica cerró la puerta y pusieron rumbo a la cocina—. Menudo hijo de puta… pero tú no te preocupes, que ya verás que con el tiempo te alegrarás…

A Jéssica no le gustaba hablar del tema, y menos con él. No quería que le diera el bajón, pero él no paraba de hablar…

—Tú cualquier cosa que necesites… pero cualquier cosa, eh… Lo que sea, solo tienes que decírmelo y yo te ayudo.

—Sí, vale, muchas gracias. —Le estaba dando asco solamente pensar que se le estaba insinuando, «había que tener estómago para acostarse con él», pensó.

Se sentaron en la mesa de la cocina, le ofreció un café, pero este lo rechazó. Le explicó todo lo que le había ocurrido a la niña.

—No te preocupes, ahora le echo un vistazo, ya verás que no es nada… ¿Qué edad tiene ahora?

—Tiene once recién cumplidos.

—Madre mía, cómo pasa el tiempo… ¿Le ha venido ya el periodo?

La pregunta le sorprendió. Juan lo notó en su cara.

—Seguramente esté así por el cambio, el cuerpo suele cambiar, a esto se le llama el síndrome premenstrual, el famoso SPM. Y cada persona puede presentar síntomas distintos, hay chicas que les sale acné, dolor de pecho, vómitos, desmayos… Aparte del famoso cambio de humor que tenéis las mujeres… —soltó una carcajada—. Se vuelven muy sensibles, así que no te preocupes, paso a echarle un vistazo y luego me invitas a ese café ya más tranquilos, ¿vale? —Le guiñó un ojo. Se levantó de la silla, cogió su mochila de piel y se dirigió hacia su habitación. Al ver que Jéssica se levantó le hizo un gesto con la mano—. No, mejor entro yo solo, que la mayoría de los niños, a su edad, delante de los padres se cortan y no suelen contárnoslo todo, además, ya es hora de que sea más dependiente.

A Jéssica no le hizo mucha gracia, pero accedió a ello.

—Buenas tardes, Sonia… —Entró en la habitación, dejó su mochila en el escritorio y cerró la

puerta—. ¿Cómo te encuentras? Me ha comentado tu madre que estás mal… ¿Qué sientes? —Se quedó mirando a la niña, que se encontraba en la cama mirándolo fijamente. Juan notaba algo en su mirada, algo que le estremecía, había algo en ella que no le gustaba, se sentía intimidado por aquella niña.

—¿Me vas a tocar a mí también, Juan?

—¿Perdona? —Se quedó sorprendido por la pregunta.

—Que si me vas a tocar a mí también. —Se introdujo la mano en la vagina y comenzó a frotarse —. ¿Quieres tocarme?

Juan no salía de su asombro, sentía un nudo en el estómago, pero, a la vez, el verla tocándose hizo que notara en el pantalón como su pene se iba erectando.

—¿Se te está poniendo dura, Juan? —No paraba de restregar sus dedos con la vagina.

—¿Por qué haces esto? —Se sentía un poco avergonzado. Sin darse cuenta, había retrocedido hasta la puerta.

—¿Crees que no sé lo que haces en tus consultas con las niñas?

—No sé de qué me hablas… ¿A qué viene esto? — No salía de su asombro.

—Sé que te gusta tocarlas, haces que se desnuden, las tocas, y no como un médico, sino como un pervertido pedófilo… Te pones cachondo y cuando se van te masturbas en tu consulta… ¿No quieres tocarme? —Sonia se sacó la mano de la vagina y se llevó los dedos a la nariz, hizo un gesto de placer—. Mmmm, qué bien huele… ¿Quieres oler?

—¡Eso es mentira! —gritó. No entendía como esa niña podía saber aquello. Estaba intentando buscarle una razón lógica, pero nada, su cabeza ahora era una olla a presión donde un pensamiento borraba al otro.

—Juanito, Juanito. —La voz de la niña había cambiado, era la voz de un hombre, ronca, tosca—. Algún día vas a pagar por esto. —Comenzó a reírse—. ¿Quieres que grite y le diga a mi madre que has intentado abusar de mí?

Juan estaba aterrado, movió la cabeza en ambos lado negando.

—Pues sal y dile a la cornuda de mi madre que no me pasa nada, que estoy bien. —La voz volvió a ser la de la niña.

Juan agarró su mochila, y salió a toda prisa de la habitación. Jéssica se acercó a él. Estaba muy pálido, nervioso.

—¿Que pasa, Juan? —preguntó Jéssica, que estaba al borde de un ataque de nervios.

—Eh… nada… He recibido un mensaje urgente y me tengo que marchar… Sonia está bien, déjala una semana en cama y, si ves que empeora, llévala a un hospital. —Se fue hacia la puerta de salida, le hizo un gesto con la mano y se fue sin más.

DÍA 3

El día había amanecido nublado, más oscuro de lo habitual. El sol luchaba por salir de unas nubes que por momentos hacía que desapareciese entre ellas. La habitación había comenzado a desprender un olor raro, olía a una mezcla de humedad y a rancio, también se empezaban a ver unas manchas de humedad en la pared.

Sonia físicamente había empeorado considerablemente. Tenía los labios agrietados y llenos de heridas, en la piel le estaban empezando a salir úlceras, tenía una en la mejilla que no tenía muy buena pinta. Apenas salía de la cama y mucho menos de la habitación.

Jéssica, ese día, había llamado al trabajo para comunicar de que tenía a la hija enferma y que no iría a trabajar, que la llevaría al hospital, ya que no veía mejoría en ella. Pensó en llevarla, pero aprovechando la llamada que la había hecho la madre de Martina para preguntar por Sonia, le propuso que trajera a su hija después de clase, para ver si Sonia se animaba un poco, si eso no funcionaba, sí que la llevaría a urgencias.

Martina era su mejor amiga, desde que entraron en el colegio se hicieron amigas inseparables, tanto que en más de una ocasión han tenido que compartir algún viaje de fin de semana con sus padres para que ellas dos pudieran estar juntas. A Jéssica no es que les cayeran mal, pero sí que había distinto nivel económico entre ellos, y no se podía permitir los restaurantes y los caprichos que solían tener.

—Hola. —Le plantó dos besos en la cara tras abrirle la puerta—. ¿Qué tal esta hoy Sonia?

—Bueno… creo que hoy está un poco peor. —La invitó a que pasara a la cocina.

—Mamá, ¿puedo ir a ver a Sonia? —preguntó Martina, que aún seguía agarrada de la mano de la madre.

—Sí, claro. —Le hizo un gesto para que fuese—. Si ves que se encuentra mal, la dejas que descanse y te vienes para aquí…—le dijo la madre mientras la perdía de vista por el pasillo.

Jéssica preparó café y se sentaron en la mesa.

—¿Que le ha dicho el medico que tiene?

—Pues… —comenzó a decir mientras removía el café—. La ha visto Juan, me comentó que no era nada grave, que podría ser una indigestión… —Le dio un trago al café—. También me ha comentado que puede ser que le vaya a bajar el periodo y que hay niñas que el cambio es muy duro y se ponen bastante mal.

—Se nos hacen mayores. —Soltó una sonrisa—. En nada nos traen a niños a casa. —Las dos rieron.

—Uy, no te he ofrecido galletas… —Se levantó y se dirigió al armario de la cocina.

—No te preocupes, estoy bien así. —La disculpó.

—De verdad que no tengo la cabeza para mucho. —Suspiró—. Entre lo de Pedro y ahora esto… —Agarró una caja de lata redonda donde las solía guardar. Al abrirla, estaban todas las galletas enmohecidas. Las cerró rápidamente—. Pues no me quedan. —Disimuló y fue al cubo de basura y depositó la lata. No entendía como todo se le descomponía.

—No pasa nada, estoy bien así. —Hubo un silencio bastante incómodo para las dos.

—Así es… —Rompió el silencio Jéssica—. Si no mejora, la llevaré a urgencias.

Estuvieron hablando de algunos padres del colegio, más bien era ella la que hablaba, Jéssica estaba más pendiente de sus pensamientos que de lo que le estaba contando. Le relataba que un padre había denunciado al colegio porque el hijo se había caído y se había hecho una fisura en la pierna y los maestros no habían llamado a los padres, teniendo al niño con la fisura todo el santo día así. Un grito hizo que las dos mujeres se levantaran de un sobresalto y salieran corriendo hacia la habitación de Sonia.

*

Martina, antes de entrar en la habitación, golpeó la puerta tres veces con sus pequeños nudillos. En la cama estaba Sonia, tumbada. A duras penas le levantó la mano y la saludó. Martina entró y se sentó en la cama junto a ella.

—¿Cómo te encuentras? —Le puso la mano en una de las piernas y la frotó.

— Estoy… bueno, a ratos. Cuando me deja tranquila… me siento bien, cuando aparece… —Se le notaba angustia en la voz.

—¿Cuando aparece quién?

—Él… —Hizo un amago de llorar, pero se contuvo—. Hay alguien en mi cabeza, no para de hablarme, incluso hay veces que se apodera de mi cuerpo y yo no puedo hacer nada, es como si fuese una espectadora de mí misma… Puedo ver a través de mis ojos, pero no soy yo quien actúa… —Las lágrimas brotaban de sus ojos y caían por las mejillas—. No le digas nada a mi madre, por favor, va a pensar que me he vuelto loca… —Se secó las lágrimas con la manga del pijama—. Te lo cuento a ti porque eres mi amiga.

Martina no sabía cómo consolarla. Le resultaba muy raro lo que le estaba contando y, en el

fondo, no se lo creía. Pensaba que podría ser la fiebre o algún sueño que hubiese tenido—. No te preocupes, que no voy a decir nada… —Echó un vistazo a la habitación—. ¿Jugamos a algo? —Le propuso para animarla.

—¡Venga! Me parece muy buena idea —dijo Sonia, que le había cambiado el ánimo. Se levantó y se sentó en la cama al lado de Martina—. ¿A qué te apetece jugar? —le ofreció que eligiera ella, que, en realidad, era la que estaba enferma.

—Pues… se me ha ocurrido un juego. —Se levantó, fue al armario y de cogió una cinta negra de las que solía usar para ponerse en el pelo—. Primero, tú me tapas los ojos y yo tengo que adivinar lo que es. —Se volvió a sentar al lado de su amiga. Le entregó la cinta y le dio la espalda para que le tapara los ojos—. Luego te pones tú la cinta y tienes que adivinar lo que es. Son tres cosas, y solo vale tocarlo con una mano…

—Me parece una muy buena idea… —Le pasó la cinta por los ojos y le hizo un nudo en la nuca —. ¿Ves algo? —le preguntó, y le paso la mano por los ojos—. ¿Cuántos dedos tengo? —Cerro la mano y solo dejó el dedo índice.

—Ni idea, no veo nada —contestó.

El juego transcurrió con normalidad, Martina había elegido los tres objetos: un peluche del personaje de Bob Esponja, un lapicero y un libro. Las acertó todas, le sorprendió que acertara hasta el título del libro, pero no le dio importancia, ya que no dejaban de ser sus cosas y quién mejor que ella para conocerlas.

—Tu turno. —Se quitó la venda de los ojos—. Siéntate aquí, en el suelo. —Martina se sentó, Sonia se puso justo detrás y le pasó la cinta por la cabeza, lo apretó con todas sus fuerzas.

—¡Ah! Me haces daño, Sonia —le reprochó. Con la mano intentaba aflojarse el nudo que le había hecho.

—Hay que asegurarse de que no ves nada. —Sonrió—. Te lo aflojo un poco, pero solo un poco, eh… —Se lo desató y se lo volvió a apretar, pero esta vez menos fuerte—. ¿Está bien así?

Martina asintió con la cabeza.

—Vale, no te muevas de aquí, no hagas trampas. —Se levantó y se fue para el escritorio, abrió un cajón y cogió una caja de chinchetas. Se fue hacia Martina, y se arrodilló junto a ella—. No hagas trampa, hasta que no te diga, no vale tocar, así que estate quieta.

—No, tranquila…

Sonia fue colocando chinchetas con la punta hacia arriba, puso unas quince lo más juntas posibles. Le agarró el brazo.

—Tienes que dejar el brazo muerto, yo te dirijo hacia el objeto. —Movió el brazo y Martina aún ponía un poco de resistencia—. Déjalo muerto, Martina, si no, no lo vas a adivinar. —Probó otra vez y, ahora sí, movía el brazo como si fuese el de un muñeco—. Abre la mano, tienes que dejar

la palma de la mano bien abierta.

Cuando lo hizo, bajó el brazo con toda sus fuerza, golpeando la palma de las manos con todas las chinchetas. Martina pegó un grito de dolor. Se quitó la venda a duras penas con la mano que tenía apoyada en su muslo. Al ver la mano se puso a gritar y a llorar, sentía punzadas de dolor en la palma de la mano. Tenía chinchetas clavadas de donde comenzaba a brotar sangre, algunas se habían caído, pero se veía el puntito donde se habían clavado, del cual también comenzaba a salir sangre.

*

—¿Qué te ha pasado, cariño? —Corrió su madre hacia ella.

Sonia comenzó a reírse. Se tumbo en la cama y no podía parar. Jéssica jamás había visto a su hija reír de esa forma, parecía que estaba loca.

—¿Como te has hecho esto.? —Se llevó las manos a la boca.

Martina señaló a Sonia y entre sollozos dijo que había sido ella. Levantó a su hija y se dirigió hacia la puerta.

—Esto no va a quedar así…

Jéssica aún estaba en shock, no podía quitarle los ojos de encima a su hija, que se retorcía en la cama de la risa. Pasaron al lado de ella.

—En vez de un médico, tu hija lo que necesita es un psicólogo.

Martina no podía parar de llorar, la sangre se le escurría por el brazo y caía por el suelo dejando un regadero por donde pasaba.

—Luego… —comenzó a decir Jéssica, que se giró y se fue tras ellas— te llamo… y me dices… —Abrieron la puerta que daba al rellano del ascensor y la cerró de golpe sin dejar que acabara la frase.

Jéssica se llenó de rabia y se dirigió con paso firme hacia la habitación de Sonia. Tuvo que esquivar la sangre que había por el suelo. Se acercó a la cama.

—¡Sonia! —le gritó—. ¿Qué coño has hecho?

Sonia no paraba de reírse. Estaba boca arriba con las manos en la barriga y se movía de un lado para otro.

—¡Me estás escuchando! —Cogió a Sonia del brazo y la levantó hacia ella. En ese momento, paró de reír. Le apartó la mano de un tirón, levantó la mano y le soltó un bofetón.

—¡A mí no me grites, zorra!

Jéssica retrocedió un par de pasos. Pudo notar el calor y el escozor en la mejilla. La voz no era la de su hija, era una voz de hombre, ronca y tosca. La expresión de la cara de Sonia era de maldad. La mirada la asustaba. Pensó que esa no era su hija, ella jamás, por muy mal que estuviera, hubiese tenido esa reacción. Se llevó la mano a la cara, se dio media vuelta y se fue de la habitación con lágrimas en los ojos.

DÍA 4

El día había amanecido lluvioso, el ruido de las gotas al chocar contra la ventana hacía que por un momento se relajara un poco, mientras se bebía el primer café del día. No se podía quitar de la cabeza lo sucedido ayer. Había intentado llamar por teléfono a la madre de Martina para preguntarle por ella, pero le cortaban la llamada una y otra vez. Sabía que esto le iba a costar la amistad a Sonia con su gran amiga. Pero eso ahora le daba un poco igual. Estaba muy preocupada, el estado físico de Sonia había empeorado mucho, la piel se le había agrietado, las úlceras y heridas del cuerpo supuraban una especie de líquido transparente y apestoso. También los dientes habían perdido su color blanco reluciente y se habían puesto de un color gris verdoso y apagado.

Miró el reloj, aún no eran ni las nueve. Estaba un poco nerviosa. Lidia le había dicho que llegarían sobre las nueve o las nueve y media. No sabe cómo la pudo convencer, ya que la idea que tuvo era de llevar a Sonia a urgencias. Pero Lidia, tras haberle contado todo lo que había sucedido en esos días, le dijo que tenía un amigo que, aparte de haber estudiado Medicina, podría decirle el porqué del comportamiento de la niña, que le diera una oportunidad y, si no le convencía, ella misma la acompañaría a urgencias.

Llegaron puntuales. El hombre era joven, no tendría más de veinticinco años, le sorprendió, le pareció bastante atractivo. Vestía unos vaqueros y una sudadera negra. Portaba una mochila gris. La verdad es que no le pareció que tuviese pinta de médico. Pasaron a la cocina y Jéssica le contó todo lo que había pasado esos días.

—Bueno, ahora pasaremos y le haré un par de pruebas para descartar…

—¿Qué clase de pruebas? —replicó Jéssica algo preocupada.

—No te preocupes… no es nada del otro mundo, le haré un par de preguntas y poco más —dijo David, que miraba con sorpresa a Lidia.

—No te preocupes, Jéssica, aparte de ver el estado de salud de Sonia… —Hizo una pausa y miro a David—, queremos descartar que no sea algo más grave que una enfermedad.

—¿Qué hay peor que una enfermedad? —levantó la voz—. No me asustes, Lidia… esto no es lo que hablamos por teléfono, tú me dijiste que David era doctor y que era especialista en detectar el porqué de los malos comportamientos… así que no me jodas…

—Bueno… no es mentira lo que te he contado… —Dio un sorbo al café, lo dejó en la mesa y continuó—. David ha estudiado Medicina, aunque no ejerce como médico, aparte de eso…

—He estudiado Demonología —continuó diciendo David. La cara de Jéssica era un poema,

estaba con la boca abierta escuchando incrédula lo que David estaba diciendo.

—¿Qué es exactamente la Demonología? —preguntó, aún seguía sorprendida.

—Es el que estudia a los demonios…

—¡No me jodas, Lidia! —Se levantó de la silla y señaló hacia la puerta—. ¡Ya os podéis estar largando de aquí!

—Tranquilízate. —La intentó calmar.

—¡¿Que me calme?! —alzó más la voz—. Me estás diciendo que has traído a un demonólogo o como coño se diga, a mi casa, y me dices que me calme… Os estáis marchando, pero ya. —Volvió a señalar a la puerta.

David hizo el amago de levantarse, pero Lidia, alargando el brazo, impidió que se levantara.

—Escúchanos por lo menos y, si ves que no te convencemos, nos vamos… pero danos la oportunidad.

Jéssica, indignada, se sentó.

—Cinco minutos tenéis… pero me podrías haber dicho esto por teléfono y nos hubiésemos ahorrado que hubieseis venido a perder el tiempo…

David le dio otro sorbo al café, se acomodó en la silla y comenzó a hablar. —Pues así es, he estudiado Demonología, es la rama de la teología que se encarga de estudiar a los demonios y sus relaciones, haciendo alusiones a sus orígenes y a su naturaleza… No todas las personas que visito están poseídas, ni mucho menos. La mayoría de la gente que veo suelen ser trastornos psicológicos, así que no tienes por qué preocuparte. Si me permites, simplemente le haré unas preguntas a tu hija, unas pruebas que no consisten en mucho más que dejar una rosa en la habitación y beberse un vaso de agua… En cuanto hagamos eso, me marcharé y te quedaras tranquila, sabrás que no es más que un trastorno o alguna enfermedad que puedan tratar los médicos.

—No pierdes nada, Jéssica. —Le cogió la mano que tenía apoyada en la mesa.

—¿Y si las pruebas que le vas a hacer salieran positivas? —Estaba comenzando a dudar.

—Pues eso ya dependería de ti…

—¿Qué dependería de mí?

—Pues que accedieras a que le hiciéramos un exorcismo…

—Me parece muy fuerte. —Soltó una risa sarcástica—. Esto es surrealista.

—Jéssica. —Esperó a que le devolviera la mirada—. Si tu hija estuviese poseída, corre mucho peligro de que al final muera. Los demonios, tras una posesión, se van alimentando de ellos, se van deteriorando día a día, hasta que, al final, el cuerpo no aguanta más y mueren, arrastrando su alma con ellos.

Tras unos momentos de silencio Jéssica, con lágrimas en los ojos, dijo:

—Como le hagas daño con esto, os denuncio a los dos.

Al igual que el aspecto de Sonia, la habitación también se había desmejorado. En las paredes, las manchas de humedad ennegrecidas se comían parte de las paredes. El olor era casi insoportable, una mezcla de humedad, orín y rancio. Entraron en la habitación. Lidia y Jéssica se quedaron en la puerta, una a cada lado. David se dirigió hacia el escritorio, donde apoyó su mochila. Sacó una rosa roja y se la enseñó a las dos mujeres, que miraban expectantes lo que él hacía. La apoyó en el escritorio y la dejó ahí, a la vista. Sacó un crucifijo, el cual besó y se lo introdujo en un bolsillo. Terminó por sacar un frasco pequeño, que parecía contener algún líquido. Lo dejó al lado de la rosa.

—Mamá… ¿Quién es este hombre? —preguntó Sonia, que se sentaba en el respaldo de la cama asustada.

—Soy un amigo de tu madre. —Se acercó a la cama—. ¿Qué tal te encuentras?

Sonia no miró en ningún momento al hombre, su mirada estaba fija en la madre. Jéssica, en cambio, miraba al suelo. Le dolía ver a su hija así.

—Vide sis,nec turpem abscondere puellam («Déjate ver, y no te escondas detrás de la niña, ser inmundo») —dijo en perfecto latín.

—Mamá, ayúdame, me está dando miedo… dile que pare. —Retrocedió todo lo que la cama le permitió sin caerse al suelo.

David sacó el crucifijo del bolsillo y lo plantó enfrente de la niña.

—In nomine domine nostri jesu christi, praecipio tibi tu accedas ad te, videas teipsum («En el nombre de Jesucristo, te ordeno que te manifiestes y te dejes ver»).

Sonia giró la cabeza y evitó mirar al crucifijo. Comenzó a llorar.

—Ya está bien —dijo Jéssica—. No está pasando nada fuera de lo común, así que se acabó.

David apartó el crucifijo de la niña y miró hacia Jéssica.

—Traerme un vaso de agua y, si no funciona, paro y me marcho.

—Ya voy yo —dijo Lidia y se fue a la cocina.

Le entregó el vaso a David y este le puso un par de gotas que contenía el líquido.

—¿Qué es? —No iba a permitir que le diese cualquier cosa a su hija.

—Es solo agua bendita. —Se llevó el frasco a la boca y le dio un pequeño trago para tranquilizarla.

Se volvió a acercar a la cama con el brazo extendido, ofreciéndole el agua a Sonia.

—Bebe un poco, Sonia. ¿No tienes sed? —La niña comenzó a llorar y a suplicarle a su madre que parara. David, al ver que no le aceptaba el vaso, se mojó las yemas de los dedos y salpicó el agua a Sonia—. Praecipio tibi manifestare, te in nomine patris et fili et spiritus sancti («Te ordeno que te manifiestes, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo»).

El agua, al caer, se evaporaba en la piel de la niña, dejándole una quemadura. Sonia gritaba con todas sus fuerzas, la voz comenzó a cambiarle y el grito se convirtió en un gruñido. El vaso de agua que sujetaba David comenzó a hervir, tuvo que soltar el vaso, que se destrozó al caer contra el suelo. La cama empezó a vibrar y a pegar pequeños saltos. La habitación parecía estar en un pequeño terremoto. Sonia se levantó y empujo a David, que salió despedido y chocó contra la pared.

—Aquí me tienes —dijo con la voz ronca y tosca. La respiración parecía la de un animal. Se iba acercando a David con paso lento y amenazante.

David rebuscaba en su bolsillo algo a toda prisa. Tenía a Sonia casi encima, cuando encontró el crucifijo en su bolsillo y se lo puso delante. Sonia retrocedió. David se puso en pie y fue con el crucifijo delante, haciendo que retrocediera a duras penas, hasta que se tumbó en la cama. David comenzó a dar pasaos hacia atrás. Recogió su mochila. La rosa en la mesa se había marchitado y su color era de un pálido negro. Hizo un gesto para que las dos mujeres la miraran y abandonaron la habitación.

—Su hija corre peligro, Jéssica —comenzó a decir David. Jéssica estaba llorando sentada en una de las sillas de la cocina. No podía creer lo que acababa de ver.

—Esa… no es mi hija. —Rompió en llanto—. ¿La puedes ayudar?

—No tenemos mucho tiempo, Jéssica… —Se pensó un momento qué decirle, pero lo soltó sin rodeos—. El demonio que habita en ella es muy fuerte y poderoso, prácticamente se ha apoderado del cuerpo de su hija… o actuamos ya… —No quiso terminar la frase.

—Haz lo que tengas que hacer… tienes mi consentimiento para todo… si es lo que quieres oír.

DÍA 5

A la mañana siguiente, antes de que amaneciera, llegó David acompañado de dos hombres más. Uno era el padre Luis, un exorcista autorizado por el Vaticano, o eso fue lo que le dijeron. Era un hombre mayor, debería tener en torno a los sesenta o setenta años. Era flaco, de estatura normal. El pelo lo tenía blanco y, a pesar de ser un hombre de la Iglesia, no iba vestido como tal, ya que portaba un pantalón negro de vestir y una camisa azul.

Al otro hombre se lo presentaron como Manuel, le dijeron que era el ayudante del padre Luis. Era un hombre muy corpulento. Sordomudo, aunque entendía todo lo que le decían, sabía leer los labios perfectamente. Su manera de comunicarse era a través del lenguaje de signos. Aunque solía llevar una pequeña libreta y un bolígrafo en el bolsillo de la camisa, por si, en caso de apuro, poder escribir y comunicarse con quien fuese.

Manuel había entrado en la habitación y había hecho unos agujeros con un taladro en el suelo, donde ancló unas anillas. Jéssica les había preguntado para qué necesitaban eso. El padre Luis le dijo que era para la seguridad de ellos y para que la propia niña no se hiciera daño, ya que deberían provocar al demonio, para que les pudiera decir su nombre y así exorcizar y liberar a la niña.

Manuel terminó el trabajo pasando unas cadenas por las anillas, las cuales terminaban en forma de esposas. Salió de la habitación y le hizo un gesto al padre Luis.

—Pase lo que pase, no llame a nadie… —comenzó a decirle el padre Luis—. Escuche lo que escuche… No va a ser agradable, pero es necesario. El demonio intentará engañarte, darte pena, intentara con tu mente, pero tienes que resistir… todos tenemos hacerlo. —Todos asintieron con la cabeza—. Manuel se quedará en la puerta…

—¿Yo no puedo estar con vosotros? —interrumpió Jéssica.

—No es buena idea…

—Déjala, si se pone feo el asunto, la sacamos… pero lo mismo nos viene bien para que Sonia luche contra el demonio escuchando a su madre.

El padre Luis se quedó un momento pensativo.

—A la que diga que salga, se sale… ¿Entendido?

Jéssica asintió.

Le pusieron las esposas, sin que esta mostrara mucha resistencia, parecía estar ausente. Balbuceaba algo en un idioma raro. El aspecto era mucho peor del día anterior, parecía una anciana, parte del pelo se le había puesto blanco. Las heridas y las grietas en la piel cubrían casi toda la parte de la cara. Abrió los ojos y Jéssica pegó un salto hacia atrás, los tenía completamente negros.

—Jesús… —comenzaron a rezar David y el padre Luis con una Biblia en la mano cada uno—. Que tu poderosa sangre de liberación, sanación y rendición, derramada para nuestra salvación, combata al enemigo de mi cuerpo… —Con la oración, Sonia comenzaba a moverse y parecía que se empezaba a despertar. Las cadenas chocaban en el suelo, haciendo un tintineo en cada movimiento de ella—… De mi mente, alma y espíritu; aleja de mi ser todo dardo incendiario y venenoso del maligno. No me dejes caer en la tentación… oh, Jesús, por tu gloria sangre redentora y líbrame de todo mal… Amén. —Los hombres besaron la Biblia y, acto seguido, también el crucifijo que llevaban colgado en el cuello.

El padre Luis cogió un bote de agua bendita, se acercó a Sonia. Se mojó los dedos y le hizo una cruz en la frente.

—Deus te protegat, non te deserat deus, teque in hac pugna adiuvet. («Que Dios te proteja, que no te abandone en esta lucha»).

Sonia pegó un alarido al notar los dedos del padre Luis en la frente. Se acerco al oído.

—Sonia, lucha, tu madre está aquí con nosotros… no te dejes arrastrar por este miserable ser.

Sonia comenzó a reír.

—Padre —dijo con la voz del demonio, mientras seguía riendo—, sabes tanto como yo que no hay nada que podáis hacer por esta niña… —siguió riendo.

Jéssica miró a David. Este le hizo un gesto con la mano de que guardara silencio. El padre Luis se puso a los pies de la cama, junto a David. Le hizo un gesto para que agarrara el caldero donde estaba el agua bendita y el hisopo.

—Comencemos… —David metió el hisopo y lo mojó en el agua. El padre Luis abrió la Biblia por una hoja que tenía marcada con un pósit amarillo y comenzó a recitar una oración—: Porque para nosotros la lucha no es contra la sangre y carne, sino contra los principados, contra las potestades, contra los poderes mundanos de las tinieblas… —David, de vez en cuando, rociaba agua con el hisopo, Sonia gritaba al notar como el agua se evaporaba al tocar el cuerpo, creando una especie de vapor. Cada vez se retorcía más fuerte, haciendo que las cadenas golpearan el suelo con más violencia—… Contra los espíritus de la maldad, del dragón, de la serpiente antigua que es el diablo y Satanás, y lo encadene por mil años y lo arroje al abismo que cerrará y sobre él pondrá sello para que no seduzca más… —La cama comenzaba a vibrar. Sonia gritaba y se retorcía sin parar.

—¡Mamá! Ayúdame —gritó con la voz de Sonia—. Me están haciendo daño. — Jéssica miró a David.

—Te quiere hacer creer que es ella, Jéssica…, no lo escuches.

—Dios se levanta… —continuó el padre Luis con la oración—, sus enemigos son desbandados y esos que lo odian, huyen ante el…

—Zorra —le gritó Sonia, ahora era con la voz del demonio—. No me extraña que tu marido se follara a otra… asquerosa… mírate… te vas a quedar sola, voy a matar a tu hija. —David agitó el hisopo con fuerza y le cayeron gotas de agua en la cara y pecho, haciendo que rugiera.

—Como el humo es expulsado… —Ahora gritaba el padre Luis para intentar que su voz se antepusiera a la de ella—. Como la cera se derrite ante el fuego, también los malvados perecen ante la presencia de Dios… Así amó Dios al mundo, hasta dar a su hijo único, para que todo aquel que crea en él no se pierda, sino que tenga vida eterna… En el nombre de Dios, ordeno que me digas tu nombre…

Sonia se reía a carcajadas. Repitieron varias veces las oraciones y rezos, pero no consiguieron nada, solamente la burla del aquel demonio hacia ellos. Decidieron terminar la sesión. Al día siguiente, continuarían.

—Lo tenemos que debilitar —le dijo David a Jéssica que no entendía por qué habían parado—. No podemos poner en riesgo la vida de su hija, llega un momento en que debemos parar, ya que, aunque su hija no esté, el cuerpo sí es suyo y sufre, no queremos hacerle un daño irreparable.

—Pero ¿podréis sacarlo de ella? —preguntó entre lágrimas. Estaba sentada en el sofá, el cansancio de los días ya se le reflejaba en la cara.

David estaba sentado en una silla justo enfrente de ella. El padre Luis y Manuel estaban terminando de recoger.

—Es muy duro todo esto… —Rompió en llanto.

—Ya lo sé, pero estamos aquí para ayudarla, ya verás como mañana lo conseguimos.

—¿Y si no?

—Lo conseguiremos, te doy mi palabra…

—Es muy fuerte este demonio —interrumpió el padre Luis la conversación. Se dirigió a una silla que había junto a David—. Haremos todo lo posible. —Se sentó—. Hacía tiempo que no me enfrentaba a alguien tan poderoso, apenas se ha inmutado…

—¿Qué va a pasar mañana? ¿Es igual que hoy? ¿O cambia algo?

—Mañana terminaremos… sea de una manera u otra…

—¿Cómo que de una manera u otra? —Se alteró un poco.

—Se refiere a que mañana es el último día que podemos hacerle un exorcismo… eh, cómo te lo explico —intentó rebajar la tensión que se había creado—, si no podemos expulsar al demonio… tendremos que llevarnos a su hija…

—A mi hija no la vais a llevar a ningún sitio…

—Bueno, intentaremos terminar mañana, si no es posible, te abriremos la posibilidad de llevárnosla a un monasterio, donde terminaremos de sacar al demonio, aquí ya no podremos hacer mucho más, pero esperemos a mañana y no nos adelantemos —terminó de decir David.

David había decidido pasar la noche allí junto a Jéssica, no quería dejarla sola, no se fiaba de lo que pudiera hacer aquel demonio y temía que, en un acto de debilidad, Jéssica lo pudiese soltar.

El padre Luis y Manuel se marcharon y quedaron en volver a primera hora de la mañana.

DÍA 6

La noche había sido larga y dura. Apenas pegaron ojo, el tintineo de las cadenas y los gritos de aquel ser lo hicieron imposible. David le había preparado un café a Jéssica. Tenía el estómago cerrado y llevaba horas sin haber pegado bocado.

—¿Qué pasa si hoy no podéis terminar? —Estaba preocupada, tenía un nudo en la garganta y en el estómago. Tenía un mal presentimiento.

—Todo va ir bien. —Se sentó en el sofá junto a ella, y la miró a los ojos—. Hoy es el día clave, el demonio está muy debilitado y vamos a poder con él.

—¿Podré entrar hoy?

—Pues a ver qué nos comenta el padre Luis, todo depende de él… de cómo lo tenga todo planeado, pero sí que se pondrán las cosas feas hoy ahí dentro.

—¿En qué sentido?

—Cuando un demonio va a ser expulsado de un cuerpo, hace lo imposible… eh… usa todas sus artimañas rastreras… hay que estar muy bien preparado psicológicamente, él intentará engañarnos…

—No entiendo cómo se le ha podido meter el demonio a mi hija. —Comenzó a llorar.

—No hay una explicación para ello, pero sí que el demonio suele usar a personas que lo están pasando mal, que tienen alguna debilidad y se aprovecha de ello… pero ya eso ahora mismo da igual.

El padre Luis se vistió con una indumentaria eclesiástica, iba completamente de blanco con una estola morada colgada del cuello. Al final de esta, en las puntas, relucían unas cruces doradas. El libro que llevaba en la mano se veía antiguo. Jéssica se fijó en que no era el mismo que había utilizado el día anterior. El padre Luis estaba más serio de lo normal, se le veía nervioso, intranquilo. Apenas había hablado desde que llegó. Eso la ponía aún más nerviosa.

—Ya me ha comentado David… creo que no es buena idea que entre hoy. —Antes de que Jéssica rechistara, continuó hablando—. Si vemos que es necesario que entre, la avisaremos, pero, como ya le ha dicho David, la cosa se va a poner muy seria, y lo que menos necesitamos es tener que estar también pendiente de usted. —Jéssica, resignada, asintió con la cabeza. El padre Luis le cogió las manos—. Todo va a salir bien… usted rece por su hija…

La puerta se cerró justo detrás de ellos. Manuel la vigilaría y no la abriría hasta que el padre Luis le diera la señal. El olor era nauseabundo, el ambiente era espeso y hasta les costaba respirar. Las paredes se habían teñido casi por completo de negro de la humedad. El aspecto de la niña era aún peor. El pelo lo tenía completamente blanco, La cara y los labios agrietadas, con heridas que no paraban de supurar un líquido trasparente.

Las cadenas comenzaron a tintinear con el movimiento de la niña que alzó la vista para ver a los dos hombres que permanecían junto a los pies de la cama. Tenía los ojos completamente negros.

—Ya están aquí los hombres de Dios. —Soltó una sonrisa, dejando ver los dientes ennegrecidos —. Estáis perdiendo el tiempo… la pobre niña ya no está aquí. —Volvió a soltar una carcajada. Dirigió la mirada hacia David—. Pero mejor así, ¿no, David? Así podrás consolar a la pobre madre… esta noche has tenido ganas de follártela, ¿verdad?

—No la escuche, David —le dijo el padre Luis, que abrió el libro.

—¿Cuánto llevas sin follar? Con lo joven y guapo que eres… mmm —Se mordió los labios. Al hacerlo, un hilo se sangre le comenzó a salir del labio—. ¿Merece la pena sacrificarse por tu Dios? ¿Por un Dios que ha abandonado a esta niña? —Comenzó a reírse. La sangre del labio comenzó a bajarle por la barbilla dejando un rastro en el camino.

—San Miguel arcángel… —comenzó el padre Luis con la oración. David mojó el hisopo en el tarro que sujetaba con la mano y roció el cuerpo de la niña. El agua, al caer al cuerpo, se desvaneció. La niña gritó—. Defiéndenos en la batalla… —Comenzó a retorcerse en la cama, haciendo que las cadenas golpearan con fuerza en el suelo. La cama comenzó a vibrar, poco a poco, le siguió el resto de muebles de la habitación—. Sé nuestro amparo contra las perversidades y acechanzas del demonio… —El padre Luis se mojó los dedos en el tarro de agua bendita y se acercó a la niña que no paraba de moverse—. Reprímele, Dios, pedimos suplicantes… —Acercó la mano a la frente, en un movimiento de cabeza, intentó morderle, pero el padre Luis la esquivó y le hizo una cruz con el dedo.

»Y tú, príncipe de la milicia celestial, arroja al infierno, por el divino poder… —Retrocedió hasta los pies de la cama. David agitó el hisopo soltando un pequeño chorro de agua, que le cayó en el pecho y en la cara. La cama comenzó a pegar pequeños saltos. Los gritos de la niña retumbaban en la habitación—. A Satanás y a otros espíritus malignos que andan dispersos por el mundo, para la perdición de las almas. Amén.

—¿Esto es todo? —Comenzó a reírse—. ¿Es todo lo que podéis hacer? — ¡No podéis conmigo! Vuestro Dios os ha abandonado a vosotros también…

El padre Luis se descolgó el crucifijo del cuello y se acercó a la cama.

—¡Dime tu nombre, miserable ser! —Le puso el crucifijo en el pecho—. ¡Dime tu nombre! —El crucifijo comenzó a quemar la ropa del pijama y al llegar a la piel le vino un olor a carne quemada. Al retirar el crucifijo, pudo ver la marca que le había dejado.

—Me llamo… —Comenzó a reírse—. No puedes conmigo, padre… hagas lo que hagas será en vano. —Siguió riendo.

—No permitas que esta hija sea poseída… —prosiguió con la oración—. Por el poder de la mentira, ni que tu siervo redimido por la sangre de Cristo sea mantenido en la esclavitud del diablo… —La habitación comenzó a vibrar con fuerza. Las muñecas que estaban en la estantería comenzaron a caer al suelo. El lapicero del escritorio fue dando pequeños saltos hasta que llegó al borde y se cayó, derramando todos los lápices—. Te ordeno, Satanás, príncipe de este mundo que reconozcas el poder de Jesucristo… —Un estruendo hizo que los dos hombres se agacharan y pusieran las manos para cubrirse. Trozos de cristales salieron disparados por toda la habitación golpeándoles en el cuerpo. Alguno de ellos les habían provocado algún corte, pero ninguno de gravedad. Un aire fresco comenzó a entrar en la habitación. Al incorporarse, pudieron ver que había sido la ventana la que le había estallado.

—Te ordeno, Satanás, que reconozcas el poder de Jesucristo. —Retomó la oración—. ¡Vete! Vete de esta criatura, ¡vete! Vete en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo… AMÉN.

De repente, todo paró. Los muebles y la cama dejaron de vibrar. Un silencio reinaba en la habitación. Una tranquilidad absoluta. La niña reposaba en la cama inerte. Los dos hombre se miraron incrédulos.

—Ten cuidado, David —dijo el padre Luis al ver que David se acercaba lentamente a la cama.

—Sonia. —Le tocó y agitó en el hombro—. Sonia ¿Estas bien? —No reaccionaba. Se agachó para comprobar si respiraba. En el oído pudo notar una pequeña brisa que le entraba en el orificio, le hacía un pequeño cosquilleo. En el lóbulo notó como los dientes de la niña se cerraban fuertemente. David tiró con fuerza para liberarse, no pudo evitar pegar un grito, sintió como se desgarraba una parte, el dolor era insoportable. Se llevó una mano hacia la oreja y sintió el calor y la humedad de la sangre como le caía en la mano. La sangre, poco a poco, se fue escurriendo y caía dejando un goteo mientras él retrocedía. Al mirar a Sonia, pudo ver como el trozo de oreja seguía en su boca. La escupió y comenzó a reírse.

—Qué ilusos sois… —Seguía riendo. En la boca se le veía restos de sangre—. Pensabais que me podíais derrotar sin más. —Las risas se convirtieron en carcajadas.

—Ve a por su madre, David, y mírate la herida —le dijo el padre Luis, que volvía a abrir el libro. David, que aún tenía la mano en la oreja, salió sin más.

*

Jéssica había decido estar en la cocina con la puerta cerrada, quería escuchar o sentir lo menos posible, aunque eso fue imposible para ella. Escuchaba los gritos que pegaba aquel ser, el ruido de las cadenas golpeando en el suelo, el traqueteo de los muebles golpeando la pared. Hubiese preferido estar ahí dentro con ellos, pero si así lo habían decidido, así sería, respetaba la decisión del padre Luis. Su cabeza no paraba de imaginarse situaciones o escenas de las que estuviera pasando ahí dentro, también pensaba en cuando acabase todo. Se preguntaba si su hija volvería a ser la misma. Pensaba en que, si no conseguían exorcizarla, se la llevarían a saber dónde y a

hacerle a saber qué. También se iba a lo peor de los casos en que su hija no superara esto y falleciese, se le estremecía el cuerpo nada más de pensarlo.

Un estruendo hizo que se levantara de la silla de un sobresalto. Era como si algo hubiese estallado. Abrió la puerta y se fue hacía la habitación. Allí estaba Manuel, delante de la puerta sin inmutarse. A Jéssica le recordaba a un portero de discoteca. Cayó en la cuenta de que el hombre era sordo y seguramente no habría escuchado absolutamente nada. «Qué suerte», pensó. De repente, todos los ruidos cesaron. Una inquietante tranquilidad reinaba en la casa. Un grito rompió el silencio. Acto seguido, se abrió la puerta y salió David con una mano puesta en la oreja izquierda. Tenía la mano llena de sangre y se le escurría por todo el brazo cayendo al suelo.

—¿Que te ha pasado? —le preguntó llevándose las manos en la boca.

—Me ha mordido… pensábamos que…

—Ven que te lo vea. —Le agarró del brazo y se fueron hacia el cuarto de baño. Detrás de ellos, Manuel volvió a cerrar la puerta.

—¿Me ha hecho mucho? —Hacía gestos de dolor cada vez que ella le presionaba con las gasas.

—Bueno… te ha arrancado un trozo, pero no es nada grave.

—Tenemos que ir a la habitación, me ha dicho el padre Luis que fuese a por ti. —Se retiró y se sujetó las gasas con la mano—. No perdamos tiempo. —Salieron a toda prisa.

La puerta estaba abierta. Manuel estaba al lado del padre Luis, tenía una mano apoyada en el hombro, pareciera que le estaba dando consuelo. Al mirar hacia la cama, la niña estaba inmóvil, seguía encadenada. Tumbada, en la cabeza tenía una almohada.

—¿Pero qué has hecho? —gritó David.

*

Al salir David, el padre Luis le hizo un gesto a Manuel, este lo entendió a la primera y cerró la puerta. No hacía falta que le dijese nada más, en los años que llevaba junto a él, sabía perfectamente lo que significaba. No dejaría entrar a nadie bajo ningún concepto.

—Oh, Dios, creador y redentor de todos los fieles, conceded a las almas de vuestros siervos y siervas…

—¿Aún no has tenido suficiente? —Seguía riéndose a carcajadas.

—… La remisión de todos sus pecados para que por las humildes súplicas de la Iglesia alcancen el perdón que siempre desearon; por nuestro Señor Jesucristo… Amén. —Soltó el libro, que cayó al suelo quedando con las páginas hacía abajo. Se dirigió hacia Sonia, que aún seguía con las

carcajadas burlándose de él—. Padre santo, Dios eterno y todopoderoso, te pedimos por Sonia, que llamaste de este mundo… —Tiró de la almohada con fuerza y se la sacó de la cabeza. Se la puso sobre la cara y comenzó a apretar con todas sus fuerzas—. Dale la felicidad, la luz y la paz. Que ella, habiendo pasado por la muerte, participe con los santos de la luz eterna, como le prometiste a Abraham y a su descendencia… —Sonia agitaba los brazos y las piernas intentando liberarse y poder llevarse una bocanada de aire a los pulmones. El padre Luis apretaba la almohada con todas sus fuerzas. Poco a poco, iba notando como Sonia oponía menos resistencia —. Que su alma no sufra más y te dignes a resucitarlo con los santos el día de la resurrección y la recompensa… —Sonia dejo de moverse, pero él, aun así, no aflojó en nigún momento de apretar la almohada—. Perdónale sus pecados para que alcance junto a ti la vida inmortal en el reino eterno… —Aflojó la almohada. Sonia yacía inerte—. Dales, Señor, el descanso eterno, brille para ellos la luz perpetua. Descanse en paz. Amén.

*

—No hemos podido salvarle la vida… pero sí su alma —le contestó el padre Luis cabizbajo.

Jéssica pegó un grito desgarrador. Se hincó de rodillas y comenzó a llorar desconsoladamente. Sentía una opresión en el pecho. Un dolor que jamás había sentido. David se fue rápidamente hacia la cama, le apartó la almohada de la cabeza e intentó reanimar a Sonia. Empezó a presionar en el pecho con firmeza, hundiéndole el tórax una y otra vez. Paraba para sujetarle la nariz e introducirle una bocanada de aire en los pulmones de la niña, que no respondía.

—Déjalo ya… ya no hay nada que hacer —le dijo tímidamente el padre Luis, que se veía cansado.

Jéssica aún seguía llorando, los gritos de la mujer hacía que retumbaran en toda la habitación. A David se le erizaban los vellos de la piel al escucharla, pero no desistía en su empeño de reanimarla.

Una bocanada de aire entró en los pulmones de Sonia. Le siguió una tos. David se apartó y ayudó a Sonia a ponerse de lado. Jéssica se puso en pie, no salía del asombro. Se acercó rápidamente a la cama.

El padre Luis y Manuel miraban atónitos la escena. No creían en lo que estaba pasando. Otra arcada de Sonia y comenzó a vomitar una cadena oxidada entrelazada con pelos largos y negros. El padre Luis, sin pensárselo, se dirigió a su bolso y cogió una caja pequeña de madera, en la tapa se veía una cruz estampada. Metió la cadena que había caído en el suelo y la cerró.

—Mamá… —susurró Sonia.

—Sonia, ¿eres tú de verdad? —La niña asintió débilmente con la cabeza. Jéssica abrazó a su hija. Fue reconfortante el sentirla de nuevo.

DOS DÍAS DESPUÉS

Sonia se recuperaba en un hospital. Su aspecto había mejorado mucho, el pelo había tornado a su color natural y la piel comenzaba a sanarse de las grietas y heridas. No quería hablar del tema, aunque les comentó a David y a su madre que no lo recordaba todo, que estaba todo muy confuso. Ellos tampoco insistieron, lo importante era que todo había acabado de la mejor manera posible.

—¿Qué tal te encuentras hoy? —Se acercó David a la cama. La besó en la frente. Aún tenía la oreja con una especie de vendaje un poco ortodoxo. Le puso las flores que le había traído en la mesa que había al lado.

—Bien, aunque la comida de este sitio sigue siendo un asco. —Los tres comenzaron a reír—. Tengo ganas ya de irme a casa.

—En nada saldremos de aquí, cariño. —Le acarició el cabello consolándola.

—¿Tienes un momento? —Jéssica le asintió con la cabeza y le señaló la puerta—. Recupérate, Sonia. —Se agachó y le plantó un beso en la mejilla. Pudo notar en los labios la piel seca y áspera que aún tenía.

—He venido a despedirme de vosotras.

—¿Como? —Se sorprendió. No sabía por qué, pero se comenzó a sentir inquieta. En la semana que había estado prácticamente viéndolo todos los días, se sentía tranquila cuando estaba él. Llevaba mucho tiempo sin sentirse así. Y ahora esa sensación estaba desapareciendo con sus palabras.

—Me tengo que marchar a Roma. Tengo que informar de todo lo que ha sucedido. Es simple rutina… —Puso cara de circunstancias y añadió—: Pero debo ir.

—¿Nos volveremos a ver?

—Supongo que sí. —Sabía, en el fondo, que no era cierto—. Me tienes para todo lo que necesitéis.

Jéssica se abalanzó hacia él y lo abrazó con todas sus fuerzas. David sentía como sus senos se aplastaban contra su pecho, por un momento, deseó besarla, tocarla, la deseaba en ese momento. Pero se contuvo.

—Muchísimas gracias por todo, David —le susurró en el oído—. Te estaré eternamente agradecida. —Le plantó un beso en la mejilla y se separó de él. —Adiós, David.

—Adiós, Jéssica. —Se giró y se marchó. Sus ojos se llenaron de lágrimas y comenzaron a caerle por las mejillas.

Una voz le susurraba que se diera la vuelta, le era familiar, era la misma que le preguntó si lo aceptaba cuando estaba reanimando a la niña a cambio de traerla con vida. Él, sin dudarlo, lo aceptó. Decidió seguir adelante mientras tuviese el control, sabía que, en breve, lo perdería.

FIN

EL PASO DE LOS MUERTOS

Cuenta la leyenda que cada vez que va a morir alguien en aquella región del norte de España, una procesión llamada la Santa Compaña camina en silencio, iluminados por la luz de las velas por aquellas solitarias calles hasta el domicilio de la persona que va a morir. Los componentes de esa procesión son gente que ya ha sido recogida por la Santa Compaña.

Esa noche no se encontraba muy bien, la fiebre no había cesado en ningún momento. Su esposa no paraba de ponerle paños de agua fría mezclada con vinagre en la frente, para intentar bajarle la temperatura. La esposa, aterrada, había mandado a su hija a llamar al médico del pueblo, que vivía unas calles más arriba, pero aún no había regresado.

La luz del candil hacía figuras extrañas con la sombra en la habitación, la llama parecía estar bailando una macabra danza.

—Ya vienen —murmuró el hombre.

—¿Quien viene, cariño? —le preguntó su esposa mientras metía el paño en el barreño con aquella agua que apestaba a vinagre.

—Prepárame la ropa, que no tardarán en llegar.

La mujer pensaba que le había vuelto a subir más la fiebre y que estaba delirando. Le daba miedo escuchar esas cosas, ya que había oído decir que nos ponemos a delirar y a hablar con personas que ya habían fallecido antes de morir. Se le estaba poniendo la piel de gallina de pensarlo. Estaba impaciente de que llegara ya su hija con el médico.

—¿No escuchas los pasos? —le preguntó el hombre mientras hizo un amago de reincorporarse.

—Cálmate, cariño, estás delirando. —Hizo una pausa y con la mano en el pecho lo echó hacia atrás para que se acostara. Notaba el calor en la mano que desprendía el marido—. El doctor está

en camino.

Mojó el trapo en el barreño y se lo puso en la frente. Las gotas se le escurrían por la cara, cayendo en la almohada y dejándola mojada. La mujer se levantó y se acercó a la ventana para ver si venía su hija con el médico.

Al final de la calle pudo distinguir una fila de personas con velas que se acercaban lentamente hacia su casa. El corazón le iba a estallar en el pecho, no se lo podía creer. Miro hacia atrás al marido que aún estaba tumbado en la cama balbuciendo alguna palabra.

—Van a pasar de largo, aquí no se van a parar —decía la mujer inquieta. Y se puso a rezar.

Al llegar a la altura de su casa, no se detuvieron, pasaron de largo. La mujer sintió un pequeño alivio. Todos los que formaban parte de esa procesión portaban una vela y vestimentas negras. Los pasos retumbaban en la calle en el silencio de la noche. No podía verles las caras, ya que llevaban una túnica negra como la que llevan los monjes.

Ella, aliviada, sin quitar ojo de la ventana, vio pasar a esa gente, que seguramente iría a por cualquier vecino que ya habría fallecido. Al final de la procesión, pudo distinguir a uno de ellos que no llevaba la capucha puesta. Eso le extrañó. Se quedo mirándolo fijamente hasta que, al pasar por su ventana, se dio cuenta de que era su marido. Pálido, mirando al suelo, él no llevaba ninguna vela.

Rápidamente, miró hacia atrás y vio a su marido inerte en la cama. Fue corriendo hacia él y ya no respiraba. Le dio un par de cachetadas en la cara mientras le gritaba que se despertara, pero no reaccionaba. Corrió hacia la ventana para gritarle al marido. Pero allí ya no había nadie. La calle estaba completamente vacía…

FIN

EL POZO DE LAS ALMAS

1

«Si pudieras despedirte de una persona que ya ha fallecido, ¿lo harías?». Esa era la pregunta que le hacía ella a todos los que le decían o le reprochaban lo que se había convertido en una obsesión para ella.

—Tienes que dejar ya el tema —le comentaba su madre mientras se llevaba la taza de café y le daba un sorbo—. Se te está yendo de las manos. —Dejó la taza de café en la mesa y miro fijamente a su hija.

— Mamá, esta vez es distinto…

—Siempre me dices lo mismo, siempre es la misma historia, Marta —interrumpió la madre a la hija, que miraba cabizbaja la mesa—. Deberías volver a ir al psicólogo —añadió.

Marta removía el café con la cucharilla. Sabía que no tendría la aprobación de su madre. Pero, aunque le gustaría, en realidad había ido a avisarle de lo que iba a hacer y no a pedirle permiso.

—Mamá —comenzó a decir. La madre meneaba la cabeza. En sus ojos se le veía el brillo de las lágrimas que comenzaban a desbordarse por los ojos y caían por las mejillas—. He estado investigando mucho… —Hizo una pausa para darle un trago al café, la madre se secaba las lágrimas con una servilleta de papel.

—¡ A todos nos duele la pérdida, Marta! —dijo la mujer entre sollozos. No le gustaba sacar el tema, ya que siempre era duro—. Hay que intentar pasar página, Marta. Tenemos que aprender a vivir sin él.

—¡Claro, mamá! Porque no es tu hijo… —le gritó Marta, que también comenzaba a llorar—. Si pudieras volver a verlo y hablar con él, ¿no lo harías?

—Ya te he dicho mil veces que eso es imposible. —Se levantó de la silla y golpeó con fuerza la mesa, haciendo que la taza rebotara y salieran gotas de café disparadas—. ¿No has tenido ya suficiente con todas las locuras que has hecho? Las sesiones de espiritismo, las médiums… todo para sacarte el dinero y jugar con tus sentimientos… —dijo contando con los dedos.

Marta no sabía qué responder. Realmente quizás también fuese un timo y una locura. Pero le daba la sensación de que esta vez era distinto.

Lo había intentado todo. Había hecho lo imposible y se había gastado el dinero que no tenía para poder contactar con su hijo. Le pesaba la consciencia por no haber podido estar en el momento de su muerte, por no haberse podido despedir de él. Y eso no le dejaba vivir tranquila. Así que decidió buscar y hacer todo lo posible para contactar con el más allá y así poder despedirse de él.

La primera vez y después de tanto pensárselo, contacto con una médium que había encontrado en un anuncio de internet. «VIDENTE MÉDIUM MANUELA (tras haber muerto y resucitado, puedo contactar con cualquier familiar fallecido. Precios económicos)».

Le dijeron por teléfono que tenía que llevar una foto del familiar y una prenda suya. Y así hizo. Al entrar en la casa de la vidente, le sorprendió que aquello parecía la consulta de un hospital, ya que había una pequeña sala de espera abarrotada de gente esperando a que llegara su turno.

Se acercó al mostrador, donde había una recepcionista atendiendo llamadas telefónicas, cosa que le resultó más rará aún. Al escucharla hablar, supo que aquella mujer fue la que la atendió. Esperó a que terminara de hablar.

—Hola, buenos días —saludó la recepcionista a Marta, haciéndole señales para que se acercara.

—Hola, tenía cita para la vidente —dijo Marta tímidamente.

—Bien… ¿Usted es…? —preguntó la recepcionista mientras revolvía varios papeles por el escritorio.

—Soy Marta Velazco. —En ese momento, giró la cabeza, se había abierto una puerta. Dos ancianos salían llorando, muy emocionados. Eso la puso un poco nerviosa.

—Hola, Marta —dijo la recepcionista para llamarle le atención. Al ver que lo había conseguido, agarró un papel en blanco y un bolígrafo—. ¿Qué necesita usted de Manuela? —Llevó el bolígrafo al papel esperando la respuesta.

—Necesito… si es posible… hablar con mi hijo. —Se sentía algo avergonzada.

—Sí que es posible, no hay nada imposible para Manuela. —Le sonrió—. ¿Como se llama su hijo? ¿Qué edad tenía cuando falleció?

A Marta le sorprendía la naturalidad con la que preguntaba aquella mujer. A ella le parecía un poco surrealista todo aquello, pero ¿qué podía perder, aparte de una buena cantidad de dinero que le iban a cobrar? ¿Y si era verdad todo aquello?

—Se llamaba Alejandro, aunque le llamábamos Alex… —dijo con un nudo en la garganta. Pronunciar su nombre le entristecía.

—Se llama Alejandro… —corrigió la recepcionista—. Él no ha desaparecido, corazón —le dijo cariñosamente—. Ellos siguen entre nosotros. ¿Qué edad tenía cuando falleció?

—Tenía diez años. —Se le llenaron los ojos de lágrimas. Sentía que, en cualquier momento, se iba a poner a llorar.

La recepcionista dejó de apuntar, se inclinó un poco hacia adelante y agarró de la mano a la mujer.

—Necesito toda esta información para que Manuela pueda contactar con tu hijo, cuanta más información tenga, más fácil será encontrarlo. —Le soltó la mano, abrió un cajón y le dio un pañuelo de papel.

Marta lo cogió y se secó las lágrimas, que ya estaban desbordándose.

—Perdona. —Se disculpó Marta—. Es muy duro para mí hablar de este tema.

—Lo sé… —Hizo una pausa—. Pero es necesario… —Tas otra pausa un poco más larga, esperando que Marta se tranquilizara, le volvió a hacer otra pregunta—. ¿Cómo falleció? —Y volvió a apuntar con el bolígrafo en el papel esperando respuesta.

—Lo atropelló un coche —contestó entre sollozos y rompió a llorar. Después de varias preguntas y de haberle cobrado más de lo que ella pensaba, se sentó en la sala a esperar a que la llamaran.

Al entrar, le llamó la atención la oscuridad que había en la pequeña sala. Las paredes estaban forradas con una especie de moqueta negra, con muchos signos y dibujos. Dos lirios enormes a ambos lados de la habitación iluminaban un poco la estancia. La mujer estaba sentada junto a una mesa pequeña de cristal. En el centro había una vela en una especie de candelabro viejo y tétrico, que iluminaba la cara de la mujer. Alrededor de la mesa, en el suelo, había manojos de hierbas secas de varias clases. El olor que le vino era agradable, olía a incienso. Le sorprendió ver a la médium, le parecía una persona completamente normal, no se le parecía nada a las que había visto en las películas o en los programas de televisión. Si viera por la calle a esa mujer, jamás pensaría que podría ser médium.

—Pasa, toma asiento. —La invitó la mujer.

Tenía una voz muy dulce. Marta notó que la mujer era extranjera por el acento, quizás rumana o de los países del este. Le llamaron la atención esos ojos azules, tenía una mirada penetrante, le era difícil mantener la mirada. Se sentó enfrente de ella y esta le cogió las manos con suavidad.

—No estés nerviosa —le dijo la mujer, que notaba el temblor y el sudor de las manos de Marta —. Tampoco tengas miedo. Quieres que nos comuniquemos con tu hijo Alejandro, ¿verdad?

—Sí —contestó fríamente Marta. Estaba muy nerviosa, no por el hecho de estar sentada junto a una médium que no conocía de nada, sino por si era verdad que se pudiera comunicar con su hijo. Tenía tantas cosas que decirle que no sabría por dónde empezar.

—Déjame la prenda de ropa que has traído de tu hijo. —Marta, sin mediar palabra, le entregó una camiseta roja.

La médium puso la prenda sobre las manos de las dos.

—Bien, ahora cerraremos los ojos, solo tienes que pensar en él, ¿de acuerdo? —Marta asintió con la cabeza—. Cuando yo te diga, podrás abrirlos, no los abras antes o perderemos la conexión. ¿De acuerdo? —Marta asintió—. Pues comenzamos..

Marta cerró los ojos fuertemente, estaba muy nerviosa. Sin darse cuenta, le habían empezado a temblar las piernas.

— Alejandro —comenzó a decir en voz alta la médium—. Escucha mi voz. Acércate a ella. Alejandro, estoy con tu madre, no tengas miedo.

En ese momento, Marta comenzó a notar como la mesa vibraba suavemente, a sus espalda algo tintineaba.

—Alejandro, sigue mi voz.

El vibrar de la mesa se volvió más intenso, más ruidos que no supo detectar qué eran sonaban por toda la habitación. Hasta que, de repente todo cesó. La sala se quedó completamente en silencio.

—Ya puedes abrir los ojos —dijo la médium con suavidad soltándole las manos.

Marta los abrió y echo un vistazo a la sala. Todo parecía estar en orden.

—Tu hijo está aquí. Justo a tu lado. —Le señaló a su izquierda.

Marta miró en la dirección que le había dicho y, por un momento, pensó que lo podría ver, pero nada, no veía nada.

—No puedes verlo —le dijo la médium, al ver que miró en la dirección que ella le había dicho —. Tampoco lo escucharás, él sí. ¿Quieres preguntarle o decirle algo?

—¿Cómo estás? —Sentía un nudo en la garganta que casi no le dejaba articular palabra alguna.

—Dice que está bien, que no te preocupes.

Marta no aguantó más y se puso a llorar.

—Me dice tu hijo que no llores, y que no sufras más por él.

—¿Te dolió mucho hijo? —Rompió en llanto—. ¿Sufriste, mi amor? Ojalá me hubiese pasado a mí en vez de a ti.

—Dice que no se enteró de nada.

Marta, en el fondo de ella, quería creer en lo que estaba pasando, pero le parecía que la vidente la estaba engañando, como casi seguro a todos los que iban desesperados a ella.

—¿Como me solías llamar? —preguntó Marta, sabiendo que, si le contestaba a esa pregunta, creería que todo lo que estaba pasando era verdad.

La médium guardó un momento de silencio. Al cabo de un instante, comenzó a llamar al niño.

— Alejandro no te vayas, aún no hemos terminado, tu madre quiere seguir hablando contigo.

Marta se levantó de la silla y comenzó a gritarle, a decirle que cómo podía jugar con los sentimientos de las personas. Le pegó una patada a la mesa tirándola al suelo. La vela se apagó al golpearse contra el suelo. Se abrió una puerta que había en un lateral y salieron dos mujeres que se llevaron a Marta por la fuerza, ella no paraba de patalear y gritar.

Las otras veces que intentó contactar con su hijo fue en varias sesiones de espiritismo fallidas. También había probado a ir con alguna médium más, pero todo era inútil. No había conseguido nada, a excepción de una depresión y de muchas sesiones con psicólogos y psiquiatras.

—Que sepas que no te voy a dar dinero, si es a lo que vienes —le dijo su madre, que se levantó de la mesa con intención de marcharse.

—No, mamá, vengo a avisarte de que estaré fuera una semana, y no quiero tu asqueroso dinero.

2

Tal y como le habían dicho, tenía que ir a Tánger. Allí un hombre la recogería y la llevaría en coche hasta otro punto, donde haría trasbordo y otro coche la trasladaría hasta el destino final. No sabía dónde la llevarían, apenas le habían dado información, simplemente le habían dicho eso.

Estaba muy asustada, ya que se tenía que fiar de lo que le habían dicho por teléfono. Pero, en el fondo, realmente le daba igual si le pasaba algo, es más, pensaba que le harían un favor, ya que, desde que murió su hijo, un trozo de ella se fue con él. Pero el hecho de asegurarle que podría hablar con él merecía la pena el arriesgarse, pasara lo que pasara.

En la salida del aeropuerto, un hombre sujetaba un trozo de cartón con los brazos en alto, donde ponía su nombre escrito con rotulador negro. Tenía muy mal aspecto, llevaba unas chanclas viejas y rotas, donde asomaban unos dedos negros por la suciedad. Un pantalón corto de deporte que le iba bastante pequeño y una camiseta amarillenta por el uso y la suciedad, seguramente en su día fue blanca. El hombre no hablaba castellano, así que le hizo un gesto para que lo siguiera. Marta, con la maleta arrastrando, lo siguió sin pensárselo.

Llegaron a un descampado que estaba repleto de coches. El suelo estaba lleno de polvo y con cada paso que daban se levantaba una nube que iba cayendo manchándose el pantalón y las zapatillas. No pudo evitar soltar una sonrisa al verle los pies al hombre. Se imaginaba el agua negra que caería al lavarse los pies. Le parecía todo un poco surrealista.

El hombre se paró junto a un Renault Veintiuno rojo, viejo, con la pintura descascarillada, no sabía cómo ese trasto arrancaría. Una vez dentro, se dio cuenta de que estaba aún peor que por fuera. A los asientos le faltaba trozos de tela, dejando ver la espuma del interior. A la palanca de cambios le faltaba la bola, en su lugar había hecho una con cinta americana para poder agarrarla. El olor era insoportable, olía a animal, como si los hubiesen transportado ahí dentro. También pudo notar el olor fuerte que desprendía ese hombre, a sudor, era insoportable, así que decidió abrir la ventanilla, se le estaba revolviendo el estómago.

El hombre, en varios intentos erróneos por arrancar el motor, por fin lo consiguió poner en marcha. Lo que no sabía era si iba a aguantar el viaje, y con el calor que hacía, como para quedarse tirados en mitad de una carretera. El viaje se le hizo algo pesado, después de salir de la ciudad, los caminos eran de tierra y bacheados y solo había desierto. De vez en cuando, pasaban por una aldea, donde los niños salían a intentar parar el coche para pedirles dinero. El hombre maldecía gritando en su idioma hasta que los niños se apartaban.

Al cabo de unas tres horas, que para Marta había sido una eternidad, el hombre se salió del camino y detuvo el coche. Marta le preguntó si habían llegado y por qué no había nadie ahí. El

hombre no entendía nada, así que le hacía gestos con la mano de que esperara.

Al cabo de unos diez minutos, un cuatro por cuatro bastante nuevo, en comparación de los coches que se veían por ahí, detuvo el coche junto al Renault Veintiuno. Un hombre corpulento, con vestimentas blancas árabes, con un turbante rojo. Se acercó a la ventanilla donde estaba Marta sentada.

—¿Marta? —preguntó en un perfecto castellano—. Soy Amir —se presentó llevándose la mano al pecho e inclinando un poco la cabeza.

Marta, sin darse cuenta, también inclinó la cabeza.

—Acompáñame. —Le abrió la puerta del coche.

Le dedicó unas palabras en árabe al hombre del Renault y se montaron en el cuatro por cuatro.

—No tengas miedo —le dijo Amir a Marta—. No te va a pasar nada, si temes eso —soltó una sonrisa.

—Bueno, es normal preocuparse cuando te vas a un país extranjero, te subes a los coches de dos desconocidos que no sabes dónde te van a llevar —dijo irónicamente—. Es normal que esté preocupada. Tampoco me habéis contado nada.

—Todo tiene su explicación, cuando lleguemos al campamento y te instales, irás a hablar con el imán, él te lo explicará todo. Yo simplemente te puedo decir que el hecho de que hayas cogido dos coches, es por nuestra seguridad. Nadie puede saber dónde estamos. Si no, sería imposible que hiciéramos lo que hacemos.

—¿Y qué hacéis? —preguntó.

—¿Qué has venido a hacer tú aquí?

Marta no supo que responder, se quedó callada.

—¿Estás casada? —le preguntó Amir para romper el silencio.

—¿A qué viene esa pregunta? ¿Acaso tiene algo que ver con todo esto? —preguntó en tono serio, se estaba empezando a mosquear.

—Tenemos que conocerte, Marta, no sabemos nada de ti. —Su voz, sonaba suave, quería tranquilizarla—. No elegimos a cualquiera, y no será porque no tenemos para elegir. Pero si te hemos escogido es por algo, pero necesitamos saber para que así puedas ver a tu hijo.

—¿Cómo que ver a mi hijo? —Marta se sobresaltó en el asiento y acercó su cuerpo al de Amir esperando la respuesta.

Amir soltó una pequeña carcajada.

—Creo que me estoy adelantando al imán, pero sí que podrás ver a tu hijo, tocarlo y abrazarlo.

—Apartó la vista de la carretera para mirar a Marta.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —Estaba sorprendida, sentía nervios en el estómago, le dieron ganas de vomitar. Jamás se hubiese imaginado, ni en el mejor de sus sueños, pensar en volver a abrazar a su hijo, a sentirlo.

—Si todo va bien. —Hizo una pausa—. Que lo irá, sí. Pero no te puedo decir mucho más, cuando lleguemos, te reunirás con el imán y él te explicará todo, pero necesito saber un poco más de ti.

—Estoy separada, cuando murió Alex… —Suspiró profundo y miró a las alfombrillas del coche —. Mi vida se fue a la mierda. Caí en una depresión, intenté en varias ocasiones quitarme la vida. Bebía y mezclaba medicamentos, en fin… un puto desastre. —Miró por la ventanilla del coche. Solo se veía desierto. Nada alrededor, solo arena y más arena, no se veía el fin—. Así que mi marido no aguantó y nos separamos. Ahora esta felizmente casado y con un hijo. — Meneaba la cabeza en negación—. Como si no hubiese pasado nada, como el que no ha perdido a su hijo, qué pronto ha rehecho su vida…

—Tampoco le culpe, todo el mundo no se toma igual las pérdidas y todo el mundo tiene derecho a ser feliz. ¿Usted no es feliz?

Marta guardo silencio, estaba pensando la respuesta, aunque sabía muy bien que no lo era.

—No soy feliz, llevo mucho tiempo sin serlo. La verdad es que mi vida es una puta mierda, siempre pienso que tenía que haber sido yo la que hubiera muerto, y no él. —Comenzaba a tener el nudo en la garganta. Siempre que salía el tema, no podía evitarlo. Se sentía un poco desahogada contándoselo, quizás fuera porque no lo conocía de nada y, seguramente, cuando terminara de la locura aquella, jamás lo volvería a ver.

—¿Cómo murió su hijo? —Amir la miró y vio que Marta tenía los ojos vidriosos—. Sé que es duro que hable de esto, pero créame que es necesario.

—Lo atropelló un coche. —Las lágrimas le caían por la mejilla—. Íbamos mal de dinero y decidimos dejarlo con una chica que había puesto un anuncio. La chica apenas tenía dieciocho años, pero nos íbamos a ahorrar casi la mitad del sueldo que le estábamos pagando a la niñera de siempre, así que la contratamos. —«Maldita sea la hora», pensó—. Alex era un niño muy juguetón, todo para él era un juego. Siempre echando carreras, siempre quería llegar el primero a todos lados. Ese día, quiso llegar el primero al parque, cruzando la carretera sin mirar y… — Marta se llevó las manos a la cara y rompió en llanto.

—Tranquila. —Le puso la mano en el hombro para intentar tranquilizarla—. ¿Qué es lo que buscas con verlo?

—Quiero despedirme de él, quiero saber que está bien. Quiero pedirle perdón, me siento culpable de lo que pasó. —Marta no paraba de llorar, así que Amir decidió guardar silencio.

3

El campamento no era muy grande. Tenía varias cabañas construidas con una estructura de metal anclada en el suelo, cubiertas de lonas resistentes para aguantar el calor del día y el frío de la noche. Las lonas estaban desgastadas por el sol, pero seguía haciendo bien su función.

A ella le habían dado una de las más pequeñas que había. Le había sorprendido al entrar. No tenía mucho mobiliario, se basaba en una cama, un baúl para que guardara sus pertenencias y una escupidera para que pudiese hacer sus necesidades. Se veía bastante acogedora.

Había otras tres cabañas, que dedujo que la más grande sería la del imán. También tenían una especie de corral donde habían gallinas, conejos y algún cordero.

Estaba muy nerviosa, le había dicho Amir que descansara y que la recogería en un par de horas para presentarle al imán y así cenar con ellos. Se había tumbado en la cama, pero los nervios no la habían dejado pegar ojo. Su cabeza ahora mismo era un mar de pensamientos.

—Bienvenida, Marta —le dijo el imán con acento árabe, que se levantaba y le señalaba a la silla que había enfrente de él para que se sentara.

La cabaña era casi el triple de grande que la suya. Había una mesa lo bastante grande en el centro con seis sillas. Encima de la mesa había una tetera con vasos. Olía muy bien.

El imán era mucho mayor que Amir. Tenía una barba poblada blanca y con el bigote rasurado. Le recordaba mucho a los terroristas que se veían por la tele en las noticias. Eso la ponía nerviosa.

—Muchas gracias —contestó Marta, que obedeció al imán y se sentó en la silla que él había señalado.

—¿Té? —Le ofreció mientras levantaba la tetera.

Marta asintió y le acerco el vaso. El té estaba muy caliente y rápidamente lo dejó en la mesa porque le quemaba en las manos.

—Me llamo Abde. Ya me ha hablado de ti Amir —dijo mirándolo, se había sentado junto a ella —. Me ha contado un poco. ¿Usted cree en Dios, Marta? —Abde se comenzó a tocar la barba esperando la respuesta.

Marta se lo pensó un segundo, no sabía si la pregunta era una trampa o si el hombre la estaba poniendo a prueba, así que decidió decirle la verdad.

—Dejé de creer cuando falleció mi hijo.

—Pero ¿antes eras católica? —Abde hizo un gesto con la mano llamando a alguien. En un momento aparecieron tres mujeres muy jóvenes, apenas tendrían veinte años. Traían bandejas con dulces. Una de ellas estaba embarazada y se le notaba la cara de cansancio.

—Sí que lo era —contestó avergonzada.

—¿Qué hizo tu Dios por ti? —Antes de que pudiera contestar siguió hablando—. No ha hecho absolutamente nada, ni por ti ni por nadie. Le construyen templos, los adoran, hay gente que dedica su vida a su dios. Gente que mata por su Dios. ¿Y todo eso para qué? —Hizo una pausa —. Para nada. Quizás estén adorando a falsos dioses, a dioses inventados por el ser humano para su propio beneficio… Beneficio y poder, así es el ser humano. Anteponemos eso ante cualquier cosa, sin remordimientos, sin conciencia… ¿Y los dioses lo permiten? Si de verdad existieran los dioses que se han inventado… —Miró a Marta fijamente—. No hubieran dejado que un niño inocente falleciese de esa manera, o niños que mueren de hambre o de largas enfermedades, haciendo que sus familias se destrocen y vivan sumidos en un mundo de dolor…

Abde le dio un sorbo al té y agarró una pasta que se veía que estaba cubierta de piñones, tenía buena pinta, pero Marta tenía el estómago cerrado de los nervios y no le apetecía llevarse nada a la boca.

—Le hablo de su dios, de Alá, de Buda —prosiguió hablando—. Todos los dioses que se adoran en este mundo. Son todos unos farsantes. Por mucho que le pidan rezando, por mucho que lo adoren, no van a recibir nada a cambio.

—¿Y a qué dios seguís vosotros? —se atrevió a preguntarle tímidamente—. Porque en algo tenéis que creer, si se denomina imán es porque es predicador de algo, ¿no?

Abde soltó una carcajada y aplaudió.

—Muy buena pregunta. —Y volvió a reír. Aún seguía aplaudiendo—. Nosotros no adoramos a un dios y no soy predicador de nada —prosiguió—. Predicador es el que predica con algo y lo hace en iglesias, mezquitas… predican en nombre de Dios. Yo no hago eso. No me hace falta predicar nada. Yo solo soy un siervo de un ser divino. De un ser del cual yo le doy algo y también recibo algo a cambio.

Fuera, un ligero viento comenzó a soplar, levantando la arena que golpeaba en la lona haciendo retumbar la estancia. El sol estaba cayendo y las temperaturas con él.

—¿Y cómo se llama ese ser? —preguntó impaciente, no quería más rodeos y quería ir al grano y preguntarle como iba a ser todo, pero no se atrevía a ser tan descarada. O al menos aún.

—Se llama Paimon. —Tras decir el nombre, tanto Abde como Amir, bajaron las cabezas y

dijeron unas palabras en árabe—. Él te lo puede dar todo, te puede revelar todos los secretos de la tierra, puede decirte todo lo que quieras saber, te puede ayudar a vencer enemigos, puede provocar visiones, incluso puede resucitar a los muertos…

—¿Cómo que puede resucitar a los muertos? —interrumpió Marta—. ¿Me estás diciendo que puede traer de vuelta a mi hijo? —No salía de su asombro. Aunque dudaba de todo lo que decía aquel viejo chiflado.

—Puede hacer todo lo que un ser humano le pida. —Asintió con la cabeza—. Pero todo tiene un precio. Como le he dicho antes, él te da, si tú le das algo.

—¿Y qué le tengo que dar? —«Daría mi vida por verlo si hace falta», pensó.

—Es muy sencillo, simplemente hay que ofrecerle un sacrificio y esperar a que él lo acepte.

—¿Qué clase de sacrificio? —Se le pasaban muchas cosas por la cabeza. Estaba expectante a lo que le iba a responder Abde.

—Un sacrificio de sangre. Una vida. —Guardó silencio sabiendo lo que le iba a preguntar la mujer.

—¿Qué clase de vida? —Titubeó.

Abde soltó una carcajada.

—No es un sacrificio humano si es lo que estás pensando, con un simple animalito es más que suficiente. —Siguió riendo.

Marta respiró aliviada, aunque no le hacía gracia matar a un animal, sí que lo haría si fuese necesario.

—¿Tengo que ser yo quien lo mate? —Esperaba a que le dijera que no y así aliviarse de ese peso.

—Tiene que sacrificarlo la persona que le va a pedir algo a Paimon. —Volvieron a repetir las misma palabras en árabe los dos hombres—. Los sacrificios siempre han existido en todas las religiones y en todas las culturas. en todas las épocas desde que existe este mundo —continuó diciendo—: Abraham casi sacrifica a su hijo Isaac porque su dios se lo pidió. Los mayas, los aztecas ofrecían sacrificios a sus dioses, los vikingos… —Bebió un sorbo de té y siguió hablando —. Hoy todo es sacrificio. Se sacrifican animales para poder comer. Incluso los gobiernos de los países poderosos sacrifican hombres mandándolos a guerras inútiles a sabiendas de que muchos de ellos morirán. El sacrificio es el modo de regenerar la vida. Como le he dicho antes, una vida por otra.

4

Apenas había podido pegar ojo. Había estado toda la noche dándole vueltas a lo que le había contado ese hombre. En parte, pensaba que tenía algo de razón en todo lo que le había dicho. Una vida por otra, no paró de repetirse toda la noche. Pensaba que si incluso pudiera dar su vida porque su hijo volviera, lo haría sin pensárselo. Pero, en principio, solo era matar a un animal y esperar, así que lo haría.

Le habían comentado que la recogerían pronto, tenían un buen camino en coche y algún otro más de andar por la arena del desierto. El día había amanecido muy caluroso, y eso haría el trayecto más duro. Los caminos eran de tierra y solo había desierto a ambos lados. El coche no paraba de dar botes por los baches. Los hombres iban sentados delante y no paraban de hablar en su idioma. De vez en cuando, cruzaban alguna palabra con ella. Pero ella estaba encerrada en sus pensamientos. Pensaba en si de verdad podría ver a su hijo, o si en cambio algo malo le esperaría a manos de esos hombres.

—Es aquí —dijo Amir mirando hacia Marta—. Ahora tenemos una buena caminata.

Marta se bajó del coche. Solo había desierto alrededor, a excepción de un poste de madera que estaba clavado en la tierra. En el poste había colgado una especie de amuletos hechos con huesos de pequeños animales. Pudo distinguir la cabeza de algún gato o quizás conejo que estaba colgando y se balanceaba con una leve brisa, golpeando la madera, haciendo un leve ruido.

Los tres comenzaron a andar, dejando el poste de madera detrás de ellos. En nada perdieron el coche de vista y se adentraron en el desierto. El calor era insoportable. Marta no estaba acostumbrada a esas temperaturas. Amir le había aconsejado que se cubriera entera, para que no se quemara con el sol. Pero aun así, la ropa le ardía. No paraba de beber agua, pero aun ni con eso, se le aliviaba el calor, pensaba que se iba a desmayar. A los dos hombres no parecía que les afectara tanto el calor como a ella, y en más de una ocasión se tuvieron que detener a esperarla.

—Ya casi estamos —le dijo Amir señalando a otro poste de madera que se veía en la lejanía—. Un último esfuerzo.

Marta no le contestó, siguió andando y pensando en el camino de vuelta. Pensaba que no llegaría al coche, no podía más, estaba exhausta. Al ir acercándose al poste, los nervios comenzaron a subirle desde el vientre hasta el pecho. En el poste, más esqueletos de animales colgaban de él. También había escritas muchas letras en árabe. Pasó por el lado y tras echarle un vistazo, siguió caminando detrás de ellos.

—Ya estamos —dijo Abde quitándose la mochila y dejándola en el suelo.

Marta, que caminaba mirando al suelo, tras escuchar las palabras de Abde, echo un vistazo al frente. Allí, junto a los dos hombres, pudo distinguir un pozo casi derruido. Le faltaba ladrillos y lo que quedaba de él, casi estaba cubierto por la arena. No se explicaba cómo en mitad de un desierto podía haber un pozo.

—¿Qué clase de ritual se puede hacer en un pozo? —dijo en voz baja para que los dos hombres no la escucharan.

—Bueno, Marta, es aquí —comenzó a explicarle Amir—. Abde lo hará todo, usted no tiene que hacer nada. —Le entregó una mochila.

Al cogerla, pudo notar que algo había dentro que se movía. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Sabía que ahí estaría el pobre animal que tenía que matar.

—Cuando yo le diga, coja el conejo que hay dentro de la mochila, levántalo, lo pone dentro del agujero y con este cuchillo. —Le enseñó el cuchillo y se lo entregó—. Se lo clava en el pecho y corta hacia abajo. Luego pronuncie el nombre de su hijo y suelte el conejo. —Tras una pausa, preguntó—. ¿Lo ha entendido?

Marta asintió con la cabeza. Se le había revuelto el estómago. Se giró dándole la espalda a Amir y vomitó.

El sol había caído, pero aun así había suficiente claridad. El calor había amainado y era agradable la temperatura. Una brisa, levantaba la arena del suelo y les golpeaba suavemente por todo el cuerpo.

Abde, que se había cambiado de ropa, y vestía una especie de túnica negra, comenzó a rezar y a hacer abalanzas en árabe alrededor del pozo.

Amir permanecía agachado rezando en voz baja, no se movía y repetía en alto muchas palabras que Abde decía.

Marta cada vez estaba más nerviosa. Estaba ya ansiosa de que terminara todo. En el fondo le estaba dando miedo, le parecía más un ritual satánico, que un rezo a cualquier dios o ser divino como le llamaban ellos. Se le ponía los pelos de punta de pensar en eso.

—Ahora, Marta —le dijo Amir levantando la cabeza.

Marta abrió la mochila y agarró al animal de la piel, detrás de la cabeza. Era un conejo blanco. El animal se retorcía y pegaba brincos en el aire, intentando liberarse de las manos de Marta. Tuvo que sujetarlo fuerte para que no se le escapara. Agarró el cuchillo con la otra mano y se puso en pie. Acercó al conejo al agujero, cerró los ojos y sin pensárselo, hundió la punta del cuchillo en

el pecho del animal, y con todas sus fuerzas bajó el cuchillo hacia abajo.

—¡ Alex! —gritó. Las lágrimas se le escurrían. Pudo notar la sangre caliente como le caía por la mano y el brazo. El conejo, poco a poco, fue dejando de moverse. Al Abrir los ojos, pudo ver como las tripas le sobresalía de la barriga y la sangre caía en el negro agujero del pozo. Un olor salía hacia arriba, no podía distinguirlo, pero era inaguantable. Soltó al conejo y se apartó. Al cabo de unos segundos, sonó como el animal chocaba contra el agua en el fondo. Marta se alejó unos pasos. Se arrodilló y, tras volver a vomitar, rompió en llanto. Abde se acercó a ella. Le puso una mano en el hombro y le dijo:

— Ahora solo falta que Paimon acepte el sacrificio. Ya está todo hecho. —Ayudándola a ponerse en pie, añadió—: Venga vayámonos antes de que se haga más de noche.

5

Estaba agotada, se había tumbado en la cama e intentaba dormir. El camino de vuelta había sido duro, no solo por la caminata, su cabeza era un mar de pensamientos e inquietudes. No podía creer en la situación tan surrealista en la que se había envuelto. En el fondo, ella pensaba que todo iba a ser como las veces anteriores, cuando estuvo con las médiums o las sesiones de espiritismo, simplemente le iban a sacar el dinero y le pondrían una excusa de que el tal ser divino Paimon no ha aceptado el sacrificio. Pensaba que como podía ser tan estúpida. Al final, sumida en todos sus pensamientos se quedó dormida.

—¡Mamá! —Oía en sueños—. Mamá, despierta. —Notó una mano que la zarandeaba suavemente en el hombro—. Mamá.

Al abrir los ojos y girarse, ante ella estaba su hijo. Tal y como lo recordaba. Le dio un vuelco el corazón. No se lo podía creer. Sin pensárselo, lo abrazó con todas sus fuerzas y comenzó a llorar. Después de tantos años eran lágrimas de felicidad y no de tristeza.

—¡ Alex! Mi niño —decía mientras lo besaba en la cabeza entre sollozos—. Mi niño… no sabes la falta que me haces, cariño. —Seguía llorando. Pensó por un momento si no era un sueño, separó al niño y lo miró a los ojos. En él vio la mirada dulce que siempre había tenido. Lo volvió a acercar y puso los labios en su cabeza, el pelo le rozaba la nariz, su olor de siempre. Lo apretó con más fuerza—. ¿Estás bien, hijo? —le preguntó y se acercó la cabeza del niño a su pecho.

—Sí, mamá… —Se separó un poco de su madre, echó un vistazo rápido a la habitación—. ¿Dónde estamos, mamá? ¿Y papá?

La madre, entre sollozos, soltó una leve risa. Se secó las lágrimas con la manga de la camisa y añadió:

—Papá no ha podido venir, cariño… estamos lejos de casa, he venido a verte… ¿No te acuerdas de nada?

—No, mamá… ¿qué ha pasado? —preguntó el niño desorientado—. No recuerdo nada… iba al parque con Naira y ya no me acuerdo de nada más… Quiero irme a casa, mamá, estoy cansado. —El niño volvió a posar la cabeza en el pecho de su madre. Ella lo acogió con un beso.

—En un rato nos vamos —intentó tranquilizarlo. No sabía cuánto duraría la visita de su hijo. Se le pasó por la cabeza que lo mismo se lo habían devuelto para siempre. Su cabeza no paraba de pensar en un montón de cosas a la vez. No quería que ese momento acabase nunca.

—Tengo mucho frío —dijo el niño, que se pegaba más a su madre. Marta notó que el cuerpo del niño acababa de perder mucha temperatura. Estaba helado—. Mamá, ¿quiénes son esos

hombres? —preguntó el niño señalando a la puerta.

Marta miró en la dirección.

—No hay nadie ahí, cariño. —Un escalofrío le empezó a recorrer por la espalda.

—Están junto a la puerta mamá, me están diciendo que me vaya con ellos. Yo no me quiero ir. ¡Tengo miedo, mamá! —comenzó a gritar.

Marta sujetaba a su hijo con fuerza. Notaba como Alex comenzaba a temblar. Un viento fuerte comenzaba a soplar fuera. Las telas de la cabaña golpeaban con fuerza los postes y un silbido lo acompañaba con cada ráfaga.

—No tengas miedo, cariño, no dejaré que te pase nada.

—Están viniendo, mamá. —Alex se puso más inquieto, no paraba de moverse.

El candil que alumbraba la estancia, se apagó. Los parpados tardaron unos segundos en a acostumbrarse a la oscuridad. Al levantar la vista, pudo distinguir tres sombras que estaban junto a ellos. Agarró a su hijo con todas sus fuerzas. Una de las sombras acercó el brazo hacia Alex, Marta giró su cuerpo para intentar que no le tocara, pero no lo pudo evitar.

—¡Mamá, ayúdame!

Marta notaba como su hijo se le escurría entre las manos, no lo podía sujetar, desvaneció con las tres sombras como si se tratase de humo.

Un gritó de terror salió de la garganta de Marta, fue el mismo que tuvo cuando le dijeron aquel fatídico día de que su hijo había fallecido. El mismo dolor que sintió. Otra vez el mismo sentimiento de culpabilidad. Se levantó y salió corriendo de la cabaña en dirección a la de Abde. No sabía la hora que era, pero le daba realmente igual, necesitaba hablar con él, explicarle todo lo que había pasado, necesitaba saber que su hijo estaría bien donde estuviese, pero sabía que no era así, algo andaba mal.

Notó cómo la agarraban del brazo, hizo que se frenara en seco. Vio que era Amir quien la sujetaba.

—¿Dónde vas a estas horas?

—Necesito hablar con Abde… he visto a mi hijo, algo no anda bien, necesitamos hacer algo ya. —Estaba muy nerviosa, apenas se la entendía.

—Tranquilízate…

—¿Que me tranquilice? —comenzó a gritar. De un tirón se soltó de Amir y se dirigió hacia la cabaña.

Amir la volvió a sujetar.

—Espéranos en la cabaña principal. Voy a buscarlo y nos reunimos con usted. —Señalo hacia la cabaña principal.

—Cuénteme qué ha pasado, ya tiene que ser importante para que me despierte y forme el espectáculo que ha montado. —Se le notaba cabreado.

—He visto a mi hijo, ha venido a verme a la cabaña. —Estaba muy nerviosa, sin darse cuenta las lágrimas comenzaban a caer—. Ha sido increíble, maravilloso. —Rompió en llanto.

—Entiendo… Pero ya sabía usted que se marcharía. Ya le dije que lo podría ver, pero que no duraría para siempre.

—Eso ya lo sé. —Se secó las lágrimas—. Pero no se ha ido, se lo han llevado…

—¿Cómo que se lo han llevado? —Se rascaba la barba que tenía revuelta.

—Sí, se ha comenzado a poner nervioso, inquieto… Me decía que venían a por él, que estaban en la puerta… Yo no veía a nadie. Pero en un momento se ha apagado la luz y he visto tres sombras al lado nuestro, uno de ellos lo ha tocado, y han desaparecido. Mi hijo con ellos. Su últimas palabras han sido que le ayudara.

—Pues… —Abde miraba a Amir—. Ya le dije que todo tenía un riesgo. —Ahora la miraba a ella—. Bueno… eh. Ya le dije que siempre hay riesgos cuando se hacen estas cosas. Cuenta que estamos abriendo una puerta o un portal con el más allá. Y cuando se abre una puerta, suele haber algunos riesgos, y por lo que se ve, su hijo no ha sido el único que la ha traspasado.

—¡No me jodas! Eso no me lo dijisteis.

—Sí que se lo dijimos, le dijimos que había unos riesgos. Lo mismo no le hubiesen aceptado el sacrificio y no hubiese podido ver a su hijo. En este caso, lo ha podido ver. Nosotros no podemos controlarlo todo, no sabemos qué es lo que va a pasar cuando traemos de vuelta a alguien. Jamás nos había pasado algo así.

—¿Y qué podemos hacer? Porque hay algo que no ha salido bien.

—Le voy a ser sincero, Marta. Por lo que me ha contado, esas tres sombras representan a los guardianes del inframundo.

—Me estás asustado.

—No es mi intención. Pero debo de serle sincero. Han venido a recoger su alma.

—¿Que me quieres decir con eso?

—Pues que su hijo ahora no tendrá, como decís los católicos, el descanso eterno. Ahora estará en el limbo, en el purgatorio.

—Sois unos hijos de puta. Si había un riesgo así, me lo tendríais que haber dicho.

—¿Y hubiese servido de algo?

Marta se quedó en silencio. Le estaban dando ganas de pegarle un puñetazo. Le costó contenerse.

—¿Se puede hacer algo?

—Se puede intentar. No le puedo prometer nada, pero todo lo que este en nuestras manos lo haremos. Pero no depende de mí la ayuda —Hizo una pausa—, sino de usted.

—¿De mí? —Abde asintió—. Sabes que haré todo lo que sea por ayudar a mi hijo.

—Sí, pero no le va a gustar la solución que le voy a proponer.

—¿Cuál?

—Acuérdese de lo que le dije… Una vida por otra vida.

—¿De qué estamos hablando? Sé directo.

—Pues un alma por otra alma.

Notaba un nudo en el estómago.

—¿El alma de quién?

—Solo vale la sangre de un familiar, así que es su vida por la de él.

—¿Me estás diciendo que tengo que morir para poder salvar a mi hijo?

—Así es…

Marta no sabía qué decir. Su cabeza no paraba de darle vueltas a todo. Notaba algo raro y dudaba de la solución que le estaban dando.

—Tiene que haber otra solución. —Meneaba la cabeza.

—Si la hubiese, ya se la habría planteado… pero le puedo asegurar que no la hay. Sé que es una decisión difícil, si necesita tiempo para pensárselo, no hay ningún problema.

Había pensado en muchas ocasiones suicidarse, incluso en más de una vez lo había planeado todo, había escrito cartas para despedirse de sus padres y de sus hermanas, pero, a la hora de la verdad, no era capaz.

—¿Podéis hacerlo vosotros?

—No, debe de ser usted… Se tiene que sacrificar. Una vida por otra vida.

Se quedó un momento pensativa.

—¿Tengo que hacerlo yo?

—Así es.

—¿Él volvería a la vida?

—Creo que ahora nos estas entendiendo.

—Si me quitó la vida, ¿él volverá a vivir?

—Sí, el volverá a tener otra oportunidad en este mundo. Ya le dije que no hay nada imposible para Paimon.

—¿Volverá tal y como ha sido él? ¿Sin nada más a cambio?

—Tal y como usted lo ha visto, pero, esta vez, ni nadie ni nada se lo llevará.

—Prometedme que lo llevaréis con mi familia.

—No dude de eso —contestó Amir llevándose la mano en el pecho.

—Bien, pues ya está todo dicho… Lo haré.

6

El día había amanecido más fresco de lo habitual. La calima hacía que el sol estuviese escondido detrás de las nubes de arena, provocando que el cielo fuese rojo. Un ligero aire levantaba la tierra y hacía el ambiente casi irrespirable.

No había pegado ojo. El resto de la noche, había estado pensando en todo lo que había pasado esos días. Le tranquilizaba el hecho de haber podido ver a su hijo, de haberlo besado, abrazado. Se intentaba convencer de que moriría tranquila. Le estaba dando la oportunidad de volver a vivir, de darle la oportunidad que el destino le quitó. Lo haría sin pensarlo.

Apenas se había enterado del trayecto de coche. Los dos hombres habían estado hablando todo el camino en su idioma, y ella ni le había prestado la más mínima atención. Estaba encerrada en sus pensamientos. Cuando se quiso dar cuenta, estaban junto al poste con las calaveras de animales.

Le costaba seguir el paso a los dos hombres. Le habían salido ampollas en los pies de la caminata del día anterior. Con cada paso que daba, el roce de la zapatilla en la herida, hacía que le dieran punzadas de dolor. Poco a poco se iban alejando cada vez más de ella. Los veía en la lejanía. Intentaba acelerar el ritmo, pero le era imposible, se le estaba haciendo muy duro.

Llegó exhausta. Apenas podía respirar. El corazón lo tenía agitado y con cada pulsación notaba un zumbido en la cabeza. Los pies le dolían, los notaba húmedos, seguramente sería de la sangre de las heridas de las ampollas.

A diferencia del día anterior, esta vez Amir también vestía la túnica negra. Estaban esperándola a los pies de aquel derruido pozo. Se fijó en el negro agujero. Sintió un nudo en el estómago al pensar que en unos minutos acabaría en el fondo.

—Tómate el tiempo que necesites —le comentó Amir, que le ofrecía una botella de agua. Marta, sin mirarlo, la agarró, le dio un buen trago y se la devolvió.

—Cuanto antes terminemos con todo esto, mejor. —Se dirigió a él sin mirarle a la cara. Había empezado a odiar a esos dos hombres.

—Pues… al igual que ayer, empezaremos con el ritual, y cuando le diga Amir tendrá que decir el nombre de su hijo y hacerlo… después se tendrá que dejar caer al pozo…

No le estaba prestando atención, pero había entendido el mensaje que Abde le había dado. Era como si ya estuviese ausente.

—¿Como tengo que hacerlo? —preguntó en voz baja. En su voz se notaba una mezcla de miedo y nerviosismo.

—Se tiene que cortar el cuello con esta daga. —Se la entregó.

No era el mismo cuchillo que habían usado el día anterior, era distinto. Tenía grabadas palabras en árabe y una serpiente dibujada en relieve.

—Tiene que hacerlo y, antes de que desfallezca, dejarse caer. ¿Lo entiende?

Marta asintió con la cabeza y se dirigió al pozo, donde se arrodilló de espaldas al agujero.

Abde y Amir comenzaron con los rezos y el ritual. Marta no le prestaba atención. Sujetaba la daga con la mano y estaba esperando la señal. La mirada la tenía perdida en la inmensidad del desierto.

Una suave brisa le golpeaba la cara, haciendo que se le moviera el pelo. Sentía un vació en el estómago que se le subía hacía la garganta. El corazón le golpeaba fuertemente en el pecho. Estaba aterrada, le estaban dando ganas de salir a correr y huir de aquel lugar. Irse lejos de esos dos hombres que no paraban de recitar abalanzas y rezos.

—Es el momento, Marta —gritó Amir.

Marta sujetaba con todas su fuerzas la daga. Le dolía los dedos de la tensión. La respiración la tenía muy agitada. Sentía una fuerte opresión en el pecho.

—Marta… tiene que hacerlo ya o todo acabará y no podremos volver atrás. —Levantó la daga y se la puso en el cuello. Podía notar el afilado del cuchillo—. Se nos acaba el tiempo…

—¡Alex! —gritó. Giró la daga con todas sus fuerzas. La carne se fue abriendo, cortando venas, arterias y todo lo que pasaba por la cuchilla. La sangre comenzó a brotar con fuerza. Notaba como la sangre le caía por la ropa, mojándola y haciendo que se le pegara al cuerpo. En el suelo, se empezaba a mezclar con la arena, dejando una especie de barro rojizo. La boca se le empezó a llenar de sangre, intentaba expulsarla, pero rápidamente se le volvía a llenar. No podía respirar, con cada bocanada de aire que daba, la sangre penetraba en los pulmones. Comenzaba a notar como poco a poco se iba apagando. La visión se le comenzaba a oscurecer.

Levantó la vista. Allí estaban los dos hombres que la miraban con una sonrisa en la boca. Detrás de ellos, apareció la figura de un niño. Pudo distinguir que era su hijo. Se acercaba lentamente hacia ella.

Soltó la daga, que aún sujetaba con fuerza y levantó la mano, esperando a que su hijo se la diera. Notaba una paz interior al ver que todo había sido cierto y su sacrificio había devuelto a su hijo a la vida. Le estaba dando otra oportunidad. La visión se tornaba cada vez más oscura y borrosa. Intentó decirle que lo quería, pero salió un balbuceo que apenas se entendía.

Alex se paró justo enfrente de ella. Pudo notar que era el cuerpo de su hijo, pero no era él. Tenía los ojos completamente negros y una sonrisa que le provocaba miedo. El niño le puso la mano en la cabeza y le dio un empujón hacia el agujero.

—Adiós, mamá.

En ese momento lo entendió todo: la habían utilizado para invocar a ese oscuro ser. Las risas de los dos hombres fue lo último que escucho, mientras caía en aquel oscuro pozo.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Sobre todo, gracias a ti, por tener este libro en tus manos, por haberle dedicado un pedacito de tu tiempo.

A ti, mamá, por tanto y por todo.

A ti Nohemí, por hacer que este libro saliese a la luz, sin ti, seguramente, estas historias estarían olvidadas en cualquier carpeta del ordenador. Gracias por apoyarme en todas mis locuras.

A ti, Ian, por hacer que te cuente o te lea historias antes de dormir. Espero que el día de mañana recuerdes estos momentos con cariño, como yo recuerdo los míos con mis padres. Lo eres todo para mí.

A mis hermanos David y Ana, siempre habéis estado ahí para todo lo que he necesitado. Gracias por el apoyo.

A mis cuñados Raúl y Mónica, gracias por los consejos y por darme el último empujoncito.

A mis sobrinos David y Carla.

A mi sobrina Paula, que ha sido la primera en leer una de estas historias.

A Pablo, mi hermano de no sangre. Cuando leas el libro entenderás el porqué.

A Alejandro, gracias por los consejos, los ánimos y por el apoyo incondicional.

Esto va por ti, papá… Estés donde estés, sé que estarás superorgulloso de mí.